

Una Aproximación Literaria a los Discursos del Pasado y de la Identidad:  
La Novela Histórica Colombiana sobre la Conquista y la Colonia en el Siglo XXI

by

Andrés F. Ruiz-Olaya

A Dissertation Presented in Partial Fulfillment  
of the Requirements for the Degree  
Doctor of Philosophy

Approved July 2018 by the  
Graduate Supervisory Committee:

David W. Foster, Chair  
Cynthia Tompkins  
Julia Sarreal  
Sharonah Fredrick

ARIZONA STATE UNIVERSITY

August 2018

©2018 ANDRES F. RUIZ-OLAYA  
ALL RIGHTS RESERVED

## ABSTRACT

Globalization has brought a renewed interest in the discourses of the past and national/ethnic identities that has been reflected in the cultural production and the social sciences around the globe. Historical novel (and their sequel telenovelas), a literary field closely linked to historiography, reflects, and has contributed to (re)shape the discourses of the past and identity in Latin America. Since the first decades of the 19th century until nowadays, Colombian novelists have explored Colombian identity through historical novels. Their plots and characters are highly influenced by new historiographical trends. During the 19th and the first half of the 20<sup>th</sup> century, Romantic and Realist novels were generally constructed over historicist assumption of the past: the belief that it is possible to acquire a completely “objective” knowledge of the past. However, some outstanding Colombian historical novels, such as *La Marquesa de Yolombó* (1928), challenged this notion of the past. Since the last decades of the 20th century, Colombian historical novels share an attitude toward the past that Linda Hutcheon has defined as Historiographical Metafiction. This approach to history challenges the idea of an objective total history, and emphasizes the importance of the personal experiences, the subjectivity, of their characters and of the narrative voices. *Donde no te Conozcan* (2007), *Tríptico de la Infamia* (2016), and *Mancha de la Tierra* (2014) are three Colombian historical novels written in the 21st century that share this attitude towards history. They question the nineteenth-century interpretations of Colombian history, especially those related to the role of Jews, Moors, Indigenous, Africans, and mestizos in the colonial social dynamics, and, therefore, in Colombian culture.

## DEDICATORIA

Quiero dedicar este trabajo de manera especial a mi familia, sin la cual nada de esto hubiera sido posible. El apoyo y la educación recibida de mis padres, Felipe y Miryam, ha sido fundamental para lograr este objetivo. Mis hermanas, Isabel, Ximena, Ana María y Catalina, al igual que mis tías, Tere y Clemen, han sido igualmente un apoyo intelectual y personal invaluable. Mi tío Darío, guía intelectual, me ha dado un ejemplo a seguir de honestidad intelectual y valentía política. No menos importante, e igualmente fundamental, ha sido el apoyo y la compañía de Nancy Gómez, quien ha sido mi polo a tierra y motor importante de mis esfuerzos intelectuales. A todos mis agradecimientos y esta dedicatoria.

## AGRADECIMIENTOS

Mis más sinceros agradecimientos a mi director, David W. Foster, por su orientación, honestidad y confianza. A los demás miembros de mi comité, igualmente les agradezco por su paciencia, comentarios, orientación y crítica constructiva. A Cynthia Tompkins porque gracias a sus recomendaciones y a su empeño en fortalecer la parte teórica encontré nuevas perspectivas en mi estudio. A Sharonah Fredrick por sus valiosos aportes y comentarios durante toda la disertación y creer en este proyecto desde un principio. A Julia Sarreal, por su disposición a colaborar con este proyecto con un punto de vista de la disciplina de la historia. Las observaciones y comentarios aportados por todos han sido una ayuda invaluable y han contribuido a darle forma al producto final de esta disertación.

## TABLA DE CONTENIDO

	Página
INTRODUCCIÓN .....	v
CAPÍTULOS	
1 EL PASADO Y LA IDENTIDAD SE FORMAN Y SE TRANSFORMAN EN LA PALABRA.....	1
2 EL HISPANISMO COLOMBIANO Y EL HISPANISMO ANDALUSÍ EN <i>DONDE NO TE CONOZCAN</i> .....	53
3 <i>TRÍPTICO DE LA INFAMIA</i> Y LOS ESTRATOS VISUALES DE LA CONQUISTA.....	98
4 <i>MANCHA DE LA TIERRA</i> Y EL DESPRECIO EN LA COLONIA POR LO AUTÓCTONO .....	151
5 CONCLUSIONES .....	202
OBRAS CITADAS.....	207

## INTRODUCCIÓN

The past is a kind of screen upon which each generation projects its vision of the future, and so long as hope springs in the human heart the "new history" will be a recurring phenomenon.

Carl Becker

La consciencia de que los días pasan dejando atrás mundos que desaparecen pero que conforman la esencia de nuestros días, nos obliga a asumir de alguna forma la carga del pasado. Aunque afirmemos el presente como nuestra única y última “realidad”, porque es la única dimensión en donde nuestra voluntad tiene poder de acción, nuestra conciencia y nuestra percepción del presente están mediadas por las palabras, los discursos y las historias del pasado. Este tipo de reflexiones sobre la historia, aunque teóricas y abstractas, tienen una profunda repercusión en el mundo cotidiano, no solo a nivel individual sino también político y social. Las ideas que las sociedades tienen sobre su historia definen sus ideas sobre las identidades individuales, culturales, nacionales y étnicas, temas que en el siglo XXI han vuelto a tener gran relevancia política y cultural. Más que de una simple moda intelectual, esta reflexión alrededor de los discursos sobre la historia y la sociedad se origina como respuesta a problemas prácticos de carácter político. Me refiero específicamente al uso de una aproximación, supuestamente científica, a la historia como herramienta teórica para sustentar discursos ideológicos que han legitimado regímenes totalitarios en todos los espectros políticos, desde el comunismo hasta el nazismo.

El presente estudio plantea una aproximación interdisciplinaria—que utiliza conceptos de la literatura, la historia y la sociología—al análisis discursivo sobre el pasado y la identidad en Colombia. A partir de un análisis literario y discursivo de tres

novelas históricas colombianas escritas en el siglo XXI, definiremos las categorías conceptuales y discursivas del pasado y la identidad colombiana empleadas por los autores y como estas se posicionan en un contexto local (colombiano), regional (latinoamericano) y global. Asumimos que desde mediados del siglo XX se han desarrollado cambios fundamentales en los discursos sobre el pasado y la identidad cultural a nivel global, los cuales han sido catalizados por decisivos procesos sociopolíticos y el surgimiento de tendencias autocríticas dentro de las ciencias sociales. Discutiremos entonces el papel de la historia, como disciplina del conocimiento, en el proceso de conformación de los discursos hegemónicos en las ciencias sociales desde el siglo XIX y los eventos y discusiones que han conducido a los cambios discursivos expresados en las producciones culturales, de tipo académico y popular en el siglo XXI. El estudio de estos discursos toma una especial relevancia en momentos en que, a raíz de la globalización y tras décadas de promoción del multiculturalismo, han surgido diversos movimientos sociopolíticos que buscan reevaluar las identidades históricas de las naciones, debatiéndose entre regresar al esencialismo nacionalista decimonónico o encontrar formas más adecuadas para promover los discursos de convivencia multicultural.

Los imaginarios del pasado y de la identidad se encuentran estrechamente relacionados entre sí, ya que los discursos de la identidad de una sociedad dependen en gran medida de la forma en que esta entiende su origen y su historia cultural. En el siglo XIX, como resultado de un esfuerzo por definir de manera científica el estudio de las sociedades, se consolidaron discursos basados en nociones esencialistas sobre las



naciones y sus culturas elaborados a partir de aproximaciones metodológicas que buscaban replicar aquellas de las ciencias exactas. Dichos discursos han sido cuestionados de manera consistente desde mediados del siglo XX desde distintas disciplinas, señalando sesgos metodológicos que los alejan del discurso científico y por lo tanto de la pretendida objetividad. Ha sido puesto en evidencia que la división en categorías fijas de género, raza y cultura, y las leyes históricas deterministas, implícitas en los discursos decimonónicos, corresponden más a la continuación de un discurso ideológico nacionalista y etnocentrista, de origen colonial, que a una aproximación científica a la sociedad. Por lo tanto, gran parte de los esfuerzos dentro de las ciencias sociales y las humanidades en las últimas décadas han estado dirigidos a desenmascarar este esencialismo que ha dirigido el estudio de las sociedades en los últimos dos siglos, reconociendo las complejidades de las realidades sociales y culturales.

Los historiadores decimonónicos, en su afán por validar científicamente el estudio del pasado, trataron de separar la disciplina de la historia del campo de la literatura. Sin embargo, como ha sido recalcado por diferentes autores que discutiremos durante esta disertación, dicha separación resulta imposible. La aceptación de que toda narrativa de la historia tiene sentido solo dentro de un discurso predeterminado que usa estrategias poéticas para elaborar su componente explicativo, ha generado nuevas aproximaciones al estudio del pasado. A partir de estas nuevas aproximaciones han surgido nuevas interpretaciones de eventos y procesos históricos que, a su vez, han generado un marcado interés en la industria cultural por las producciones de tipo histórico. Este punto es elaborado por Linda Hutcheon, en *Poetics of Postmodernism* (1988), donde propone que

la característica más sobresaliente de la literatura de finales del siglo XX es precisamente su reacción en contra de la forma decimonónica de ver la Historia, con mayúscula, como eje fundamental de aquel relato totalizante que hemos denominado Cultura occidental. Por estas razones, la novela histórica, rechazada en ocasiones por las ciencias históricas y los estudios literarios decimonónicos, por no ser ni historia pura ni literatura pura, se convierte en un subgénero literario de interés, por su interdisciplinariedad, y en un punto de partida propicio para estudiar ciertas tendencias en los discursos del pasado y la identidad contemporánea.

Nuestro punto de partida teórico sobre la reflexión del pasado se basa en los conceptos desarrollados por Karl R. Popper en su crítica a la metodología del estudio de la historia, específicamente a lo que denominó el historicismo. Popper cuestiona de manera articulada, desde el campo de la filosofía de las ciencias, la cientificidad de los métodos usados en diferentes campos de las ciencias sociales que gravitan bajo la influencia del historicismo. A pesar de que diferentes tendencias en el estudio de la historia se han debatido entre la necesidad de definir verdades históricas y el relativismo frente a la interpretación de la historia, Popper propone una aproximación racional y humanista a través de su interpretación del método científico. Su obra, entre otras obras escritas al calor de los acontecimientos de la Segunda Guerra mundial, como la de Walter Benjamin, ejerció una notable influencia en la autocrítica de las ciencias sociales en la segunda mitad del siglo XX que se denominaría de forma genérica como el Posestructuralismo. A partir de dicha autocrítica ha sido posible el surgimiento dentro de las ciencias sociales de diferentes corrientes, como los estudios poscoloniales, los

estudios subalternos, los estudios Queer y los estudios culturales, que junto al feminismo han replanteado la forma de entender la sociedad dentro del discurso académico en las últimas décadas.

En el campo concreto de lo textual, para identificar y analizar conceptos claves en los discursos sobre la historia presentes en las novelas, nos basaremos en la tipología de los discursos históricos según los argumentos de Hayden White, para quien el discurso histórico es, al fin de cuentas, filosofía de la ciencia que se expresa en términos literarios. En su libro *Metahistory* (1973), White analiza las estructuras verbales de los discursos narrativos en prosa que representan una reflexión sobre el pasado, es decir la reflexión histórica. Postula que, aunque se habla generalmente del estudio de la historia como una mezcla entre ciencia y arte, es muy poco lo que se ha teorizado del aspecto artístico, narrativo, de la historia. Tomando en cuenta que su análisis debe partir de la estructura profunda de la conciencia histórica, reconoce que las estructuras verbales, que se organizan poética y lingüísticamente, se configuran alrededor de paradigmas asumidos a priori. Estos paradigmas son de tres clases, epistemológicos, estéticos y morales, y el estilo historiográfico de un escritor dependerá de la forma en que asuma estos niveles paradigmáticos (x). Siguiendo estas pautas, identificaremos entonces los discursos que subyacen en la reflexión sobre la historia presentada en cada texto.

En cuanto a los discursos sobre la identidad, nos enfocaremos en un concepto sociológico desarrollado a partir del estudio de un imaginario social que ha sido fundamental en el delineamiento de las dinámicas sociales en América Latina: el imaginario de la pureza de sangre. El imaginario de la pureza de sangre surgió en la alta

edad media en la península ibérica, como un mecanismo de consolidación imperial que legitimó la expropiación material e intelectual de moros y judíos, y luego de los habitantes de sus colonias de ultramar. A pesar de que el asunto racial ha sido un tema presente entre los intelectuales latinoamericanos desde el siglo XIX, solo a finales del siglo XX ha venido a ser teorizado de una manera articulada, en gran parte bajo la influencia de los estudios subalternos y poscoloniales. En esta teorización, precisamente el imaginario de la pureza de sangre ha pasado a ocupar un lugar central.

### La novela histórica, la historia y la identidad en Colombia

En América Latina, la novela histórica ha sido catalogada por varios críticos, desde Seymour Menton en 1993, como el estilo novelístico más importante después del Boom de la literatura latinoamericana. Pablo Montoya, en su libro *Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*, ofrece un análisis sobre este subgénero literario en Colombia y adjunta una lista de 52 novelas históricas escritas entre 1988 y 2008. Después de ese año, el interés por las novelas históricas colombianas no parece haber disminuido y las grandes casas editoriales como Alfaguara, Seix Barral, y Penguin House, han seguido publicando este tipo de novelas de manera consistente. A esto se suma el hecho de que el prestigioso premio Rómulo Gallegos en 2015 fue entregado a un escritor, precisamente colombiano, Pablo Montoya (1963), por una novela histórica, *Tríptico de la infamia* (2014). Dicha novela, junto a otras dos, *Donde no te conozcan* (2007) de Enrique Serrano (1960) y *Mancha de la tierra* (2015) de Enrique Santos Molano (1942), son el punto de partida de la discusión en esta disertación. Todos

los autores mencionados son escritores consolidados, con varios libros publicados por casas editoriales internacionales y al menos una novela histórica publicada anteriormente.

La novela histórica latinoamericana cuenta con una tradición que inicia en las primeras décadas del siglo XIX, la cual estuvo influenciada por el Romanticismo, la novela histórica europea y norteamericana, y las ciencias sociales decimonónicas. Otra influencia fundamental, que merece una especial atención dentro de esta tradición, es la de las crónicas de los siglos XVI y XVII, las cuales se refieren al descubrimiento, conquista y colonia, es decir, a los principios de la conformación de una historia y una identidad americana. Durante el siglo XIX, después de la independencia, el estudio de las crónicas más conocidas y el descubrimiento de crónicas inéditas influenció en gran medida los discursos nacionalistas de las repúblicas latinoamericanas que buscaban una esencia telúrica que los diferenciara de las naciones europeas. En momentos en que comenzaban a conformarse los discursos modernos de la identidad latinoamericana, a consolidarse la historia como disciplina científica y la novela histórica como formato principal de literatura histórica, las crónicas tomaron, nuevamente, un papel protagónico. Sin embargo, al ser un género mixto, entre literatura e historia, el estudio de las crónicas presentó problemas, a veces insolubles, desde la perspectiva de la historia decimonónica y su estudio fue paulatinamente dejado a unos cuantos especialistas.

Una parte importante de las novelas colombianas, al igual que las de otros países latinoamericanos, han explorado, desde el siglo XIX, asuntos problemáticos relacionados con la idiosincrasia de las naciones y las identidades raciales, por medio de la exploración de hechos y personajes olvidados que enfatizan ciertos argumentos discursivos. Por esta

razón, han encontrado en las crónicas fuentes adecuadas en las cuales basarse para desarrollar su reflexión sobre la historia y la identidad. Sin embargo, durante gran parte de los siglos XIX y XX, las novelas históricas, al igual que las crónicas de los siglos XVI y XVII, fueron subvaloradas en el campo de la historia y la literatura, por no ser ni “verdadera” historia, ni “verdadera” literatura. Este carácter interdisciplinario, paradójicamente, es el que pone a estos géneros literarios en un punto de interés en la actualidad, entrando en consonancia con los nuevos discursos interdisciplinarios de las humanidades. Las tendencias autocríticas de las ciencias sociales, que hemos mencionado anteriormente, han contribuido a surgimiento de un nuevo tipo de literatura histórica, re-interpretativa, que ha surgido en las últimas décadas a nivel global, cuya influencia puede evidenciarse en las novelas históricas latinoamericanas escritas en el siglo XXI.

Las nuevas tendencias en la literatura histórica ponen en evidencia, de manera consciente, la relación entre la literatura y la historia como una herramienta de reflexión histórica y social. En otras palabras, usa en favor de la creación literaria y de la reflexión sobre el pasado un hecho que fue visto como desventaja insoluble por la aproximación esencialista decimonónica: la imposibilidad de separar ambas disciplinas. En las últimas décadas, esta aproximación ha marcado un renovado interés por las crónicas y se ha alcanzado cierto consenso en cuanto a obras de los más reconocidos cronistas que escribieron sobre Colombia en los siglos XVI y XVII, como Juan de Castellanos, Fray Pedro de Aguado, Fray Pedro Simón y Juan Freyle. Según dicho consenso, estas obras reflejan una significativa ambigüedad—oposición velada—con respecto a los procesos legales y de hecho de la colonización. Debido a que un gran porcentaje de las novelas

históricas latinoamericanas recrean la época de la conquista y la colonia, al menos en el aspecto temático la influencia de las crónicas ha sido reconocida. Sin embargo, dicha influencia amerita ser considerada, más allá del aspecto temático, en cuanto a su influencia discursiva y poética: la novela histórica latinoamericana es heredera de la tradición literaria de la crónica. Con esto no me refiero a que ambas constituyan un género literario único sino a que sus relaciones son más estrechas, complejas y multidimensionales, como discutiremos durante la disertación.

### Los discursos de la historia y de la identidad colombiana

En el momento mismo del descubrimiento comienzan a surgir los discursos de la identidad americana, a través una mezcla desigual de los discursos de las culturas que entran en contacto, tomando preponderancia los discursos enunciados por los representantes del imperio español. Sin embargo, dichos discursos solo se consolidan de una manera oficial durante la colonia, en los siglos XVI y XVII, tras la expedición de leyes para el gobierno de los nuevos reinos de ultramar. Estas leyes son el resultado de un complicado proceso de discusión en la corte de los Habsburgo españoles y en los consejos instaurados para gobernar los nuevos territorios. Allí se trataron temas que definirían las dinámicas sociales y el imaginario de la identidad de los pobladores de las Américas, como la humanidad de los indígenas y las jerarquías y de los diferentes actores sociales en las colonias. Algunas de las leyes, como los estatutos de pureza de sangre, venían ya desde España, pero otras leyes debieron ser elaboradas para responder a situaciones que de las que no existían referencias previas. En estos casos, las

deliberaciones se basaban en informes y testimonios, muchas veces contradictorios, de personas que habían visitado el nuevo continente y que irían conformando el imaginario que sobre las Américas en Europa.

Entre estos testimonios, por ser más elaborados literariamente y en ocasiones tener mayor distribución, se encuentran las crónicas, género en cual podemos incluir también las relaciones y noticias historiales. Las crónicas jugaron un papel importante en la conformación del imaginario hegemónico que en Europa se formó sobre la América española, el cual, a su vez, afectó la forma en que América se mira a sí misma. Sin embargo, no todas las crónicas fueron igualmente difundidas—algunas nunca fueron publicadas—o fueron interpretadas bajo lecturas que más adelante serían cuestionadas. Por estas razones, la influencia de las crónicas en la conformación del imaginario del pasado y de la identidad en América Latina es un tema que merece mayores investigaciones y estudios. Las crónicas varían no solo en su estilo y género literario sino también en sus objetivos y su público. Existen crónicas que circularon ampliamente en España y luego fueron censuradas, quedando su difusión restringida a las copias conservadas en otros países de Europa. En este sentido podemos mencionar las relaciones de Fray Bartolomé de las Casas, conocidas por su papel en la difusión de la leyenda negra. Pero existen, por otro lado, crónicas como *El carnero*, de Juan Rodríguez Freyle, que nunca fueron publicadas en España, pero cuyos manuscritos circularon en Tunja y en Bogotá por siglos.

En el siglo XVIII, al tomar los Borbones la corona del imperio español, fueron implementadas modificaciones sustanciales en la legislación y administración colonial.



Dichas modificaciones surgieron bajo la influencia del positivismo y el racionalismo de la ilustración francesa, generando una forma de gobierno que ha sido denominado como el “despotismo ilustrado”. La idea de esta forma de gobierno era administrar las colonias de una forma racionales y pragmática para hacerlas más productivas y poder competir con los imperios colonizadores del noroeste de Europa que iban en ascenso. El imaginario de la pureza de sangre toma una forma aquí más elaborada y “racional”, con el desarrollo de un sistema de castas bastante complejo. En ocasiones la administración colonial de los Borbones se ve como más progresiva, por estar influenciado por la ilustración. Sin embargo, dicha administración fue muchas veces aún más arbitraria y cruel, lo que generó un descontento en diversas capas sociales que desembocó en revoluciones en el siglo XVIII y en los movimientos de independencia en el siglo XIX. Después de la independencia, a pesar de que nuevas formas de gobierno democráticas y republicanas fueron implementadas, el imaginario de la pureza de sangre continuó haciendo parte del “habitus” de las aristocracias ilustradas que capitalizaron el poder político en las nuevas repúblicas.

Santiago Castro Gómez, en su libro *La hybris del punto cero*, estudia con ejemplos específicos algunos procesos por medio de los cuales el discurso colonial de la pureza de sangre se replicó a través de los discursos ilustrados, nacionalistas y de las ciencias sociales, donde pervive hasta nuestros días. Los trabajos teóricos con respecto a las dinámicas sociales de Santiago Castro Gómez y aquellos elaborados por Hayden White con respecto a la reflexión literaria del pasado, que comentaremos con más detalle en el primer capítulo, servirán para definir los conceptos claves que buscaremos

identificar en los discursos implícitos en las novelas. El análisis de dichos discursos girará en torno al uso lingüístico que hacen los escritores de estos conceptos en contextos determinados. Los contextos textuales serán determinados al identificar en ellos relaciones de poder, conflictos sociales y el punto más extremo de dichos conflictos, la generación de violencia. Posteriormente, serán analizados tomando en cuenta a los individuos (personajes) como miembros de un grupo social, sus acciones como expresión de los procesos sociales y su contexto según la estructura social definida en el texto. Posteriormente discutiremos como estos se inscriben los discursos definidos dentro de las nuevas tendencias de la ficción histórica, y en qué medida continúan con las tradiciones de la literatura histórica a nivel local, regional y global.

Las novelas seleccionadas nos permitirán analizar y discutir los discursos elaborados alrededor de la identidad colombiana desde la problemática herencia española importada a las Américas, que se conforma en los siglos anteriores al descubrimiento (*Donde no te conozcan*), pasando por los procesos—conflictos—culturales durante la época de la conquista (*Tríptico de la infamia*) hasta llegar a la colonia tardía, en momentos en que se fraguaban los movimientos de independencia (*Mancha de la tierra*). Todas las novelas presentan reinterpretaciones de procesos históricos que han definido la conformación de la identidad colombiana/latinoamericana, las cuales toman distancia de los discursos decimonónicos. Dichas reinterpretaciones no responden a ningún relativismo caprichoso o meramente ideológico, sino que reflejan los resultados de nuevas aproximaciones académicas en los estudios históricos que no abandonan el rigor crítico de las disciplinas históricas. Las novelas son asumidas como manifestaciones

concretas de los discursos y representan el auge de los temas históricos, con sus reinterpretaciones, en la actualidad. Dicho auge no ha estado restringido ni al género de la novela ni a los países latinoamericanos, sino que ha sido una constante en la producción cultural, por lo menos en Europa y los Estados Unidos. Por lo tanto, en esta disertación la discusión se referirá y entrará en conversación con otras producciones culturales, especialmente literarias y cinematográficas, a nivel global.

Las novelas seleccionadas nos permiten explorar como se manifiesta este imaginario social como concepto clave del discurso en las diferentes novelas, ya que cubren un amplio período que comprende el período colonial, en el cual nos enfocaremos, ya que es allí es donde toma forma la identidad latinoamericana. Aunque generalmente la colonia es entendida como un período de tiempo único, es importante hacer la distinción entre dos períodos marcados por el reinado de diferentes familias reales, con aproximaciones diferentes al gobierno de sus colonias: la casa de Austria o de los Habsburgo y la de los Borbones. Comentaremos brevemente a continuación la forma en que se han conformado los discursos de identidad y como el imaginario de la pureza de sangre se ha ubicado en el centro de las relaciones sociales y de la identidad en América Latina a través de los siglos.

En el primer capítulo definiremos el campo teórico interdisciplinario del cual surgen los conceptos teóricos en que se basa el análisis del discurso propuesto. Partiremos desde una exposición general de los problemas metodológicos del historicismo y el cientificismo, característicos de las ciencias sociales y humanas decimonónicas, en la reflexión sobre el pasado y la sociedad y sus consecuencias

políticas y sociales en el siglo XX. Definiré luego los cambios más relevantes en los discursos que definen la reinterpretación de la historia a finales de dicho siglo y como estos cambios se han visto reflejados en la literatura y en los acontecimientos sociopolíticos contemporáneos. En cuanto al campo literario, analizaremos la nueva óptica interpretativa, interdisciplinaria, bajo la cual se analizan las crónicas y la novela históricas, en cuanto a la interrelación entre literatura e historia y las relaciones de las novelas históricas colombiana con la literatura histórica anterior—las crónicas y la novela decimonónica—y contemporánea—la nueva novela histórica. A partir de allí, definiremos los conceptos claves sobre la reflexión del pasado a partir del trabajo de Hayden White y de las dinámicas sociales y la identidad a partir de los estudios sobre la herencia colonial en la modernidad, según el imaginario de la “pureza de sangre”.

En los capítulos posteriores desarrollaremos propiamente los análisis discursivos de cada una de las novelas, tomando en cuenta los conceptos discursivos claves definidos en el primer capítulo, y los discutiremos en relación a los discursos decimonónicos sobre cada uno de los períodos y a los cambios discursivos que sobre ellos se han realizado en las últimas décadas. Para llevar un orden cronológico, en el capítulo 2 estudiaremos la novel de Enrique Serrano, *Dónde no te conozcan*, la cual recrea las condiciones sociopolíticas que propiciaron la configuración del imaginario de la pureza de sangre dentro del imperio español, antes y durante la conquista del continente americano. La historia de la novela sigue a los miembros algunas familias judías establecidas en el reino nazarí de Granada y otras partes de la península ibérica como cartógrafos, armadores de barcos, navegantes, boticarios y médicos. La trama nos muestra como dichas familias

logran sobrevivir las persecuciones y abrirse paso, a través de sus conocimientos y contactos, hasta las Américas. Enrique Serrano ha postulado en entrevistas y ensayos, que la herencia española establecida en tierras colombianas corresponde más a la de los nuevos cristianos, con un marcado componente moro y judío, que al de la España imperial.

En el tercer capítulo, estudiaremos los discursos implícitos en *Tríptico de la infamia*, donde se narra, por separado, las experiencias de tres pintores protestantes franceses que son testigos de la violencia desatada en Europa por las persecuciones religiosas y en América sobre los indígenas. Los personajes de la novela, Jacques Le Moyne, Francois Dubois y Theodore de Bry, son personajes históricos que vivieron en el siglo XVI y pintaron cuadros que muestran los horrores de dichas violencias. Le Moyne viajó con una expedición francesa a las costas de la Florida, Dubois presencié la matanza religiosa en San Bartolomé y de Bry fue quien ilustró las atrocidades descritas por Fray Bartolomé de las Casas en sus libros. A pesar de que esta novela no toma lugar estrictamente en lo que hoy conocemos como el territorio colombiano, refleja un cambio en las formas de aproximarse al pasado, a través de las pinturas y el arte, y de entender el trasfondo cultural de los protagonistas europeos y americanos en el siglo XVI y sus interacciones en el nuevo mundo durante el primer siglo de las empresas colonizadoras.

Por último, analizaremos *Mancha de la tierra*, donde se narran los sucesos que rodearon a la Revolución de los comuneros en 1781, y como dicho movimiento social se relaciona con otros movimientos similares en América que irían preparando el ambiente político y social para las guerras de independencia. La voz narrativa pertenece a Antonio

Nariño, personaje histórico que también participaría en las guerras de independencia y reconocido por haber sufrido destierros y prisiones tras publicar los derechos del hombre en el virreinato. A partir del estudio de este texto, discutiremos el período tardío de la colonia, durante el reinado de los borbones y de transición entre la colonia y la república. La novela nos presenta un cuadro bastante elaborado de la forma peculiar en que el autor entiende la sociedad de finales del siglo XVIII. Reinterpreta la forma de ver a algunos personajes históricos, criollos ilustrados, considerados como los padres de la patria y celebrados como héroes nacionales, al llamar la atención sobre sus prácticas racistas basadas en el imaginario de la pureza de sangre. Por otro lado, rescata a otros personajes ignorados o poco estudiados, muchos de origen mestizo e indígena, poniendo un marcado énfasis en su participación en los movimientos sociopolíticos desde finales del siglo XVIII y desvirtuando la afirmación muy difundida de que las revoluciones de independencia son producto únicamente de los intereses de los criollos ilustrados.

Concluiremos este estudio haciendo una evaluación de la interpretación del pasado colonial desde el siglo XIX y de las implicaciones de las transformaciones discursivas con las situaciones sociopolíticas. En momentos en que la mayor guerrilla de izquierda de Colombia y el gobierno han firmado la paz después de más de 40 años de guerra, se vuelve relevante replantear la forma en que los colombianos se definen a sí mismos en su diversidad social y cultural. Los proyectos hegemónicos de nación, de izquierda y de derecha, basados en los discursos decimonónicos de las ciencias sociales y, por lo tanto, en el historicismo y el determinismo, han fallado al momento de incorporar las culturas subalternas de una forma que garantice el respeto, la dignidad, la

prosperidad y la auto-realización cultural. Los cambios en los discursos de las ciencias sociales, a nivel global, van propiciando un cambio en los proyectos políticos que nos permiten pensar en un proyecto plural y multicultural de nación. Gran parte de este proceso ha sido llevado a cabo por los mismos actores subalternos, muchos de los cuales se veían destinados a la extinción desde el discurso decimonónico, quienes han demostrado una especie de renacimiento cultural y político vigoroso, convirtiéndose en actores importantes del discurso nacional. Los grupos indígenas, condenados a la extinción dentro del discurso decimonónico, no solamente se han visto revitalizados política y culturalmente desde la constitución de 1991, sino que están siendo consultados por sus conocimientos por parte de científicos sociales y naturales, que buscan nuevas alternativas explicativas a unos discursos tradicionales que han fracasado para responder a las necesidades del país.

## CAPÍTULO 1

### EL PASADO Y LA IDENTIDAD SE FORMAN Y SE TRANSFORMAN EN LA PALABRA

Fictional worlds are metaphors for real worlds, metaphors that may themselves become literal descriptions. Fictional worlds make and unmake and remake real worlds in recognizable ways, in ways that might again be re-cognized as real. (Goodman)

En este estudio discutiré los discursos del pasado y de la identidad cultural en Colombia a través del análisis literario de tres novelas históricas escritas por autores colombianos en el siglo XXI. Específicamente, me enfocaré en la reinterpretación del pasado colonial y de la influencia que dicho pasado ha tenido en la conformación de la (s) identidad (es) cultural (es) en Colombia. Las novelas seleccionadas son *Tríptico de la infamia* (2014) de Pablo Montoya Campuzano (1963- ), *Donde no te conozcan* (2007) de Enrique Serrano (1960) y *Mancha de la tierra* (2015) de Enrique Santos Molano (1942). Estas novelas cubren, de manera desigual, el período histórico que va desde finales de la edad media en la península ibérica hasta finales de la época colonial en las Américas en el siglo XVIII. Además, utilizan estrategias literarias, fuentes y aproximaciones a la historia colombiana que difieren significativamente de los discursos consolidados desde finales del siglo XIX sobre la historia y la cultura. Sus autores son escritores consolidados en el mercado editorial a través de diferentes vías, ampliamente publicados por casas editoriales nacionales e internacionales y con más de una novela histórica publicada previamente. Mi aproximación teórica se desprende de la relación estrecha entre la interpretación del pasado, a través de la historia y de la literatura, y la identidad cultural. En el presente capítulo discutiré los aspectos mencionados previamente, los cuales han sido



ampliamente discutidos en las últimas décadas, para definir el marco teórico del estudio de las tres novelas históricas.

Aunque de manera general podríamos definir la novela histórica como un tipo de novela que se desarrolla un período histórico definido del pasado, los límites de este subgénero varían entre los diferentes críticos que han analizado este tipo de obras. Estas variaciones dependen principalmente de las ideas que los críticos tengan del género de la novela y de la historia. Existe consenso en torno a los inicios de la novela histórica, el cual se define en las primeras décadas del siglo XIX, alrededor de 1814, con las obras del escritor escocés Walter Scott (1771-1832). Las novelas históricas de Scott tuvieron una inmediata acogida internacional entre el público lector en Europa y las Américas, además de una reconocida influencia entre escritores e historiadores. Sin embargo, la crítica de los escritores y los historiadores hacia la novela histórica no fue muy positiva en sus comienzos e incluso aquellos a quienes la obra de Scott influenció, encontraban conflictiva esta mezcla entre creación literaria e historia. Donald McGrady (1935-2011) cita, en el ámbito latinoamericano, a José María Heredia (1803-1839), quien en 1832 se refiere a los novelistas históricos como escritores que buscan un prestigio fácil a costa del desprestigio de la historia (7). A pesar de que unos cuantos grandes escritores del siglo XIX cultivaron la novela histórica<sup>1</sup>, esta pasó a ser asociada con la vertiente reaccionaria del Romanticismo, que reflejaba a través de obras con personajes planos y estereotipados un pasado idílico estacionario. El crítico marxista Georg Lukács (1885-1971), sin

---

<sup>1</sup> Entre los que podemos destacar a Honoré Balzac (1799-1850), James Fenimore Cooper (1789-1851), León Tolstoi (1828-1910) y Benito Pérez Galdós (1843-1920).

embargo, define los inicios de la novela histórica moderna en oposición a esta versión estacionaria del pasado.

Según Lukács, las novelas de temas históricos escritas en el siglo XVII y XVIII presentan solo externamente los contextos históricos, pero los personajes y las situaciones que se presentan son a-históricos y reflejan más el mundo del autor que de la época en la que se desarrolla la historia narrada (19). Las novelas de Scott, según el crítico húngaro, por el contrario, presentan un sentido del cambio social y sugiere implícitamente las causas de los cambios sociohistóricos futuros; además, se deslinda también del movimiento romántico porque sus protagonistas no son héroes épicos o decadentes, sino hombres comunes que pueden representar la media de la población (33). Sin embargo, toma una actitud conservadora hacia el cambio social, el cual se presenta como un proceso gradual, no revolucionario. En las Américas, el escritor estadounidense James Fenimore Cooper (1789-1852) publica una novela histórica en 1826, *El último de los mohicanos*, que presenta todas las características necesarias, según Lukács, para ser considerada como una novela histórica moderna, a la par de las novelas de Scott. Se considera por consenso que la novela histórica latinoamericana surgió ese mismo año con la publicación en Filadelfia de la novela anónima *Xicoténcatl*, y que la primera novela histórica colombiana de la que tenemos noticia es *Ingermina*, de Juan José Nieto (1805-1866), publicada en Jamaica en 1844. Ambas novelas recrean la lucha física, espiritual y afectiva que libraron los indígenas, tlaxcaltecas en México y Calamares en Colombia, contra los españoles durante la conquista.

Aproximándose desde el materialismo dialectico, Lukács encuentra un cambio en la forma de interpretar el pasado a partir de las revoluciones políticas y culturales en Europa en la modernidad temprana, específicamente de la Revolución Francesa. Según él, la novela histórica moderna surge a partir de la generalización de un sentido de progreso histórico de las naciones europeas a partir de la recepción del impacto social masivo de la Revolución (20). Es, por lo tanto, un subgénero literario postrevolucionario que busca interpretar un nuevo presente con respecto a un pasado, del cual se diferencia sustancialmente. En este sentido, surge a la par con la historiografía contemporánea, o ciencia histórica, que se consolida también en el siglo XIX (McGrady 11). De acuerdo con el primer aspecto definido por Lukács, *Xicoténcatl* e *Ingermina* se presentan como narrativas posrevolucionarias que buscan darle un sentido histórico a los cambios sociales que van definiendo la identidad nacional. Sin embargo, ninguna de las dos novelas exhibe la calidad estética, la complejidad de la reconstrucción histórica de las obras de Scott y Fenimore Cooper. Ninguna tuvo tampoco amplia recepción sino hasta entrado el siglo XX, y más por su valor histórico y cultural que literario. A pesar de que en el siglo XIX grandes novelistas, como Honoré Balzac (1799-1850), James Fenimore Cooper (1789-1851), León Tolstoi (1828-1910) y Benito Pérez Galdós (1843-1920), cultivaron la novela histórica, la idea generalizada era la de un subgénero espurio que no era completamente ni historia ni novela y que sacrificaban el contenido histórico con el fin de proyectar la idea de un pasado, o aspectos del pasado, glorioso.

Por el contrario, las novelas históricas destacadas, sobresalen por elaborar un contexto sociohistórico documentado y verosímil, inclinándose a una interpretación

realista, digamos medida y no-idealista, del pasado. Como novelas modernas, se alejan conscientemente de la épica o de las novelas de caballería, que presentan un mundo a-histórico y personajes esquemáticos e idealizados en los principios que se quieren promover. Por el contrario, “si las figuras épicas son inventadas, si son naturalezas únicas e incomparables, que por sí mismas tienen valor poético, los personajes de la novela son típicos y extra poéticos; tómanse, no del mito, que es ya un elemento o atmósfera estética y creadora, sino de la calle, del mundo físico, del contorno real vivido por el autor y por el lector” (Ortega y Gasset 52). En su relación con la historia busca entonces revivir ese mundo cotidiano con un pasado relacionado de alguna manera con nuestro presente.

#### La difícil relación entre la historia y la literatura

Los historiadores decimonónicos europeos, en su afán por validar científicamente el estudio del pasado, trataron de separar su disciplina del campo de la literatura. Sin embargo, como ha sido recalado por diferentes autores, dicha separación resulta imposible.<sup>2</sup> Linda Orr, en su estudio de la historia de la disciplina de la historia, concluye que al fin de cuentas toda historia es reciente—la historia oficialmente aceptada en una época—y cuando deja de ser reciente se convierte en literatura (5). En otras palabras, la historia recreada en cada época considera a la historia anterior como insuficiente y

---

<sup>2</sup> Linda Orr, en “The Revenge of Literature: a History of History”, llama la atención sobre la gran cantidad de historiadores que identifican un rompimiento epistemológico en la disciplina de la historia en el siglo XIX, alrededor de la época en que Leopoldo Von Ranke y sus discípulos desarrollaban su metodología de la historia científica. Dicho rompimiento se verifica por medio de un esfuerzo teórico y metodológico por parte de los historiadores para separar la historia de la literatura, y de esta forma asociarse con las ciencias sociales, especialmente aquellas de los sectores cuantitativos (1).

carente del rigor necesario para interpretar su presente. Parafraseando a Voltaire y a Lord Byron, Orr concluye que la literatura se ha convertido en la pesadilla de la historia, una pesadilla de la que trata de despertar sin poder lograrlo. Desde mediados del siglo XX y desde distintas disciplinas de las ciencias sociales, se han venido señalando los errores metodológicos de los discursos historicistas, que los alejan del método científico y por lo tanto de la pretendida objetividad o universalidad de sus interpretaciones.<sup>3</sup> La disciplina de la historia comienza a distanciarse de la idea de una historia total y, al mismo tiempo que se dispersa, espacial y temporalmente, entra en colaboración con diversas disciplinas como la geografía, la antropología, la etnografía, la economía, entre otras (Orr 5).

La historia se ha convertido entonces en un terreno que se expande de una manera enorme y vertiginosa, alcanzando terrenos no imaginados previamente, como la muerte, la niñez y los imaginarios sociales. Un estudio explicativo y coherente de la historia, más allá de la simple enumeración de eventos, va a requerir siempre las técnicas narrativas de la literatura y a estar enmarcado dentro de un discurso específico que determina la explicación. Aceptar estas limitaciones no ha significado un estancamiento, sino, al contrario, el surgimiento de nuevas aproximaciones fecundas al estudio de la historia que han permitido una reinterpretación de algunos procesos históricos. Esto ha repercutido, a

---

<sup>3</sup> Popper refuta de manera extensa esta forma de interpretar la historia en las obras mencionadas en la nota anterior. Para el filósofo austriaco el científicismo y el escepticismo imperantes en las ciencias sociales surgen de una mala interpretación del método de las ciencias físicas por parte de los científicos sociales. Popper considera que esta aproximación a la historia, que denomina historicismo, es la causa principal del estado “deplorable” en el que se encontraban las ciencias sociales y del surgimiento de las ideologías y actitudes políticas totalitarias que habían llevado a las guerras mundiales.

su vez, en un marcado interés de la industria cultural por las producciones de tipo histórico que reinterpretan la historia y las identidades culturales. El método científico, según Popper en el segundo volumen de *La sociedad abierta y sus enemigos* (1945), no busca establecer leyes universales y hechos que confirmen dichas leyes sino todo lo contrario: busca poner a prueba toda ley universal, la cual debe ser considerada como una hipótesis de trabajo y no como una ley definitiva e incontestable (260). El verdadero método científico debe entonces reconocer los límites de su poder explicativo para poder generar un conocimiento acorde con la realidad<sup>4</sup>. En el caso de la historia, como también en el caso de las ciencias naturales de tipo histórico—como la historia geológica—disponemos de registros muy limitados y de hechos que no pueden ser reproducidos o manipulados. Por lo tanto, en estos casos no podemos hablar de teorías históricas sino de interpretaciones generales de aquellos hechos (266). Claro que no todas las interpretaciones tienen el mismo mérito, ya que algunas no tienen en cuenta o no están de acuerdo con todos los registros disponibles, requieren de una serie de hipótesis auxiliares muy débiles y menos plausibles, o tal vez no pueden conectar entre sí algunos de los datos disponibles (266).

De acuerdo con lo anterior, no puede existir una historia del pasado como sucedió en realidad, sino interpretaciones históricas con diferentes grados de certeza histórica

---

<sup>4</sup> La metáfora que propone Popper para explicar esto la de una linterna: lo que la linterna hace visible depende de su posición, dirección, intensidad, color, etc. Sin embargo, va a depender también del segmento de la realidad que está haciendo visible. De manera análoga, la ciencia trabaja a partir de teorías preconcebidas que, junto a los intereses del investigador, definen los datos colectados y la sección de la realidad enfocada (262), pero no debe escoger los datos que confirmen las teorías preconcebidas, sino que, por el contrario, debe estar alerta a los hechos que puedan refutarlas para redefinir sus límites.

que, sin embargo, no pueden ser tomadas como interpretaciones definitivas. Cada generación tiene entonces el derecho de esbozar su propia interpretación para responder a las preocupaciones y necesidades fundamentales de su tiempo (Popper, *Open* 268). La aproximación historicista predominante en el siglo XIX se encargó por el contrario de legitimar la supremacía política de ciertas culturas y justificar numerosos atropellos contra otras culturas y pueblos a través de sus discursos. Algunas de las escuelas historicistas asumían que el objetivo de la historia era descubrir tendencias, patrones o leyes en la historia que nos permitan elaborar predicciones históricas (*Poverty* 2)<sup>5</sup>. En otras palabras, el historicista no reconoce que somos nosotros quienes seleccionamos y ordenamos los hechos de la historia en nuestro análisis, sino que piensa son las leyes inherentes de la historia las que determinan nuestra forma de pensar y nuestro futuro (*Poverty* 3). La gran influencia del historicismo se impone en el pensamiento occidental a través de la preponderancia de la filosofía de Hegel, tras la cual se edificarán las ideologías políticas más influyentes desde el siglo XIX. Teniendo en cuenta que en la mayor parte de dichas ideologías y aproximaciones a la historia hay un impulso moral, tal vez bien intencionado, pero casi siempre desatinado:

Like gambling, historicism is born of our despair in the rationality and responsibility of our actions. It is a debased hope and a debased faith, an attempt to replace the hope and the faith that springs from our moral enthusiasm and the contempt for success by a certainty that springs from a

---

<sup>5</sup> Este tipo de interpretaciones asumen que existen fuerzas por detrás de la historia—leyes de la historia, los grandes hombres, el choque dialectico entre dos ideas o tendencias, el progreso de la razón, etc. —que definen los sucesos históricos. Para Popper, dicha interpretación del desarrollo de la historia es simple y llana superstición, que no difiere muchos del asumir que algún tipo de fuerza sobrenatural—Dios, los dioses, el destino, etc. —está detrás de los acontecimientos de la historia (269).

pseudo-science; a pseudoscience of the stars, of 'human nature', or of historical destiny. (279)

En Latinoamérica, cuando las nuevas republicas comenzaron a reinterpretar sus historias en el siglo XIX, esta aproximación a la historia tomó dos vertientes: una relacionada con el Romanticismo y otra con el Naturalismo. En un principio los historiadores estuvieron muy interesados en recuperar la historia de las gestas libertadores con un marcado enfoque romántico en la vida de los hombres que las dirigieron. El representante más visible de esta tendencia en Colombia es el antioqueño José Manuel Restrepo (1781-1863), quien había sido testigo directo de las guerras de independencia y amigo personal de Simón Bolívar (1783-1830). A pesar de que Restrepo se consideraba a sí mismo como un positivista y buscaba un recuento imparcial de los hechos históricos, la influencia del romanticismo, la necesidad de justificar las guerras de independencia y su enfoque en los grandes personajes como agentes de la historia, lo ubican dentro de esta categoría<sup>6</sup>. En cuanto a la segunda vertiente historicista en Latinoamérica, que podríamos llamar naturalista o científicista, encontramos a su más destacado exponente en Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), especialmente en *Facundo*. En general, esta tendencia hacia la historia veía los efectos del clima y las condiciones naturales de las repúblicas latinoamericanas de una manera ambigua: como potencia para la prosperidad y como una carga que definía la barbarie de sus habitantes y de su cultura. En Colombia, José María Samper (1828-1888) es el exponente más destacado de esta tendencia de interpretación histórica que se impondría en la política hasta casi finales del siglo XX.

---

<sup>6</sup> Para mayores detalles ver la obra de Bernardo Tovar Zambrano (62-64)



Santiago Castro Gómez (1958- ), en su libro *La hybris del punto cero* (2010), expone como el proyecto científico ilustrado de los criollos en la Nueva Granada, más que una refutación antagónica al proyecto colonial significó epistemológicamente una readaptación de este a un nuevo orden donde los criollos ocupaban el centro de una nación, que debía ser democrática debido a la heterogeneidad de las razas, pero cuya dirección civilizadora solo podía ser ejercida por dicha elite criolla blanca. Este planteamiento resulta importante para entender la incapacidad del liberalismo para integrar la nación y asimilar la diversidad racial de las llamadas castas. José María Samper, perteneciente a la elite criollas bogotana fue un reconocido político liberal, periodistas y poeta<sup>7</sup>. En su libro *Viajes de un colombiano por Europa* (1862), Samper revela que el país conocido para Samper terminaba en el puerto de Honda sobre el rio Magdalena. De allí en adelante no ve más que una naturaleza disponible y en espera de una labor civilizadora que debe ser aprendida de Europa. Los pobladores de esas regiones 'salvajes', constituyen para él, como para otros letrados criollos, nuevos obstáculos para la civilización. Se presenta como un testigo del contraste entre la civilización y la barbarie y se impone la tarea de dar sentido al territorio que observa para incluirlo como parte del proyecto político modernizador, por medio de una apropiación de ese entorno conflictivo.

---

<sup>7</sup> Antes de los 30 años había sido secretario de la Cámara, ocupado varios cargos públicos, fundado, dirigido y colaborado en varios periódicos, luchado en la guerra civil de 1854 en defensa de la primera constitución liberal. En 1861 publicó *Ensayos sobre las revoluciones políticas y la condición social en las repúblicas colombianas* y en 1862 *Viajes de un colombiano por Europa*, en las cuales presenta las principales ideas sobre su proyecto para el desarrollo de la nación, tanto en el sentido material como en el poblacional. Durante su estadía en Europa entró en contacto y contribuyó con la revista española de orientación liberal, *La América*, publicada en Madrid y en la cual participó en discusiones sobre el hispanoamericanismo.

Ve en el futuro de su país la disyuntiva de Alexis de Toqueville (1805-1859), que años antes había propuesto Sarmiento para Argentina: “civilización o barbarie”.

En su concepto, el orden social colombiano era producto de una graduación socio racial establecida por los distintos pisos térmicos o climáticos que imponía la geografía. Las poblaciones de las tierras más bajas, donde imperaba el ambiente tropical o selvático, caracterizadas por el oscuro color de su piel, representaban el extremo más salvaje de una escala que se iba 'mejorando' en la medida en que se ascendía hasta llegar a las 'blancas' tierras altas, en donde la elite bogotana y antioqueña exponía el mayor referente civilizatorio. Este discurso está directamente relacionado con el discurso sobre la desigualdad de las razas de Arthur Gobineau (1816-1882). Sin embargo, retomando el planteamiento de Castro Gómez sobre la lectura que hicieron los criollos de las ciencias positivas y la ilustración como forma de reelaborar las practicas intelectuales de la colonia, encontramos que sus ideas retoman el concepto colonial de la pureza de sangre y que se acercan más a las ideas raciales de los borbones durante el siglo XVIII que a las ideas de Gobineau. Para este último no hay redención posible cuando las razas se mezclan, mientras que para Samper es posible un mejoramiento genético, dígase blanqueamiento de las razas por medio de la promoción de ciertas mezclas raciales, especialmente con mestizos y blancos. Estas nociones son heredadas del discurso colonial entablado durante la segunda mitad del siglo XVIII, que promovía la asimilación social y económica de los indígenas y otras castas por medio del cruce entre ellas. Sin embargo, esta fórmula blanqueadora y niveladora es una fórmula recetada para el pueblo y no para su propia clase, guardiana de su estirpe hispánica, de sus privilegios y de su monopolio

del poder dentro de la sociedad republicana. La historia de la nación era entonces, para ellos, la historia de una lenta evolución hacia la civilización bajo la guía intelectual y la influencia biológica de los criollos

Dentro de estas dos tendencias se mantuvo la reflexión histórica sobre el pasado en Colombia, después del establecimiento del régimen conservador consolidado en la constitución de 1886. La Academia de Historia, creada en 1902, establece un proyecto académico oficial que enfoca el estudio de la historia hacia la consolidación del proyecto conservador de la república. Las siguientes son las palabras del más destacado (por lo menos el más visible) historiador colombiano contemporáneo, Jorge Orlando Melo (1942- ), sobre los sectores que confluían en la academia:

Todos estos sectores conciben la historia como un conocimiento de eficacia moralizante y ejemplar, cuya función principal es despertar, en lectores y estudiosos, sentimientos patrióticos y de reverencia hacia el pasado y hacia las figuras a las cuales puede atribuirse mayor influencia en la conformación de las instituciones básicas del país [...] Tal orientación confirma por lo tanto lo que la tradición del novecientos había establecido: la tendencia a reducir la historia a la sucesión de acontecimientos políticos y militares.

Un segundo período de producción historiográfica, enfocado en la historia económica y social, comienza a gestarse con el regreso al poder del liberalismo en 1930, pero solo tendrá repercusiones en las décadas posteriores (Tovar Zambrano 128). Esta aproximación a la historia retoma nuevamente el proyecto liberal de dismantelar el legado colonial a través del estudio de las raíces de la desigualdad económica y social. Sin embargo, esta aproximación continúa con la tendencia historicista mencionada anteriormente, ya sea en su tendencia liberal o en su tendencia marxista. Se encuentra implícitamente un desprecio hacia las culturas y formas de organización social y

conocimiento no europeas, bajo el proyecto de “liberar” a los grupos marginados, bajo la categoría difusa de “proletarios”. Sin embargo, surgen también interesantes tendencias historiográficas, como el trabajo etnohistórico del colombo-ucraniano de ascendencia judía Juan Friede (901-1990), quién además recuperó y dio relevancia, a la crónica del siglo XVI de Fray Pedro de Aguado (1538-1609), inédita hasta entonces. Su obra aún pervive gracias a la difusión lograda por sus artículos y sus estudios en los Estados Unidos. Con la publicación de su libro *El indio en la lucha por la tierra* (1944), abre una nueva tendencia indigenista en los estudios históricos colombianos que hasta entonces se centraban en la herencia hispana. De manera similar, aunque solo hasta 1964, Aquiles Escalante (1923-2002) inaugura una perspectiva histórica afrocolombiana con su libro *El negro en Colombia*.

Desde entonces, y con la irrupción de la influencia de la Nueva Historia, se iniciaron unas series de estudios que buscaban oponerse a la historiografía tradicional colombiana, heroica, anecdótica o localista (Melo 165). Los intereses académicos que predominaban hasta ese entonces—historia económica, de los grandes conflictos sociales, historia de la educación, de la ciencia, de la vida cotidiana, de las ciudades, de las formas de violencia—tenían coherencia con la visión de la historia como ciencia y herramienta de análisis que podía contribuir en una lucha política. Dicha forma de ver la historia, aunque confrontaba la forma tradicional de ver la historia, continuaba siendo historicista, como lo revela su nombre en inglés: “New Historicism”. Los estudios de historia económica, social y política estaban referidos a objetos históricos relativamente unificados y los modelos teóricos, marxistas o no, ofrecían algunas hipótesis

integradoras, que permitían relacionar los distintos niveles del proceso social y establecer niveles de prioridades en el estudio: “la economía era determinante, o condicionante, o al menos tenía un ritmo de cambio, una duración, que le daba una función explicativa y sugería, como estrategia razonable de investigación y exposición, la búsqueda de interrelaciones entre lo económico, lo social y lo político” (Melo 182).

En la década de 1990, tras la crisis de los proyectos de izquierda, la historia, “que ya hacía bastante había dejado de ser una guía para la acción, fue perdiendo incluso el matiz de herramienta de lucha cultural”, que historiadores como Melo le pretendían dar (165). Es entonces cuando se siente la influencia del posmodernismo en los estudios de historia en Colombia y se cuestiona la validez de la idea de una “historia total”. La influencia del posmodernismo llevó también a que disciplinas como “la literatura y, en menor medida la antropología, desplacen a la economía y la sociología como las ciencias con mayores afinidades con el trabajo histórico, y ha debilitado la visión de que el historiador reconstruye, en sus textos, una realidad independiente de la estructura del discurso que elabora” (167). Aunque Melo critica que dicha influencia hubiera generado una fascinación de los historiadores más jóvenes por nuevas modas, lenguajes y conceptos que no dominan y los discursos metafóricos “que se defienden circularmente contra toda posible verificación”, no deja de destacar la obra de algunos nuevos autores que escriben bajo la influencia posmoderna. Lo que destaca de dichos autores son sus “excelentes ejercicios de lectura crítica” al ver los documentos más como textos que como testimonios. De esta revisión concluimos que la ciencia histórica en nuestros días, aunque continúa buscando una relación de los hechos históricos objetiva, tiene en cuenta

lo que Pablo Montoya Campuzano menciona aludiendo a Tzvetan Todorov (1939-2017) en *Las morales de la historia* (1991), que ‘no hay hechos sino solo discursos sobre los hechos’, que ‘no hay verdad del mundo, sino solo interpretaciones del mundo’” (8).

### La novela histórica como arte interpretativo del pasado de la cultura

Como mencionamos anteriormente, la novela histórica moderna surge de manera casi simultánea que la ciencia histórica en el siglo XIX. También mencionamos que las novelas históricas latinoamericanas de las primeras décadas del siglo XIX no fueron reconocidas por su calidad estética ni la complejidad de los contextos históricos que presentaban. Solo bajo la influencia del Realismo comienzan a aparecer algunas novelas históricas reconocidas por su valor estético e histórico, como *Cumandá o un drama entre salvajes* (1879) de Juan León Mera (1832-1894) y *Ave sin nido* (1889) de Clorinda Matto de Turner (1852-1909). Durante el siglo XX continúan apareciendo novelas históricas en América Latina, cuyo refinamiento estético y reflexión de la complejidad histórica continúa aumentando, desde Tomás Carrasquilla (1858-1940), pasando por Arturo Usler Pietri (1906-2001) y Alejo Carpentier (1904-1980), hasta llegar a los escritores del Boom. La producción de novelas históricas ha pasado a ser tan abundante que Seymour Menton (1927- ) en 1993 la definió como el estilo novelístico más importante después del Boom en América Latina. A pesar de que Menton propuso una caracterización de la “nueva” novela histórica latinoamericana, que habría surgido a finales de la década de 1970, diferente de lo que denomina la novela histórica tradicional, dicha división ha sido fuertemente cuestionada. A partir de esta caracterización, ha tomado fuerza la idea de que

la nueva novela histórica latinoamericana se enfrenta a la historiografía oficial, algo que, como veremos, no resulta ser tan cierto.

Lukasz Grutzmacher considera que los rasgos que Menton considera “nuevos” en dichas novelas, no son realmente nuevos (144)<sup>8</sup>. Según Grutzmacher, la novela histórica latinoamericana se encuentra desde mediados del siglo XX entre dos polos que, según vimos en la sección anterior, siguen de cerca el desarrollo de la historiografía contemporánea: la construcción fidedigna del pasado y la deconstrucción de los discursos que tienen pretensiones de verdad histórica absoluta (149). Por lo tanto, propone que en vez de hablar de novelas históricas “nuevas” y “tradicionales”, resulta más conveniente hablar de los dos polos anteriormente mencionados entre los que se sitúa cada texto. Estos dos polos se enfocan en la misma misión de la historiografía desde mediados del siglo XX, reescribir los discursos historicistas y eurocéntricos sobre la historia de América y deconstruir discursos erróneos anclados profundamente en el imaginario histórico y cultural. Además, los supuestos rasgos “únicos” de la nueva novela histórica latinoamericana reflejan una corriente global en la producción cultural, que Linda Hutcheon (1947- ) denominó metaficción historiográfica en 1988<sup>9</sup>. De hecho, ambos

---

<sup>8</sup> Estos rasgos son: 1) la subordinación de la reproducción mimética del periodo histórico a la presentación de ideas filosóficas (como la imposibilidad de conocer la verdad histórica, el carácter cíclico de la historia o la imprevisibilidad de la historia); 2) la distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos; 3) la ficcionalización de personajes históricos; 4) la metaficción historiográfica, es decir, los comentarios del narrador sobre el proceso de creación; 5) la intertextualidad; y 6) los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnavalesco, la parodia y la heteroglosia (Menton 42).

<sup>9</sup> Las definiciones de “nueva novela histórica latinoamericana” de Menton y de “metaficción historiográfica” de Hutcheon, comparten entre sí las características más importantes: la parodia, la heteroglosia, la intertextualidad, el cuestionamiento de la historia oficial y la metaficción o autorreflexión de la voz narrativa.

conceptos, nueva novela histórica latinoamericana y metaficción historiográfica, que surgen para agrupar el tipo de producción literaria producida desde la década de 1980, no logran separarla como un fenómeno nuevo.

Ambos autores reconocen que dicha aproximación literaria a la historia ya se había manifestado en décadas, y hasta siglos, anteriores. Menton menciona que obras como *Orlando* (1928), de Virginia Woolf y *El reino de este mundo* (1949), de Alejo Carpentier (48) y Hutcheon algunas obras de Shakespeare y *Don Quijote* (1615) de Cervantes, como precursoras de esta aproximación literaria (x). A pesar de que el término metaficción historiográfica de Hutcheon surge en medio de las discusiones de la postmodernidad, paradójicamente, utiliza también para su definición las obras de escritores del Boom clasificados por algunos como “modernos”: Borges, García Márquez y Cortázar. Hutcheon reconoce entonces que “in some ways, these problematizing challenges are not new ones: their intellectual roots have been firm for centuries, though it is their actual concentration in a great many discourses today that forces us to take notice anew” (87). Su novedad no radica entonces en la originalidad sino en la intensidad. La nueva novela histórica, o la narrativa postmoderna para Hutcheon, no se definen por un relativismo o un subjetivismo radical, sino que toma en cuentas las limitaciones del presente para escribir el pasado, y contamina deliberadamente las narrativas históricas (90). Los escritores son conscientes de que están imbuidos en un discurso ideológico y comienzan a arrojar elementos didácticos y discursivos para confrontar la idea de la historia total, y de la objetividad, impersonalidad y neutralidad del autor. Aunque se



encuentre en duda la idea del surgimiento en las últimas décadas de una “nueva” novela histórica latinoamericana, el libro de Menton, *La nueva novela histórica de la América latina* (1993), ha logrado llamar la atención sobre el auge de la novela histórica y ciertas características que las nuevas producciones literarias tienen en común<sup>10</sup>.

El auge de los temas históricos no ha estado restringido ni al género de la novela ni a los países latinoamericanos. La reflexión artística del pasado ha tenido una importante participación en las producciones culturales, especialmente literarias y cinematográficas, a nivel global en las últimas décadas<sup>11</sup>. El auge de la reflexión artística sobre la historia, más allá de una simple tendencia o moda intelectual, ha estado relacionado con una necesidad ética en la cultura, la cual ha surgido en gran medida como respuesta a las graves consecuencias políticas y sociales que las nociones esencialistas y absolutas sobre la dirección de la historia, las razas, las naciones y sus culturas han traído desde el siglo XX. Me refiero a que el historicismo y el cientificismo en las ciencias sociales decimonónicas sirvieron como herramientas teóricas para legitimar el exterminio indígena en el siglo XIX y para sustentar discursos ideológicos

---

<sup>10</sup> Menton hace una lista de al menos 249 novelas históricas publicadas en América Latina entre la década de 1970 y el año 1942. En Colombia, Pablo Montoya (1963- ) en su libro *Novela histórica en Colombia 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*, ofrece una lista de 52 novelas históricas escritas entre 1988 y 2008. Después de 2008, el interés por las novelas históricas colombianas no parece haber disminuido, si tomamos en cuenta la cantidad de publicaciones de grandes casas editoriales como Alfaguara, Seix Barral, y Penguin House. A esto se suma el hecho de que el premio Rómulo Gallegos en 2015 fue entregado precisamente a una de las novelas que vamos a analizar en este estudio, *Tríptico de la infamia* (2014) de Pablo Montoya Campuzano.

<sup>11</sup> En el mundo anglosajón, además de las tradicionales producciones cinematográficas sobre caballeros medievales se han sumado producciones sobre temas históricos menos explorados, como los vikingos en el medioevo y los piratas en la temprana modernidad, por citar solo dos casos sobresalientes.

que han legitimado regímenes totalitarios en todos los espectros políticos, desde el comunismo hasta el nazismo<sup>12</sup>. La responsabilidad ética a la que me refiero está relacionada con la honestidad intelectual que reclamaba Karl Popper a los científicos sociales, el reconocer que nuestro conocimiento siempre será limitado por las perspectivas limitadas del punto de vista en que lo estudiamos. Esto, como mencionábamos anteriormente, ha llevado a acercar la ciencia histórica a la literatura y a despertar un interés sobre las interpretaciones que las ficciones históricas hacen del pasado. En este estudio, y de acuerdo con nuestras discusiones anteriores, tomaremos a la ciencia histórica como una interpretación del pasado desde afuera, que busca ser objetivo, y la novela histórica como una interpretación desde adentro, que busca revivir el mundo interior de los personajes y sus relaciones con el mundo de su época.

Asumimos que la novela moderna, desde Cervantes, ha debido su prestigio cultural a su profunda exploración del interior del individuo, la sociedad y la cultura en cada época. Como menciona Milán Kundera en *El arte de la novela*, cuando la filosofía y las ciencias abandonaron a principios de la edad moderna la exploración del “ser”, fue precisamente la novela la que continuó dicha exploración. Al igual que para Kundera, el escritor colombiano Darío Ruiz Gómez, en su ensayo “Acerca de la novela”, considera que el constante cuestionamiento interior del ser humano, de acuerdo con su realidad siempre cambiante, es lo que diferencia a la novela del relato (23-34). La novela se constituye entonces en una herramienta estética que utiliza mecanismos diferentes a los

---

<sup>12</sup> El filósofo de las ciencias Karl R. Popper (1902-94) dedica *La pobreza del historicismo* y *Las sociedades abiertas y sus enemigos* a demostrar dicha relación.

de las ciencias sociales con un mismo objetivo: el cuestionamiento constante de la realidad. La novela histórica es un punto de partida propicio para estudiar las principales tendencias en los discursos del pasado y la identidad, ya que en ellas los autores expresan a un mismo tiempo una forma de aproximarse a la historia y una reflexión sobre las dinámicas sociales del pasado y, por lo tanto, del presente. Para el análisis literario de las novelas históricas tendremos en cuenta entonces su calidad estética como novela y la calidad de su información histórica, teniendo en cuenta las palabras de McGrady:

Lo que da calidad estética a la novela histórica no es la historia representada, sino los valores artísticos que el autor pone de su propio peculio. Es decir, las novelas históricas buenas lo son porque poseen las mismas cualidades que todas las grandes novelas de la vida moderna. Si no poseen estas cualidades, el contenido histórico, por más erudito y bien presentado que sea, no podrá redimirlos. En efecto, la presentación de un contenido histórico demasiado extenso es lo que más ha perjudicado la realización de novelas históricas bien logradas.

Es, sin embargo, conveniente recordar que la calidad estética de la novela está ineludiblemente relacionada con el contenido histórico y su representación. Es decir, sus cualidades estéticas no radican en el lirismo o en la idealización de valores, sino en la representación vívida de una realidad trágica. Inevitablemente, esta representación estética narrativa presupone un orden social y por lo tanto su trama representa una posición ética frente a la sociedad y la cultura (Brown 144). Nuevamente se cruzan los caminos aquí con la narrativa historiográfica de mediados del siglo XX.

### La ética y la poética de la historia

Un historiador que ha tenido un papel destacado en la nueva forma de entender la historia y su relación con la literatura es Hayden White (1928-2018). Al igual que Popper, White

reconoce el desespero de los historiadores del siglo XIX y XX por lograr darle un sentido a la historia por medio de las ciencias y por fuera de la religión<sup>13</sup>. Postula que, ante la imposibilidad de encontrar el resultado absoluto esperado, predominó desde finales del siglo XIX una actitud irónica, a la que le atribuye el torpor de la “crisis del historicismo” (xii). En *Metahistory* (1973), White reconoce que, a pesar de la intención de los historiadores decimonónicos por ser objetivos, inconsciente e inevitablemente terminan usando estrategias y estructuras literarias para plasmar el producto de sus investigaciones. Según su argumento, el pensamiento en cualquier campo de estudio permanece cautivo del modo lingüístico con el que se aproxima al objeto de estudio y, por lo tanto, depende de la forma en que disponga sus partes, es decir de su estructura verbal. A partir de la estructura profunda de la conciencia histórica, las estructuras verbales se organizan poéticamente alrededor de paradigmas asumidos a priori. Estos paradigmas son de tres clases, epistemológicos, estéticos y morales. El estilo historiográfico de un escritor dependerá entonces de la forma en que asuma estos niveles paradigmáticos (x).

El historiador trabaja con datos o crónicas de una época pasada y los organiza en forma de historia para darle un sentido, en una secuencia donde, al igual que en una obra

---

<sup>13</sup> Según Hayden White, en *Metahistory*, los historiadores (Michelet, Ranke, Toqueville y Burhardt) y los filósofos de la historia (Hegel, Marx, Nietzsche y Croce) más importantes del siglo XIX, hacen un ejercicio de fe en la razón y en la posibilidad de llegar a la verdad a través de la palabra, elaborando sus puntos de vista sobre la historia por medio de las estrategias estéticas de la literatura y de la influencia de una posición moral ante la sociedad. Sin embargo, los historiadores posteriores, que deben trabajar entre dichas opciones, diferentes y a veces contradictorias, cayeron en una actitud irónica ante la historia al utilizar aproximaciones a la historia de manera operacional, pero sin una creencia sincera en la posibilidad de llegar a una verdad histórica.

literaria, deben definirse un principio, un desarrollo y un final. Hay cuatro formas generales en las que se pueden organizar las tramas de dichas historias: Romance, Comedia, Tragedia y Sátira. La forma romántica se vale del drama para ilustrar la trascendencia del héroe a través de su experiencia en el mundo, del cual al final se libera o sobre el cual vence. En esta categoría podemos ubicar, obviamente, a José Manuel Restrepo y otros historiadores románticos de la primera mitad del siglo XIX, la mayoría de los cuales tomaron parte activa o fueron testigos de las guerras de independencia<sup>14</sup>. Para estos escritores, Bolívar, el héroe central, y otros héroes menores, a pesar de no poder disfrutar en vida de los frutos de una nación en paz, fueron redimidos a través de la “gloria” que alcanzaron para la historia de su nación

La comedia y la tragedia, por otro lado, solo ofrecen una liberación parcial del estado de postración en el que se encuentra el hombre con respecto a las fuerzas de la historia. En la comedia, las reconciliaciones ocasionales del héroe con las fuerzas que están en juego en el mundo social y natural son ocasiones festivas. En la tragedia no hay ocasiones festivas, a menos que estas sean falsas e ilusorias. Sin embargo, la caída del protagonista no arriesga el mundo de quienes sobreviven a la prueba agónica y estos adquieren una mayor conciencia por haber sido espectadores de la caída. En la segunda mitad del siglo XIX, bajo la influencia de las constantes guerras civiles, la actitud de los historiadores cae por lo general en una mezcla de ambas aproximaciones, en una tragicomedia, por medio de la cual el país avanza tortuosamente hacia el progreso y la

---

<sup>14</sup> Podemos mencionar entre ellos a Perú de Lacroix, José Hilario López y Tomás Cipriano de Mosquera.

liberación. Esta es precisamente la actitud de la novela moderna desde Cervantes. Las medidas y los rasgos de la tragedia y de la comedia en la historia colombiana dependían en gran medida de la filiación política del escritor. Bernardo Tovar Zambrano menciona como el primer historiador que se ocupa estrictamente de la colonia a Joaquín Acosta (1800-1852)<sup>15</sup>, quien, al igual que los cronistas, ve en la conquista una mezcla de redención y condena de todos los actores que conforman la tragicomedia de la conformación de la nación (66-68). Restrepo y Acosta definen también los momentos críticos en que se concentrará el mayor interés de los historiadores colombianos, la conquista y la independencia.

Entre los historiadores liberales, Tovar Zambrano menciona a José Antonio Plaza con sus *Memorias para la historia de la Nueva Granada* (1850) y el anteriormente mencionado, José María Samper, que más que historiador es un intérprete del sentido de la historia de la nación colombiana. Entre los historiadores conservadores menciona a Sergio Arboleda (1822-1888) con *La república en la América española* (1868) y José Manuel Groot (1800-1878) con su *Historia eclesiástica y civil de la Nueva Granada* (1869). En ambas facciones existe aún la fe en una redención de la nacionalidad colombiana por medio de una tragicomedia en las cuales, como habíamos mencionado, los componentes de tragedia y de comedia varían según la ideología política. En general, los liberales ven en la colonia los gérmenes que retrasan el progreso del país y los conservadores los fundamentos de la civilización, la cultura y el progreso. Los procesos

---

<sup>15</sup> Su libro *Historia de la Nueva Granada* (1848) es publicado en París y cubre desde los viajes de Colón hasta la muerte de Gonzalo Jiménez de Quesada.

determinantes de la identidad colombiana, la conquista y la independencia, no llegan a ser heroicos para estos escritores, sino que son una mezcla constante de caída y redención que determina el sufrido camino hacia el progreso.

A diferencia de las tres formas anteriores, en la Sátira no hay una reconciliación con el mundo o una trascendencia, sino que allí el hombre es cautivo del mundo y no su dueño (7-10). En este sentido, la sátira comparte la forma de ver el mundo de un determinismo científico, o religioso en el que la libertad humana no trasciende los límites de su destino. Esta tendencia podría verse reflejada en el movimiento político de La Regeneración, compuesta por liberales y conservadores que propusieron una moralidad religiosa irónica, y que era usada como herramienta de control político en un mundo pragmático donde existe una lucha por ejercer el poder, alrededor del cual se relativiza la moral. El líder liberal de La Regeneración, Rafael Núñez (1825-1894), inicio su carrera política como liberal y vivió una juventud disipada, contraria a los lineamientos de los conservadores. Sin embargo, al final de su vida se alió con el partido conservador y los sectores de la iglesia más reaccionarios para monopolizar el poder político. Escritores como José María Vargas Vila o Baldomero Sanín Cano lo consideraron siempre como un irónico que no estaba convencido de lo que profesaba. De manera similar, el antes mencionado José María Samper pasó de predicar un determinismo científico en su *Juventud*, para convertirse en la vejez en un ultracatólico conservador. Es difícil sin embargo evaluar la sinceridad de las creencias predicadas por los escritores, por lo que evitaremos catalogar las obras históricas como sátiras, a menos de que este objetivo sea evidente.

Según la forma en que los escritores de temas históricos asumen la relación entre los hechos históricos específicos estudiados y el curso global de la historia, Hayden White reconoce cuatro tipos: formistas, quienes analizan los hechos de forma dispersa, sin buscar relaciones globales; contextualistas, que analizan los hechos siempre teniendo en cuenta el contexto contemporáneo previamente definido; y organicistas y mecanicistas, que son reduccionistas y analizan los hechos como reflejos de tendencias históricas a nivel macro<sup>16</sup>. Los primeros dos tipos se encuentran más relacionadas con las tendencias contemporáneas en el estudio de la historia. Mientras que los dos últimos tipos representan la tendencia historicista de la historia, tanto en su forma teocéntrica como científicista. Por último, White divide las formas en que los historiadores configuran de manera verbal el papel de los agentes históricos. Para esto utiliza la teoría de los tropos, que tanto la poética tradicional como las teorías en los estudios de las lenguas modernas han utilizado para el análisis del lenguaje poético o figurado. Los tropos básicos identificados son cuatro: metáfora, metonimia, sinécdoque e ironía. La metáfora (literalmente transferencia), es el tropo fundamental por medio del cual los fenómenos

---

<sup>16</sup> En general, la categoría de los “formistas” busca datos y objetos que para ellos es importante identificar en un momento histórico, pero es dispersivo, no busca dar una explicación integradora. Los organicistas buscan integrar, dar reglas generales, y por lo tanto son más reduccionistas. En ellos hay un compromiso metafísico de encontrar relaciones entre las esferas micro-cósmicas y macro-cósmicas, de encontrar procesos sintéticos. Este paradigma busca entonces encontrar en niveles micro, procesos que validen lo que sucede a un nivel global. Por otro lado, están los mecanicistas, que son igualmente reduccionistas y ven la historia como la manifestación de fuerzas invisibles que llevan al mundo hacia un destino. Buscan entonces describir las leyes generales que mueven la historia, como lo hacen Taine, Marx o Tocqueville. Es un tipo de paradigma que tiende a la abstracción. Además, tenemos a los “contextualistas”, quienes proceden aislando procesos o hechos históricos para luego pasar a buscar tendencias que los relacionen con diferentes áreas del contexto (11-21). En ellos, a pesar de estudiar los hechos aislados, toma preponderancia el contexto en el que estos se desarrollan.



pueden ser caracterizados en virtud de su similitud o diferencia. Por lo general, los historiadores metafóricos comparan en sus análisis los mismos elementos entre distintas épocas. Es decir, se centran en la comparación de expresiones sociales específicas (la religión, la familia, las instituciones, etc.) a través de las distintas épocas.

Aunque metonimia, sinécdoque e ironía son todos tipos de metáfora, estos difieren entre sí por la clase de reducciones o integraciones que hacen a nivel literal para ilustrar lo que pasa a nivel figurado. En general, la metáfora es representacional en una manera formista, no busca una reducción por medio de leyes históricas, sino que simplemente representa los hechos históricos en palabras. La metonimia es reduccionista de un modo mecanicista, es decir, sustituye la parte por el todo. Dichos historiadores efectúan entonces una referencia figurada entre agente y actor y, acto y efecto. En esta categoría entrarían historiadores como Hegel, que ven a los actores históricos como actores de las fuerzas históricas que guían el rumbo de la historia. Entrarían en esta categoría también los historiadores románticos de la primera mitad del siglo XIX y los científicistas de finales de ese mismo siglo. La sinécdoque es integrativa de una manera organicista. Los escritores que usan la sinécdoque efectuarían un movimiento figurado de tipo integrativo. Para ellos un fenómeno o un acto histórico no solo se relaciona con otro, sino que está unido al otro cualitativamente a manera de replicaciones microcósmicas. Es por lo tanto una aproximación histórica de tipo holístico, en un sentido metafísico o religioso, que ven en los movimientos históricos diversas expresiones de una misma unidad.

El último tropo, la ironía, es “negativo”, en el sentido que niega figuradamente lo que afirma (31-34). Según White, los escritores irónicos son menos ingenuos, ya que son conscientes de la incapacidad del lenguaje para poder atrapar la esencia de la realidad histórica (34-38). Este tropo está relacionado con el tipo de interpretación de la historia que relacionamos con los políticos del final del siglo XIX en Colombia que veían la historia como sátira. White manifiesta en *Metahistory* su gran preocupación por el predominio de este tipo de historia irónica en las ciencias sociales hasta mediados del siglo XX: la idea de que, como es imposible acceder a una historia total por medio del lenguaje, su estudio debe ser emprendido solo teniendo en cuenta los resultados prácticos, o beneficios, que de ello se quiera sacar. A pesar de la sincera preocupación de Hayden White por el predominio de la actitud irónica entre los historiadores de la primera mitad del siglo XX, el mismo, como menciona Ewa Domanska, pertenece a este tipo de historiadores (178-179). Domanska cataloga *Metahistory* como un texto de tipo moral, que se enfoca en la libertad de los individuos para tomar decisiones morales frente a su responsabilidad en la interpretación del pasado. Los historiadores contemporáneos, alejados de la búsqueda de una historia total, no pueden ignorar su papel como intérpretes de las evidencias que poseemos sobre el pasado.

Para el análisis textual de las novelas históricas analizadas en este estudio, usaremos esta misma división de Hayden White para las narrativas de los historiadores y de los filósofos de la historia del siglo XIX. Las tramas de las novelas nos indicarán a su vez su posición ética frente a las dinámicas sociales del período representado, y por lo tanto del presente. Es su interpretación de los discursos del pasado y de la cultura, si

tomamos como punto de partida la definición de la trama de una ficción narrativa como texto social de Richard Harvey Brown (1940-2003):

Plot gives integrity to the actions as a whole as well as to the characters represented. Plot is the means by which essential features of human existence are expressed through specific events. By organizing actions into logically unfolding development, the wuthor can show in a palpable fashion the tension between what the character takes or wishes himself to be and what the world tells him that he is. Plot conveys a moral meaning by encoding actions in some item of wisdom that auditors can decode into their own lived experience (143-44)

Lo que el mundo les dice a los personajes de las novelas que son, depende de los discursos culturales del pasado y de la identidad de cada período y cada lugar. Para analizar estos discursos culturales, seguiremos con la misma lógica interpretativa del conocimiento histórico y social como texto literario. A continuación, discutiremos dicha interpretación de la cultura a través de las teorías culturales de Robert N. St. Clair y literarias de Harold Bloom (1930- ).

#### La sedimentación cultural y la afirmación de la identidad como oposición discursiva

En su teoría de la sedimentación del tiempo y el espacio cultural (the sedimentation theory of cultural time and space), el lingüista de la Universidad de Louisville, Robert N. St. Clair, apela a la naturaleza metafórica de todo conocimiento mediado por la palabra. En esta teoría, que busca ser una herramienta analítica de las dinámicas del cambio social, St. Clair juzga como poco productiva para los estudios culturales en nuestros días la metáfora del tiempo lineal basada en el concepto euclidiano del tiempo y el espacio (52). Propone entonces un modelo que permite un análisis más amplio de la complejidad de las culturas basado en la metáfora de la “arqueología del conocimiento” de Michele

Foucault (1926-1984). Dicha teoría asume el tiempo como la acumulación en diversas capas de prácticas sociales en el tiempo espacial (52). De esta manera, no solo se reconoce un presente incrustado dentro del pasado y un futuro inevitablemente incrustado dentro del futuro, sino también la participación de diversas capas históricas culturales, acumuladas de forma desigual, dentro del espacio social.

La teoría de la sedimentación del espacio y el tiempo cultural está basada en gran medida en la teoría sociológica de Richard Harvey Brown presentada en *La sociedad como texto* (1987). Brown trae a colación algo que habíamos discutido antes con Hayden White: todos los modelos de conocimiento son metafóricos y las ciencias tienen con la literatura más puntos en común de lo que generalmente se ha admitido (St. Clair 59). St. Clair propone su teoría como herramienta analítica para discutir el cambio cultural. Según su razonamiento, todos los marcos teóricos pueden ser vistos como metáforas, ya que son la aproximación a un fenómeno desde un punto de vista externo y diferente. Algunas de estas metáforas son tan ampliamente aceptadas en sus campos de estudio y en la vida cotidiana, que se convierten en metáforas raíz sobre las que se construyen nuevas metáforas—modelos de conocimiento. En ocasiones, ciertas metáforas raíz son rechazadas de acuerdo con el surgimiento de nueva evidencia. Nuevos modelos explicativos son buscados entonces para explicar los fenómenos estudiados de acuerdo a la nueva evidencia (St. Clair 61-63)<sup>17</sup>.

---

<sup>17</sup> En este punto sigue la propuesta de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn (1922-1926)

Una aproximación a la cultura a través de la teoría de la sedimentación del tiempo y el espacio cultural nos permite analizar cómo se comportan los complejos conglomerados culturales denominados “identidades nacionales”. Dichas identidades son configuradas alrededor de metáforas raíces que exaltan ciertos aspectos histórico-culturales y opacan otros. La interpretación decimonónica, lineal y absoluta, simplificaba la identidad como un ente racial/cultural/religioso indivisible. Esta forma de interpretar la cultura era incapaz de explicar, salvo como raras excepciones, la existencia de árabes cristianos, “blancos” musulmanes o judíos no semitas. Al mismo tiempo homogenizaba bajo conceptos como “indio” o “negro” una compleja diversidad de expresiones étnicas y culturales que se expresan en la vida cultural de una nación. En nuestro estudio de las novelas históricas, usaremos esta aproximación para desentrañar las capas superpuestas en la proyección de identidad (es) culturales (es) que ofrecen los autores. Siguiendo la metáfora de los estratos culturales, en cada momento que surge un nuevo estrato de identidad cultural, este se sitúa sobre uno anterior del cual busca diferenciarse. Las culturas que no articulan la diferencia de su identidad, con relación al discurso textual hegemónico, terminan siendo asimiladas por el estrato anterior, por integración o desintegración, al ser catalogadas como el “otro” que no tiene voz propia sino la que le proyecta la cultura dominante.

Las culturas griega y hebrea, en las que se basa el conglomerado cultural que denominamos civilización occidental, deben su preponderancia cultural más a la conservación de su literatura que a sus victorias políticas o militares. Las nuevas narrativas y discursos se ven obligadas a articularse dentro de estos discursos más

antiguos, que definen el conocimiento occidental, ahora global. Nuestra forma de interpretar la historia inevitablemente depende de la historiografía moderna, la cual se deriva de la medieval, que a su turno se deriva de la de la antigüedad clásica. Siguiendo esta lógica, la teoría de “la angustia de las influencias” de Harold Bloom, nos ofrece un modelo para interpretar, desde un punto de vista literario, las estrategias usadas por los intelectuales de una cultura para asumir el peso de las influencias de otras culturas y definir un pasado y una identidad propia. De acuerdo con Bloom, quien asume que ninguna composición (en nuestro caso historia) es completamente original, los autores (culturas) se ven envueltos en una lucha psicológica en el momento de la creación literaria, en la cual deben vencer la ansiedad causada por la influencia de los textos anteriores. ¿Qué son los nacionalismos más que la angustia de tener que demostrar la originalidad y la pureza cultural de una nación? En este proceso de creación poética literaria, Bloom propone seis estrategias usadas para superar esta ansiedad o angustia. En el siguiente cuadro podemos ver la adaptación de estas estrategias al origen discursivo de las identidades culturales.

Clinamen	Encontrar errores en la cultura previa que deben ser corregidos en la propia
Tessera	Ampliar o dar otro sentido a la cultura previa
Kenosis	Ejercer una violenta reacción para aparentar una discontinuidad con los predecesores
Daemonization	Asignar un origen divino para controlar el papel de la cultura previa y engrandecer la propia

Askesis	Buscar un estado de aislamiento y austeridad en la cultura propia, en busca de una purificación y de disminuir el papel de la cultura previa
Apophrades o el regreso de los muertos	Dentro de la propia cultura se le da un lugar prominente a la previa, dándole más potencia a la propia

Asumimos entonces que ninguna cultura es completamente original, sino que surge con la influencia de culturas previas. Las culturas son sistemas complejos en los que más de una de estas estrategias pueden estar presentes de manera simultánea. Sin embargo, la teoría de la angustia de las influencias culturales es una herramienta analítica que nos permite definir los principales procesos operados en los momentos de cambio cultural, cuando se reevalúan las metáforas raíz y las diferentes identidades culturales se redefinen.

Como ejemplo para establecer las bases de nuestro análisis, retomaremos el ejemplo de las culturas griega y judía como pilares de la denominada cultura occidental y como se inserta la península ibérica dentro de estas culturas. Los textos históricos más antiguos conservados hacen referencia al surgimiento de ciudades-estado y algunos imperios en el área de Mesopotamia y Egipto. Las culturas en las cuales surgen estos textos pertenecen a pueblos externos, semiindependientes, que se encontraban en la frontera occidental de esa región: griegos y hebreos. Las tradiciones literarias de estos pueblos que habitaban la margen oriental del Mediterráneo son las que definen las coordenadas de la cultura occidental. Esta preeminencia cultural no se basa en que sean las primeras tradiciones literarias sino en haberse conservado por siglos y seguirse

conservando. La historia textual entra entonces a Europa desde el oriente y a través del Mediterráneo por medio de comerciantes griegos y fenicios, estos últimos semitas, emparentados con los hebreos. Los griegos y los fenicios eran pueblos que habían fundado ciudades-estado en las costas y se dedicaban al comercio marítimo en el Mediterráneo. Debido a sus actividades comerciales iniciaron actividades de colonización en el occidente del Mediterráneo a través de sus escalas portuarias en las rutas comerciales<sup>18</sup>.

Mientras Fenicia era destruida por los persas<sup>19</sup>, las ciudades-estado, polis, de Grecia se unen y logran detener el avance persa. Esta época corresponde al apogeo cultural de la Grecia clásica. Tenemos ya algunas de las coordenadas más importantes sobre las que se define la cultura occidental: alfabeto, ciudades-estado, competencia por comercio y rutas comerciales, colonización y factorías. La expansión del Imperio macedonio durante la vida de Alejandro Magno en el siglo IV antes de Cristo, marca en la historiografía de la antigüedad clásica el inicio de la época helénica, en la cual la

---

<sup>18</sup> Las colonias se encontraban generalmente en puertos e islas de fácil defensa, dónde construían asentamientos-almacenes amurallados que llamaban factorías o colonias. Debido al conflicto de intereses por los puertos en las islas y las costas del Mediterráneo había no solo una rivalidad económica y comercial, sino también política y cultural entre las culturas griega y fenicia. El desplazamiento hacia el occidente por el Mediterráneo se incrementó, especialmente por parte de los fenicios, ante la expansión del imperio persa hacia el medio oriente, norte de África, Asia central, Anatolia y los Balcanes en el siglo VI antes de Cristo. En este momento ambos, griegos y fenicios, tenían ya colonias en las costas de la península ibérica, que ya se llama Iberia, y sus habitantes iberos.

<sup>19</sup> El imperio persa destruyó la civilización fenicia original, que habitaba en las tierras que hoy ocupan Siria, Líbano e Israel. Sin embargo, su cultura continuó desarrollándose en otros puertos del Mediterráneo, especialmente en el norte de África, dónde Cartago pasó a ser el centro cultural, político y comercial más importante. Alrededor de esta ciudad se desarrollaría la civilización cartaginesa.



cultura griega se disemina por el mundo antiguo. En este punto nos encontramos con un decisivo desplazamiento discursivo y cultural que se replicará en el futuro. El pueblo Macedonio era considerado un pueblo no perteneciente a la cultura griega, aunque vivían inmersos en la influencia cultural griega. No se organizaban en ciudades-estado sino en reinos. En algún momento, antes de Alejandro Magno, se difunde una leyenda que emparenta a los reyes macedonios con un hijo del dios griego Zeus. De esta manera, por medio de una estrategia discursiva, se insertan en la cultura de sus aliados griegos, que para ellos es ya su propia cultura. Esta estrategia discursiva posee rasgos de la “daemonization”, por el origen divino otorgado a las culturas, y “apophrades” o retorno de los muertos, por la exaltación de lo griego como parte de la propia cultura<sup>20</sup>.

Después de la destrucción de sus primeros centros urbanos por los persas, la cultura fenicia se había desplazado hacia el occidente del Mediterráneo, incluyendo las costas españolas. Se organizaron en forma de república alrededor de Cartago en el norte de África, algo que los romanos harían posteriormente, a partir del siglo V antes de Cristo<sup>21</sup>. Las estrategias discursivas de Roma con respecto a la cultura griega son

---

<sup>20</sup> Alejandro fue educado para gobernar por su padre, quien dispuso al célebre filósofo griego, Aristóteles, como su tutor. Grecia había pasado a un segundo plano en política, pero su alianza con Alejandro lleva su cultura desde Macedonia por los Balcanes hasta Egipto en el sur y a través de la península de Anatolia y el medio oriente hasta Asia central. Los centros culturales más importantes de la cultura “griega” no estarán ahora en Grecia sino en Alejandría en Egipto y Antioquía en Siria. Estos centros culturales continuaran siendo importantes bajo los imperios romano y musulmán.

<sup>21</sup> En esos siglos Roma y Cartago tenían relaciones amistosas y tratados comerciales, ya que ambos tenían a los griegos como enemigos. Sin embargo, cuando Roma invade las ciudades griegas del sur de la península itálica, queda enfrentada a Cartago, que ocupaba las islas del frente, Sicilia, Cerdeña y Córcega.

similares a la de Macedonia, “daemonization” y “retorno de los muertos”, se afilia a la mitología griega para insertarse en su cultura y su historia. En cuanto a la cultura fenicia de Cartago, el discurso romano rompe violentamente con él para crear una sensación de discontinuidad en el discurso de identidad cultural: “kenosis”.<sup>22</sup> En la tercera guerra púnica Cartago y sus ciudades leales fueron arrasadas y su población exterminada; los pocos supervivientes fueron vendidos como esclavos. Todo el norte de África pasó a ser colonia de Roma. Algo similar ocurrirá siglos después con las culturas indígenas de las Américas. En el siglo I antes de Cristo Roma la cultura griega es cultivada con orgullo entre las clases dominantes alrededor del Mediterráneo, aunque el resto de la población continúa dentro de sus prácticas culturales autóctonas, por decirlo de alguna forma. En los primeros siglos de nuestra era, la provincia de Hispania tenía ya un papel principal en la cultura del imperio. Un personaje tan influyente como Séneca (siglo I D. de C.) había nacido en Córdoba y la latinización había llegado al punto que, con excepción del lenguaje vasco, los idiomas pre-latinos habían desaparecido.

La cultura judía nace también enfrentando a grandes imperios, posiblemente influenciados por otras culturas como la fenicia, sumeria, egipcia, etc. Como comenta Américo Castro, “desde la antigüedad egipcia aquel pueblo venía sufriendo ataques dirigidos a aniquilarlo. Su creencia espiritualizada, inseparable de su conciencia de pueblo, los hizo incompatibles con la concepción romana del Estado, y les atrajo antipatías y persecuciones desde muy antiguo” (Castro 448). Su narrativa, que clama

---

<sup>22</sup> Después de vencer dos veces a Cartago los romanos deciden provocar otra guerra para tener una excusa para destruirla.

comprender 33 siglos, es la del pueblo escogido por Dios, que debe sufrir destierros, persecuciones y adversidades por su desobediencia. Después de siglos viviendo en el área de influencia helénica, su cultura había asimilado muchas de sus características. Solo los distinguían ciertas prácticas religiosas que no se diluyen debido a su transmisión generacional amplificada por la presencia del libro, de los libros. Su antigua narrativa, de la que no tenemos claro de que influencias se origina, va a convertirse en una influencia de la que otros pueblos querrán, sin poder, escapar.

Durante el Imperio romano, los judíos tenían ya varias comunidades importantes en ciudades importantes del mundo helénico, como Antioquía, Alejandría y Roma. Sin embargo, después de múltiples sublevaciones judías, Jerusalén es destruida y los judíos desterrados de las tierras de Israel y dispersados. Paradójicamente, en la misma época en que los romanos intentaron destruir la cultura judía como habían hecho con la fenicia, surgió el cristianismo, derivado de la cultura judía, como un movimiento cultural y religioso que terminaría por transformar la espiritualidad romana<sup>23</sup>. Durante la lenta disolución del Imperio Romano de occidente, dos pueblos bárbaros—germanos<sup>24</sup> y

---

<sup>23</sup> Claro está, que la religión adoptada oficialmente por Constantino como religión oficial de Roma, se trataba ya del mensaje híbrido de una fe que exalta la humildad, el amor y mansedumbre, por un lado, y, por el otro, de una religión que, bajo el signo de la cruz, buscaba triunfos militares.

<sup>24</sup> En el siglo V después de Cristo se incrementan con la invasión de los hunos las migraciones de pueblos germanos hacia territorio romano. La magnitud de este desplazamiento fue tal, que redefinió la política y la cultura de todo este territorio. El poder político, administrativo y militar de Roma había ido en continua decadencia desde finales de la República romana y se había fracturado en dos entidades independientes: el Imperio Romano de Occidente y Bizancio o Imperio Romano Oriental. Comienza a consolidarse desde entonces una identidad occidental, separándose de su otra mitad oriental. Tribus germanas, como los francos y los godos, fueron reclutados primero por

árabes—iban consolidando su cultura a través de triunfos militares y políticos. Ambas culturas bebían principalmente de fuentes grecorromanas y judeocristianas. La relación entre ambas fuentes se mantiene en constante tensión, y cambiará dentro de ambas culturas de acuerdo con las cargas políticas de la época<sup>25</sup>. La influencia judía en las culturas cristianas y musulmanas se da en forma simultánea de tessera, ya que amplía y da un nuevo sentido a la cultura anterior. Es un desplazamiento cultural que comienza como un clinamen, representados por Jesucristo y Mahoma, quienes aceptan la cultura religiosa anterior, pero introducen correcciones a la forma de adorar y al significado de los rituales cotidianos. Sin embargo, sus seguidores desplazarán aún más estas críticas hasta formas culturales muy diferenciadas y enfrentadas en sus fundamentos. No se puede dar tampoco una apophrades, retorno de los muertos, ya que la cultura judía nunca ha muerto. Américo Castro razona en la misma dirección:

Roma los deshizo políticamente, y el nacimiento del cristianismo los colocó en una postura sin semejanza en la historia, pues resultaron ser simultáneamente un credo indispensable y una carga enojosísima. El cristianismo aceptaba como espina dorsal los libros del antiguo testamento, los más de ellos divinamente revelados, con lo cual se fortalecía la fe de los hebreos, que así veían aceptada y revalidada la totalidad de su fe. El paganismo greco-romano, por el contrario, fue eliminado completamente del sistema religioso. En circunstancias tales, la

---

los hunos, y después por los romanos, de los cuales se volvieron confederados. Pudieron tener contacto también con otras culturas, como cuando fueron reclutados por los ejércitos romanos para combatir al Imperio Sasánida, de origen persa, que había recuperado su antigua zona de influencia en Mesopotamia. Las tribus germanas que ocuparon las provincias romanas de Galia, Britania e Hispania, francos, anglosajones y godos respectivamente, terminaron reinando como confederados romanos en esos territorios. Se convirtieron así en señores de poblaciones romanas, galo-romanas, britano-romanas e hispano-romanas.

<sup>25</sup> La cultura griega influye el *modus vivendi* en ambas culturas, a través de la asimilación al Imperio romano; sin embargo, sus sistemas de conocimiento renacen en diferentes medidas y diferentes momentos en ambas culturas, de acuerdo, generalmente, a la censura religiosa.

suerte de los hebreos tenía por fuerza que ser trágica, pues quedaban al mismo tiempo sepultos y vivos (Castro 449)

Aunque en el siglo V ya ha desaparecido el Imperio Romano de Occidente, la iglesia romana comienza una puja por su predominio político, espiritual y cultural. En este contexto el historiador hispanorromano Isidoro de Sevilla<sup>26</sup>, escribió su *Historia de los reyes de los godos, vándalos y suevos* en el siglo VI D. de C, iniciando propiamente la historiografía española. Es el texto fundacional, por ser el más antiguo, que se conserva sobre específicamente la historia de Hispania. Es entonces una historia que nace hispano-visigoda<sup>27</sup>, característica con la que los futuros reinos cristianos del norte de la península van a relacionarse en adelante. A un mismo tiempo, la latinización de los pueblos germanos iba en aumento.

El sistema de organización social feudal de los pueblos germanos y el no controlar el comercio marítimo en el Mediterráneo, llevó a la Europa germana a encerrarse en el interior del continente, en lo que algunos han considerado una edad oscura o media, en la que declina el conocimiento humanista y racionalista clásica, celosamente guardado y controlado por la iglesia. En el siglo VIII después de Cristo se asientan las bases sobre las que se configura el discurso moderno de Europa. Los reyes

---

<sup>26</sup> Isidoro de Sevilla fue un religioso católico muy activo en la promoción de la asimilación de los visigodos a la cultura clásica y su conversión al catolicismo. Estas circunstancias definen su perspectiva de la historia y la identidad de la que ya llama "Mater Spania". Alaba las virtudes de las tierras españolas, la cultura romana y la identidad gótica.

<sup>27</sup> Los visigodos son presentados como un pueblo militar que no tenían una monarquía hereditaria, aunque elegían a sus reyes solo entre los miembros de ciertos linajes. No se mezclaban mucho con las otras comunidades y, aunque tenían la inevitable influencia romana guardaban sus costumbres propias y pretendían diferenciarse de los otros grupos. Buscaban una monarquía con poder absoluto y teocrático, aunque nunca lo lograron.

francos de la dinastía merovingia, y luego sus antiguos mayordomos, los carolingios, se convirtieron en defensores del catolicismo y aliados del Papa. Carlomagno impuso la dinastía carolingia sobre Europa central y occidental, incluyendo la península itálica, e intentó entrar a la península ibérica. De esta forma unificaron a los pueblos germanos de estas regiones<sup>28</sup>. Pero más importante, al ser coronado como emperador en Roma por parte del Papa es tomada como un símbolo de la Restauración del Imperio Romano de Occidente. Al poder militar le suman ahora el arte la religión política, o política religiosa.

La bendición del Papa revive entonces, de forma divina, el imperio romano de occidente en los germanos y los encamina hacia la asimilación cultural dentro de la cultura clásica grecorromana. Carlomagno promovió también el estudio del conocimiento, por medio de la creación de monasterios con centros de estudios bíblicos y clásicos y conectó su corte con la antigüedad clásica, en lo que ha sido conocido como el Renacimiento carolingio. De esta forma, a través del cristianismo, los germanos entrar a ser los “herederos” de la cultura clásica grecorromana, en la que siglos más tarde renace nuevamente el sistema de conocimiento humanista y racional griego, ya no mirando hacia el Mediterráneo sino hacia el Atlántico.

Desde la lógica de las estrategias contra las influencias, tenemos, por un lado, un mecanismo de daemonization, a través de la iglesia católica. Al mismo tiempo, se efectúa un clinamen, o corrección de errores, ya que esta versión del imperio de occidente estaba siendo mejorada, según ellos, por medio del evangelio. En Europa renace entonces una

---

<sup>28</sup> Todas las casas reales de Europa, hasta la actualidad, reclaman ser descendientes de Carlomagno a través de Hugo Capeto.

versión mejorada del Imperio Romano de Occidente, sin su componente decadente por ser cristiano. Los movimientos discursivos de las dos grandes potencias políticas y militares que surgían en ese momento, la Europa romana-germánica y el imperio árabe, se irán tornando cada vez más hacia lo religioso. Tenemos ya las coordenadas principales de Europa occidental en el período medieval: reinos, poder militar, organización rural/feudal, estratificación social, religión, iglesia católica y estudios clásicos grecorromanos en los monasterios.

La inestabilidad política y económica de los Visigodos, sumada a sus luchas internas, facilitó la conquista del imperio musulmán en el siglo VIII. Aquí, el papel de los judíos comienza a manifestarse en la historia española. Los romanos, además de dispersar los núcleos judíos principales, habían tomado todo tipo de medidas discriminatorias, incluyendo la prohibición de matrimonios entre judíos y cristianos, de comprar tierras y propiedades. Este tipo de leyes serían luego copiadas, en algunos momentos por los germanos<sup>29</sup>. La dinastía musulmana de los Omeya, reinante en la antigua Hispania, ahora al-Ándalus, tenía una historia peculiar. Se disputaban con el Imperio Bizantino el control de la zona de influencia helénica, organizando su administración por medio de un sistema que no exigía la conversión de los pobladores de las áreas anexadas sino un pago de tributos, al estilo de los romanos<sup>30</sup>. Ya que los Omeya tenían a los poderosos abasíes

---

<sup>29</sup> Estas políticas fueron, sin embargo, contraproducentes. La producción y el comercio decayó en el reino y los judíos recibieron de buena gana a los musulmanes, quienes toleraban su religión y delegaron en ellos funciones administrativas importantes. ¿Al cabo no eran todos hombres del libro?

<sup>30</sup> En el siglo VIII después de Cristo la dinastía Abasí tomó el poder en el Califato del Imperio Islámico, y mandó a exterminar a todos los miembros de la dinastía Omeya. Sin embargo, uno de

como enemigos, realizaron una serie de alianzas con algunos señores visigodos e hispanorromanos, muchos de los cuales se convirtieron al islam, quienes se comprometían a mantener el orden en las marcas, es decir en las zonas de frontera con los cristianos<sup>31</sup>.

El Imperio musulmán le dio una importancia central al conocimiento, convirtiéndose en el centro cultural más importante de la época<sup>32</sup>. Los sabios árabes crearon redes interculturales con cristianos y judíos, resucitaron el ambiente humanista, científico y racional de la Grecia clásica. También fundaron universidades, algunas de las cuales sobreviven como las universidades más antiguas del mundo. Entre los siglos VIII

---

ellos, Abderramán I, hijo de un príncipe y una concubina esclava cristiana bereber, escapó al norte de África y desde allí pasó al recién conquistado territorio en la península ibérica. Allí, con ayuda de algunos bereberes y sirios leales instauraron un Emirato independiente con capital en Córdoba.

<sup>31</sup> Algunos poderosos clanes cristianos hispano-visigodos se convirtieron al islam y recibieron beneficios políticos y económicos como control territorial y exenciones de impuestos. A estos se les llamó muladíes, y los más famosos fueron los influyentes Banu Quasi, quienes habitaban en una de las zonas montañosas del noreste de la península. Eran comunes los matrimonios de estos con miembros de la nobleza Omeya, así como de estos últimos con miembros de la nobleza del norte de la península. Además, una gran población de judíos y cristianos, a quienes se les llamó mozárabes, continuaron viviendo bajo la ocupación musulmana, aunque pagando mayores impuestos que la población musulmana.

<sup>32</sup> Las investigaciones e innovaciones sobre ciencias, filosofía, medicina y educación llevaron a la fundación de La casa de la sabiduría en Bagdad, donde académicos musulmanes y no musulmanes trataron de recopilar todo el conocimiento mundial al árabe. Muchas obras de la antigüedad clásica fueron traducidas al árabe y luego a otros idiomas como el turco, el persa, el hebreo o el latín. En el Imperio musulmán sintetizó el conocimiento de la antigua China, India, Persia, Egipto, el norte de África, la Grecia clásica y el imperio bizantino. Pensadores, ingenieros, académicos y comerciantes avanzaron a partir de la sabiduría antigua en las artes, agricultura, economía, industria, literatura, navegación, filosofía, ciencias y tecnología. Crearon una cultura que influenció a todos los continentes. Si los abasíes, reinantes en el extremo oriental del Imperio fundaron la Casa de la sabiduría en Bagdad, los Omeya en Al-Ándalus y los Fatimíes en el norte de África establecieron sus centros de conocimiento en Córdoba y El Cairo, respectivamente.



y XII desarrollaron, con base en su sistema tributario, un sistema capitalista mercantil que prefigura el actual. Sociedades anónimas, multinacionales, sistemas de débito y crédito, cheques, letras de cambio, cuentas de ahorros, cuentas corrientes, empeños, préstamos, están entre las innovaciones económicas que se establecieron en este período. La situación de los judíos en España mejoró notablemente con la llegada de los Omeya. Su cultura sería fundamental en el desarrollo de la edad de oro del Al-Ándalus, que coincide con la edad de oro musulmana y judía:

Cuando el islam español alcanzó la cumbre de su vitalidad en el siglo X, comenzaron también a surgir las grandes personalidades judías. Sus obras literarias, científicas y filosóficas ocupan lugar bien visible en la historia de la civilización de Europa, y sale de mi plan valorarlas de nuevo. Digamos simplemente que ninguno de ellos hubiera sido lo que fue sin el islam español. Cuando este decae después del siglo XII, declina igualmente la genialidad creadora del hispano-hebreo, que en adelante se nutrirá de su pasado (Castro 451)

Sin embargo, ocurriría un nuevo movimiento iniciado por tribus nómadas del desierto, como los bereberes, quienes por un mecanismo de askesis buscaron la purificación cultural por medio del aislamiento y austeridad. Emerge así un nuevo discurso donde se busca una reacción violenta contra el conocimiento grecorromano y se busca la identidad en el rigor religioso. Aquí se inicia el final de la edad de oro musulmana, y con ella la judía. El reacomodo entre los dos antiguos discursos narrativos, el griego y el semita, determina las direcciones de ambas culturas, en un proceso en el que el flujo del conocimiento comienza a ser regulado por las autoridades religiosas.

En el siglo XI, la situación política había dado un vuelco en la península ibérica, donde las taifas o pequeños reinos musulmanes pagaban tributo a los reyes cristianos a cambio de apoyo militar y no ser atacados. Por otro lado, entran a la península los

almorávides y los almohades, especie de monjes guerreros con una interpretación rigurosa del Corán. Ante las invasiones almorávides y almohades en los siglos XI y XII, los hispanojudíos y los mozárabes cristianos tuvieron que buscar refugio en los reinos cristianos. La duración de cada embate de las los almorávides y de los almohades por el control de la península es efímera: el predominio musulmán empieza francamente a decaer. Aumentó considerablemente el tamaño de las comunidades mozárabes y judías existentes desde el comienzo de la Reconquista, las cuales fueron vehículos para las maneras de vivir musulmanas. Al igual que los príncipes musulmanes, los reyes cristianos también utilizaron los conocimientos y habilidades de los judíos<sup>33</sup>. Por otro lado, surge el polémico término “reconquista”, por iniciativa de Alfonso VIII de Castilla, quien busca apoyo de los reinos de Castilla, Aragón, Navarra y Portugal, y solicita apoyo del Papa Inocencio III para que comprometa a los otros reinos cristianos, francos para que lo acompañaran en una gran batalla contra el califato almohade. La intransigencia religiosa, en el sentido moderno en que la conocemos, comienza a predominar sobre la política y la economía. El emperador bizantino Alejo I había solicitado ayuda a los reinos cristianos de Europa y se iniciaron las cruzadas, las cuales nos dan las nuevas coordenadas del discurso: la religión como estrategia política, conquistas para enriquecer los reinos, predominio y exclusivismo cultural. Siguiendo con el ejemplo del Conde

---

<sup>33</sup> Al respecto dice Américo Castro: “téngase muy en cuenta que, en realidad, los árabes sirvieron también de maestros para los cristianos en el arte de utilizar a los hebreos como médicos, científicos, almojarifes (funcionarios de hacienda), funcionarios públicos, diplomáticos y, en general, como administradores del patrimonio del Estado y de los nobles” (451).

Lucanor (y su esclavo musulmán, Patronio), podemos evidenciar algo que ya Américo Castro había enunciado tomando como ejemplo un pasaje del Mío Cid:

La España medieval es el resultado de la combinación de una actitud de sumisión y de maravilla frente a un enemigo superior, y del esfuerzo por superar esa inferioridad... ejercer el señorío y servirse de los moros, tal fue el programa, no en manera alguna imitarlos en sus actividades técnicas o intelectuales... ¿No es después de todo, algo de lo acontecido con roma y Grecia? Los romanos usaron de su señorío y de su capacidad política, y los griegos se quedaron con su filosofía, su ciencia y otras actividades valiosas, sin que los vencedores políticos pensarán en imitarlas (50)

Como podemos ver, la interpretación de Castro tiene un implícito reconocimiento al papel que cumple el deseo de una cultura de trascender las influencias de culturas previas. Al tomar cada ciudad de manos de los musulmanes, los reyes cristianos en la península se encontraban con esplendorosas y lujosas obras arquitectónicas y con pobladas bibliotecas. El conocimiento de los libros, de la antigüedad clásica y de la biblia, celosamente controlado por la iglesia católica, se encontraba abierto, pero en árabe. El papel de los judíos fue fundamental para la traducción y transmisión de este conocimiento hacia los reinos cristianos de la península y otros lugares de Europa. Los reyes y señores cristianos se sirvieron de los moros y judíos en sus reinos y, por sus conocimientos sobre el manejo del estado, los protegieron: “estaban legalmente tolerados, y los reyes reiteraron una y otra vez que sin los hijos de Israel sus finanzas se vendrían abajo” (452).

Poco a poco, Europa y el Mediterráneo van redefiniendo su identidad y la religión es usada como estrategia política tomando un papel nefasto. Sectores de los musulmanes critican a los sabios humanistas y un filósofo y científico cordobés, Averroes, fue

expulsado de Al-Ándalus por los musulmanes y sus obras fueron prohibidas. De igual forma, sus obras fueron prohibidas por la iglesia católica. El caso de Averroes es importante, ya que, a pesar de ser religioso, promovía un universalismo que le permitía discutir e integrar los principios de las tres religiones derivadas de la biblia judía. Las bibliotecas musulmanas tenían todo tipo de textos, la mayoría de los cuales no han sido estudiados aún. Con mucho cuidado los monjes cristianos buscaban o trabajaban en traducciones de los textos que consideraban más relevantes, los cuales abundaban en ciudades como Toledo, más, sin embargo, sus contenidos eran celosamente guardados. Las culturas musulmanas y cristianas, surgidas y fundamentadas en la cultura clásica grecorromana, deliberadamente restringen el pensamiento abierto humanista y racional y paulatinamente se empiezan a encerrar por medio del control religioso en la interpretación de sus líderes religiosos sobre los libros sagrados.

En el siglo XIII se escriben en latín dos crónicas históricas, del leonés Lucas de Tuy, el Tudense y el arzobispo de Toledo, Rodrigo Martínez de Rada, el Toledano, por encargo de los reyes de Castilla: *Chronicon mundi* y *De rebus Hispaniae*, parten de la obra de Isidoro de Sevilla, aunque la segunda utiliza también fuentes andalusíes, para elaborar una historia comprensiva de España desde la creación hasta sus días. Estas obras, según Robert B. Tate, no muestran aún una conciencia étnica y no es sino hasta el siglo XV, con los judeoconvertos Pablo y su hijo Alfonso de Santa María, que la mitología se empieza a modificar enfocarse en la grandeza de Castilla, o de España dirigida por Castilla (21). Los castellanos comienzan entonces a padecer la angustia de las influencias y a tratar de deshacerse de ellas, no sólo en cuanto a lo musulmán y lo

judío, sino también en cuanto a lo europeo, ya que Castilla, restauradora de la Hispania romana, busca su exclusividad. La peste negra sirvió de pretexto para exacerbar las invectivas que muchos preladados de la iglesia y cristianos recelosos del poder de los judíos infunden en la población para aumentar el odio contra ellos.

### El imaginario social de la “pureza” de sangre

Debido a las conversiones en masa de judíos al cristianismo, como forma de evitar las persecuciones, se generó un recelo entre algunos grupos cristianos que no creían en la sinceridad de dichas conversiones y buscaban terminar con el encumbramiento de los criptojudíos. Entre las estrategias para lo anterior se promovieron los estatutos de pureza de sangre, encaminados a segregar de algunos privilegios políticos y sociales a quienes provinieran de estirpe judía o mora. La metáfora de la pureza de sangre sirvió como mecanismo oficial para expropiar de sus bienes y su cultura a los moros y a los judíos conversos de la península ibérica. En la conquista y la colonia, este mismo imaginario sirvió como una forma de empoderamiento y des-empoderamiento de diferentes comunidades. El poder demostrar la pureza de sangre, “ser blanco” así fuera subrepticamente, garantizaba la plena posesión de la cultura y la religión, mientras el no hacerlo significaba recibirla como plato de segunda mano, como una dádiva de las elites de la que, sin embargo, nunca se podría disfrutar en plenitud, ya que siempre serían mirados como advenedizos. En ocasiones la pureza de sangre iba más allá del color de la piel y, en Colombia, podían encontrarse campesinos pobre blancos considerados de color, y personas de piel más oscura consideradas como blancos. Este asunto será fundamental para tener en cuenta en los análisis de los discursos de identidad cultural reflejados en las

novelas, y en los discursos del pasado en Colombia, es la relación asumida hacia las relaciones entre raza, cultura y religión. A pesar de que estas relaciones han sido siempre fuertes entre sí, el caso hispano, que en cierto sentido fue pionero, permite analizar el proceso por medio del cual ciertos grupos son excluidos (expropiados) de su derecho a la cultura, que queda por expropiación como un privilegio de ciertas élites que se perciben a sí mismas.

### La conquista y la colonia en la novela histórica colombiana

Habíamos mencionado anteriormente que las que han consideradas como la primera novela histórica latinoamericana, *Xicoténcatl*, y colombiana, *Ingermina*, narran las luchas entre ciertos grupos indígenas y los conquistadores que llegaban del viejo mundo. Este período, que transcurre en su mayoría entre finales del siglo XV y comienzos del XVII, es junto al de las guerras de independencia, entre finales del siglo XVIII y principios del XIX, uno de los períodos que más ha atraído la atención de los novelistas de la historia latinoamericana. Pablo Montoya Campuzano identifica también la concentración de los intereses en estos períodos históricos y alude a Lukács cuando dice que “la literatura, cuando se enfrenta a la historia procura indagar en periodos de grandes traumatismos sociales” (x). A continuación, discutiremos las características generales de las que son consideradas novelas históricas colombianas, desde sus inicios en el siglo XIX, hasta principios del siglo XXI. Seguiremos principalmente las listas de Donald McGrady en *La novela histórica en Colombia: 1844-1959*, la de Seymour Menton en *La nueva novela histórica de la América Latina: 1979-1992* y la de Pablo Montoya Campuzano en *Novela histórica en Colombia: 1988-2008*. En esta sección no entraremos en un análisis

detallado de las novelas sino en una definición general de sus temáticas, enfocándonos en las que se ubican en el período colonial, y sus actitudes discursivas.

La gran mayoría de las novelas históricas colombianas tienen una temática local, aunque desde el siglo XIX hasta el XXI ha existido un pequeño porcentaje que explora el pasado de otras tierras. En la lista de McGrady, que comprende entre 1844 y 1959, cuatro de las veintinueve novelas históricas citadas, se ubican lugares geográficos externos al territorio colombiano: *Los moriscos* (1845) de Juan José Nieto (1805-1866), *Las dos reinas de Chipre* de Soledad Acosta de Samper (1833-1913), *Phineés* (1909) de Emilio Cuervo Márquez (1873-1937) y *Eufrosina de Alejandría* de Francisco María Renjifo (1876-1959). Ninguna de estas obras llegó a tener una amplia difusión, más allá de los círculos intelectuales especializados, entre los lectores colombianos, ni mucho menos extranjeros. Entre estas cuatro novelas del siglo XIX, *Phineés* es la que logra una mejor composición novelística y, según McGrady, representa “la cumbre estética” de la novela colombiana entre 1844 y 1959 (51). Escrita por Emilio Cuervo Márquez, gran amigo del talentoso escritor José Asunción Silva, bajo la influencia del modernismo, esta novela es la única que logra evocar el ambiente histórico en detalle, sin perder la calidad novelística. En las otras obras, siguiendo nuevamente a McGrady, no hay “un mejoramiento en la técnica novelística” y son “informes en su estructura y primitivas en su composición” (29). Volveremos sobre el tema de las novelas que tratan sobre asuntos no telúricos en el segundo y en el tercer capítulo, ya que las novelas analizadas contienen fragmentos extraterritoriales del pasado. Podremos analizar entonces la relación entre los

temas seleccionados en dichas novelas y los discursos de los autores, además de discutir renovado interés, mencionado por Montoya, sobre este tipo de temas (viv).

McGrady continúa con la división temática de las novelas en el período en que se concentra (1844-1959) de la siguiente manera: 1) novelas de asunto no americano, anteriormente comentada; 2) novelas indianistas y de la conquista, con once novelas escritas por siete autores; 3) novelas de la sociedad colonial, siglos XVI, XVII, y XVIII, con siete novelas escritas por cuatro autores y 4) novelas de la época de la independencia, con siete novelas escritas por tres autores. Vale la pena mencionar que las 29 novelas son escritas por doce escritores, algunos de los cuales aparecen en todas las divisiones. Los más prolíficos son, Soledad Acosta de Samper con nueve novelas y Felipe Pérez con cinco novelas. Juan José Nieto, José Caicedo Rojas (1816-1898) y Constancio Franco V. (1842-¿?) tienen cada uno de a dos novelas; y Francisco Gómez Valderrama, José Antonio de Plaza, Eduardo Posada, Francisco María Renjifo, Jesús Silvestre Rozo, Daniel Samper Ortega y Luis Hernando Vargas Villamil, aparecen cada uno con una novela histórica de su autoría.

Llama la atención la ausencia de *La marquesa de Yolombó* (1928) de Tomás Carrasquilla (1848-1940), una obra que transcurre en el siglo XVIII. La obra de Carrasquilla ha sido problemática en Colombia, ya que fue por mucho tiempo etiquetado como un escritor costumbrista, aunque al mismo tiempo era reconocido como uno de los más grandes novelistas de Colombia. *La marquesa de Yolombó* es considerada por Menton como la primera novela realista, aunque continúa siendo relativamente desconocida (36). Sobre esta novela regresaremos en el tercer capítulo. De la lista



proporcionada por Menton, que cubre entre 1949 y 1992, encontramos ocho novelas escritas por seis escritores colombianos, entre los cuales solo Germán Espinoza (1938-2007), con tres novelas, tienen más de una novela histórica. Solo *El signo del pez* (1987), de Germán Espinoza trata de un asunto no americano, tres novelas tratan asuntos de la colonia y las demás sobre el siglo XIX. En esta lista tenemos autores ampliamente reconocidos a nivel nacional e internacional, como Gabriel García Márquez (1927-2014), Germán Espinoza y Manuel Zapata Olivella (1920-2004). Aparece también por primera vez, una novela que explora la experiencia afrocolombiana en la historia, *El fusilamiento del diablo* (1986), de Zapata Olivella. Llama la atención aquí la ausencia de otra novela de Zapata Olivella publicada previamente, *Changó el gran putas* (1983), que narra la diáspora africana en el continente americano. En este punto de la historia literaria del país, la producción novelística ha pasado ya a tener reconocimiento internacional.

La lista de Pablo Montoya Campuzano, que comprende 21 novelas entre los años 1988 y 2008, deja conscientemente por fuera del estudio a las novelas que tratan sobre asuntos del siglo XX en adelante y cuyos temas estén repetidos en otra de las novelas que estudia. Es por lo tanto una lista que no pretende ser exhaustiva. Sin embargo, nos interesa seguir viendo los intereses de los escritores en dicha aproximación. Los temas principales continúan siendo la conquista y colonia y los primeros años de la república. Nueve de las novelas se desarrollan en la conquista y la colonia, incluyendo una obra de García Márquez, *Del amor y otros demonios* (1994), y varias obras del autor que despertó en la década de 1990 el interés de casas editoriales internacionales. A partir de este contexto literario e histórico, analizaremos las tres novelas seleccionadas para este

estudio según su contenido y su forma. Según su forma, tomaremos en cuenta la forma en que estructura la trama y las estrategias poéticas usadas para definir el sentido de sus personajes como agentes históricos. Esto nos permitirá definir la actitud del novelista frente a los discursos del pasado. En cuanto a su contenido, tomaremos en cuenta el asunto histórico tratado y su relación con novelas históricas previas que tratan el mismo asunto y con las fuentes históricas e interpretaciones previas. En la intersección entre contenido e historia, evaluaremos la posición en que las novelas se encuentran entre los dos polos mencionados por Grützmacher, la recreación del pasado como verdaderamente fue y la deconstrucción de interpretaciones previas con pretensiones de verdad, o metáforas raíces.

Para analizar el tema de la identidad cultural definiremos las tendencias culturales que se enfrentan en cada novela, y en cada época y lugar geográfico tratado por la novela. Identificaremos a partir de la trama, las descripciones y los comentarios presentados en el texto, la posición que toma el autor frente a estas variables culturales para definir la forma en que define la identidad cultural. Además, basados en el análisis de las estrategias poéticas, analizaremos el papel que toman los personajes como agentes sociales e históricos dentro de la matriz cultural. En *Donde no te conozcan*, tendremos la oportunidad de discutir el (los) legado (s) cultural hispano (s) que llegó desde España al caribe y norte de Suramérica. Veremos cómo se relaciona esta herencia cultural con capas más antiguas del pasado y como se proyecta hacia el futuro. Específicamente su relación con la poco estudiada vida colonial del siglo XVII. En *Tríptico de la infamia* analizaremos la forma en que Montoya usa evidencias sacadas de las artes plásticas para

analizar la leyenda negra de la conquista de América y la situación en los países del norte de Europa con respecto a la intransigencia religiosa con la que se ha escudado el mito de la leyenda negra. Por último, en *Mancha de la tierra* analizaremos el final del período colonial, incluyendo las relaciones sociales entre los diferentes estratos de la sociedad colonial y la influencia de diferentes movimientos culturales europeos y americanos (indigenistas) en la creación de un ambiente sociocultural propicio para la independencia. De esta manera, nos proponemos definir los discursos generalizados sobre el pasado colonial y las reinterpretaciones que, a partir de las nuevas realidades sociales y culturales, hacen los artistas en el siglo XXI.

## CAPÍTULO 2

### EL HISPANISMO COLOMBIANO Y EL HISPANISMO ANDALUSÍ EN *DONDE NO*

#### *TE CONOZCAN*

Para ser caballero o hidalgo, / aunque seas judío y moro, / haz mala letra, habla despacio y recio, / anda a caballo, debe mucho/ y vete adonde no te conozcan, y lo serás. (Francisco Gómez de Quevedo)

*Donde no te conozcan* (2007) de Enrique Serrano<sup>34</sup> (1960- ) ilustra las formas de vida y las tradiciones de conocimiento desarrolladas en la península ibérica durante los últimos siglos de la edad media, entre los siglos XIV y XVI. Se concentra específicamente en dos comunidades judías en Lucena, en el reino nazarí de Granada, y en Mallorca, bajo el reino de Aragón. Como novela histórica, logra darle consistencia a un punto de vista en el debate sobre la llegada de comunidades de origen moro y sefardita al Nuevo Reino de Granada y su influencia cultural en la identidad nacional colonial y republicana. Describe el ambiente sociopolítico de la época, incluyendo las estrategias usadas por ciertos sectores sociales para despojar a los judíos y a los moros de su prestigio cultural, su influencia política y comercial y, sobre todo, su encumbramiento económico. La voz narrativa nos recrea a través de capítulos cortos la vida cotidiana de dos familias: la familia Méndez Pinto, armadores navales de Mallorca y la familia Cardozo, de tradición de médicos y farmaceutas. Los capítulos dedicados a cada familia se intercalan entre sí, y

---

<sup>34</sup> Enrique Serrano es comunicador social y filósofo graduado de la Universidad Javeriana de Bogotá. Actualmente es investigador y docente de la Universidad del Rosario de dicha ciudad. En 1996 ganó el premio Juan Rulfo de Radio Francia Internacional y en 1997 publicó su primer libro de cuentos *La marca de España*. Esta obra ha sido editada en España, México y Argentina y recibió elogiosos comentarios por parte de Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis. Desde entonces ha recibido gran apoyo de casas editoriales como *Seix Barral* y ha publicado otro libro de cuentos y cuatro novelas históricas, además de un ensayo publicado en forma de libro, *¿Por qué fracasa Colombia?: delirios de una nación que se desconoce a sí misma*.

con otros capítulos que nos informan sobre hechos políticos y sociales significativos o ilustrativo de las dinámicas sociales de la época. La trama nos narra el incremento de la hostilidad política y social hacia ellos y las estrategias que usaron para conservar sus vidas y su dignidad, en medio de dicho ambiente. Al final, narra las diferentes formas que usan para salir furtivamente hacia las Américas a través de Portugal y las Canarias y conecta las familias con personajes históricos conversos en Portugal y Colombia.

La novela comienza con una nota de advertencia firmada por el autor en 2006, en la cual manifiesta que la historia allí presentada proviene de unos cuadernos hallados “en un cartapacio añoso que yacía en el fondo de un viejo arcón de madroño que trajeron en mil novecientos sesenta y uno los Pinto—primos lejanos míos—a Bucaramanga [...]”. La nota es irónica: intuimos que lo que dice no es cierto, ya que es un recurso literario reconocible y cliché en la novela desde *Don Quijote de la Mancha* (1615). Sabemos entonces que nos encontramos ante una metaficción historiográfica que no aspira a pretensiones de verdad absoluta y que es atribuida a otro narrador difuso. En *Don Quijote* encontramos una conexión andalusí cuando la obra es atribuida al sabio árabe, Cide Hamete. En *Donde no te conozcan*, es atribuida a un tal Efraín Pinto, quien se revela como la voz narrativa en el capítulo final, el cual firma con fecha de 1811. Pinto, el narrador, es descendiente de criptojudíos, según los hallazgos que hizo en otro viejo arcón en casa de sus abuelos: una Torá, un candelabro de siete brazos, vestidos y cartas. Aunque la mayor parte de los personajes protagónicos son ficticios, la novela está también llena de personajes históricos que juegan papeles secundarios en la trama o simplemente ayudan a definir el clima político y social. Tres de estos personajes

históricos, sin embargo, aparecen hacia el final de la novela como descendientes de las familias noveladas: Gracia Méndes Nasi (1510-1569), Juan Méndez Nieto (1531-1616) y Fernão Méndes Pinto (1509-1583). Estos personajes históricos, a pesar de no ser ampliamente conocidos, juegan un papel especial en la mezcla entre la novela y la historia que Serrano teje de manera minuciosamente.

El último capítulo de la novela es una nota firmada por el personaje ficticio, el boticario Efraín Pinto en Zapatoca, Colombia, en 1811, quien declara que escribió aquella historia para que los suyos se acuerden de la estirpe de la que provienen. Tenemos entonces una estructura narrativa en que el autor firma al principio, con fecha de 2006, una nota de advertencia declarándose un simple copista de un texto que al final aparece firmado por un personaje ficticio de principios del siglo XIX. La novela se divide en cuatro partes—La luz, El silencio, La esperanza y El olvido—a través de las cuales seguimos a algunos de los miembros de las dos familias durante unas cinco generaciones, desde aproximadamente 1346 hasta comienzos del siglo XVI. En la primera parte, “La Luz”, el autor nos ubica en dichas comunidades con gran presencia judía, en los años en que la Peste negra azotó con más intensidad a Europa. Los Méndez Pinto, son los descendientes de la Casa de las Dos Estrellas, la cual fue fundada quince generaciones antes del Abuelo Cag, quien al principio de la novela está muriendo, viven en Mallorca. Por otro lado, los Cardozo de Lucena conservan una tradición de médicos y farmaceutas que cumple once generaciones con Abraham Cardozo, el mayor de los Cardozo en la novela. Si calculamos entre cuatro y cinco generaciones por siglo, tenemos que son linajes que hunden sus raíces en la edad de oro judía y del Islam. Cuentan que uno de

ancestros de los Cardozo fue médico de Abd al-Rahman III (891-961)<sup>35</sup>, lo que nos ubica en el siglo X (23).

La novela explora entonces la presencia de las culturas mora y judía en la cultura hispánica, a través de siglos de convivencia. Desde allí traza líneas, a través de personajes ficticios e históricos conversos, hacia la cultura hispanoamericana, específicamente colombiana. Tenemos entonces, por un lado, la “mancha” de Sefarad y al-Ándalus en la cultura hispana y, por otro lado, su transmisión directa al nuevo mundo. A continuación, analizaremos desde una perspectiva histórica el contexto en el que Serrano desarrolla la trama de su novela y las implicaciones discursivas sobre la historia y la identidad que surgen de ella. Es importante tener en cuenta para este análisis que, mientras rastrear los linajes puede llegar a ser casi imposible, el seguimiento de los rasgos culturales abre un campo de análisis más fecundo, teniendo en cuenta sus restricciones interpretativas. Al respecto, me remito a la declaración que un grupo de antropólogos, sociólogos y genetistas bajo el patrocinio de la Unesco hizo en 1951 sobre raza y diferencias raciales en París. La cita proviene del “Prólogo” de Luis Duque Gómez al libro de Daniel Mesa Bernal, *De los judíos en la historia de Colombia* (1996): “Los grupos nacionales, religiosos, geográficos, lingüísticos y culturales no coinciden necesariamente con los grupos raciales, y los aspectos culturales de cada grupo no tienen la menor relación demostrable con los caracteres peculiares de la raza” (18). Este es un punto fundamental

---

<sup>35</sup> Como emir declaró que el emirato sería desde entonces un califato, adquiriendo derechos imperiales dentro del Islam. Su período de gobierno es uno de los más prestigiosos y tolerantes, en cuanto a la fe, de los musulmanes en España.

en al momento de analizar una cultura en vuestros tiempos, después de décadas de arbitrariedades justificadas por supuestas hipótesis científicas sobre las razas, naciones y culturas.

### Sefarad y al-Ándalus: las manchas imborrables de España

La interpretación moderna-cristiana de la tradición de conocimiento occidental, ha sido enunciada en franca oposición con la tradición de conocimiento del cercano oriente-musulmana, con cuyas potencias políticas han estado en guerra durante siglos. Sin embargo, y a pesar de la aparente contradicción, ambas tradiciones de conocimiento comparten unas mismas raíces, culturales y religiosas. El binarismo totalizante político/religioso/cultural entre ambas tradiciones, efectivo para involucrar a las poblaciones en las batallas políticas y económicas de los centros de poder de ambos espectros, dominaron en la baja edad media las dinámicas sociopolíticas del mundo mediterráneo. A partir del siglo XVI, cuando comenzó a consolidarse el mundo global con la apertura del Atlántico y los otros océanos en las dinámicas comerciales, este binarismo continuó siendo el eje central de dichas dinámicas. Esta estrecha relación entre los pretendidos polos es mucho más evidente en la península ibérica, en la cual convivieron ambas culturas durante más de nueve siglos. La huella “oriental” en España sigue siendo evidente con las obras arquitectónicas que aún maravillan a residentes y visitantes, recordándoles un antiguo florecimiento cultural sin par. A pesar de esto, la oposición binaria instaurada a través del nacionalismo español moderno ha obstaculizado por siglos la interpretación de dicho origen común.



El inicio de la España moderna, entre los siglos XV y XVII, se da en medio de múltiples convulsiones políticas y sociales de gran envergadura. Por solo mencionar los más destacados, conversiones en masa de judíos y moros, creación de la inquisición española (1478) para perseguir a los conversos, creación de los estatutos de pureza de sangre (1449) para marginarlos, expulsión de los judíos (1492) y los moriscos (1609). Además, en cabeza de Carlos I de España, se convierten en cabeza del Sacro Imperio Romano Germánico (1520), reinando sobre casi la mitad de Europa y las nuevas colonias de ultramar, además de tener el apoyo político de la iglesia<sup>36</sup>. En contra de la influencia de Carlos I en la iglesia, bajo el liderazgo del surgió la Reforma protestante (1517) a la que tuvo que hacer frente España encabezando la Contrarreforma (1545). Con las expulsiones logran a un mismo tiempo satisfacer ciertos sectores sociales, quienes se adueñan de las riquezas, y desligarse, discursiva más no culturalmente, del componente cultural semítico. Este componente era, sin embargo, parte fundamental de España, y desempeñaban papeles fundamentales en los sistemas productivos, administrativos y culturales. La expulsión de los judíos y los moros fue, no solo una catástrofe humanitaria y demográfica, sino también financiera, administrativa, agropecuaria y del aparato de producción.

---

<sup>36</sup> Los reinos cristianos en España siempre habían mirado, cultural y políticamente a los reinos del norte y centro de Europa, pero siempre habían valorado su independencia cultural, rechazado estar bajo el Imperio Romano-Germánico. Incluso Alfonso el Sabio había rechazado sus aspiraciones imperiales a ese reino. Y tras la mencionada serie de alianzas España, en cabeza de Carlos V pasa a ser su cabeza. Y los Habsburgo a tener parte en la conquista de América.

Los judíos expulsados que pasaron de España a los países europeos del norte o al Imperio otomano, con sus conocimientos náuticos y comerciales, jugaron un papel principal en la reconfiguración de las relaciones internacionales en Europa y el Mediterráneo. Se desarrollaron nuevas rutas comerciales, hegemonías regionales y se consolidó un sistema bancario y de empresas productivas a nivel global que involucra ya no solo a los reinos sino también a las iniciativas privadas. Es un siglo marcado por empresas de conquistas y colonizaciones en América, la mayoría con ánimos de lucro. En síntesis, es el surgimiento de un sistema capitalista atlántico que se expande a nivel global, en el cual es necesario, más que el predominio cultural, religioso y militar, el control de las relaciones comerciales, la producción y la acumulación de capital. Paradójicamente, el papel preponderante y dominante del Imperio español marca a un mismo tiempo el inicio de una desintegración.

Muchos personajes destacados en la cultura española de esos siglos fueron descendientes de conversos. Algunos llegaron incluso a ser exponentes principales del misticismo cristiano español, como Santa Teresa de Jesús (1515-1582), nieta de un judío converso condenado por la inquisición por judaizante, pero cuyo padre, sin embargo, poseía título de hidalgo<sup>37</sup>. El otro gran místico español, San Juan de la Cruz (1542-1591) también era hijo de conversos y se especula que la familia De las Casas (Casaux) proveniente de Francia, era de origen judeoconverso. En algunos casos se podía “limpiar”

---

<sup>37</sup> La madre de su padre también era de origen converso. Sus hermanos emprendieron el camino de las Indias occidentales. Con dinero que un hermano le envió desde Perú pudo ayudar a construir el Convento de San José.

en pocas generaciones se podía limpiar la sangre de una familia conversa, pero en ocasiones esa mancha era indeleble y cerraba las puertas del encumbramiento social a quien la tuviera. No podemos olvidar mencionar el infame nombre de Tomás de Torquemada (1420-1498), primer inquisidor general de Castilla, judeoconverso y perseguidor de judeoconversos. Al parecer las narrativas históricas e identitarias, por absurdas que sean, pueden arrastrar a veces más que la sangre.

Desde entonces, el lugar que ocuparon los judíos y los moros en la narrativa histórica española es la de elementos extraños a lo español, que por un accidente histórico habían entrado a la península por varios siglos, pero que después fueron expulsados para restablecer la España original, la católica y heredera de la cultura clásica grecorromana. Sin embargo, como menciona Américo Castro (1885-1972), la cultura hispana no puede entenderse sin involucrar la presencia mora y judía en la ecuación. Discutiremos a continuación cuatro aspectos culturales fundamentales, mencionados por Castro, en la configuración identitaria de la España moderna. Estos ejemplos nos aproximan a los procesos discursivo en juego: el origen de las órdenes de caballería (tessera), el simbolismo de Santiago de Compostela, la figura social del hidalgo (clínamen) y el desprestigio de las artes manuales y el saber metafísico por parte de los “cristianos viejos” (askesis).

A partir del siglo XII, las órdenes de Calatrava, Santiago y Alcántara ocupan un papel predominante en política y guerra. Se ha especulado sobre el origen de este tipo de órdenes, de las cuales habían surgido un poco antes la de los Templarios y del Hospital en Francia. La idea predominante era que las órdenes españolas surgieron de la influencia

francesa, aunque algunos sostienen que la influencia es musulmana. Castro no ve contradicción entre ambas hipótesis, ya que, para él, el origen de las órdenes francesas surge también por influencia musulmana (182). Precisamente las órdenes francesas habían surgido durante las cruzadas en tierra santa, y en el único lugar en que encontramos en una misma persona las tendencias ascéticas y guerreras en una misma persona en aquella época era en los almorávides. Esto implicaría que el ideal de caballero, prototipo del europeo, tiene raíces musulmanas. La tessera en este caso radica en que los cristianos toman la influencia original musulmana de los sacerdotes guerreros para darle el que, según ellos, es el verdadero sentido, el cristiano.

Por otro lado, y en relación con lo anterior, en el siglo IX había surgido en Galicia un culto que se volvería internacional, alrededor de una tumba a la cual se le atribuía ser la del apóstol Santiago. El culto a Santiago de Compostela tuvo un mayor peso en la “reconquista” que cualquier bendición desde el Sacro Imperio Romano-Germánico, su nombre sería invocado también en las guerras contra los indios. El Camino de Santiago fue tan visitado entre los siglos IX y XVII, que ayudó a mantener a España conectada con Europa. Es significativo que en el siglo X, sin mediación de Roma, se nombra un obispo de Santiago y un emperador, Alfonso III. Según Castro, esto es una forma de restaurar la identidad de aquellos reinos cristianos aislados en las montañas del norte de España. El culto a Santiago pasa entonces de ser un culto del folclor popular a ser una respuesta a la guerra permanente sostenida con los miembros de otra religión: “del mismo modo que se imitaba a los musulmanes en múltiples aspectos de su existencia, se establecía también una correlación en cuanto al uso bélico de las creencias” (106). Nuevamente en este caso

tenemos la estrategia de la tessera. Sin comprender estas imitaciones, modificadas y escondidas, de las tendencias culturales musulmanas y judías es difícil trazar nuevas interpretaciones de la identidad española desde una perspectiva histórica. Esto marca una gran diferencia, otra vez siguiendo a Castro, entre la religiosidad hispana y la religión de otras culturas. Américo Castro tiene palabras duras para este carácter religioso y sus consecuencias, un carácter religioso que se adapta según las necesidades personales:

La religión hispánica es una creencia personalizada, y no una guía para la conducta. Pero el hombre hispano es capaz de matar y matarse en defensa de 'su' religión, de aquel mundo suyo, en el cual reinan su voluntad, su sueño y su capricho. Se sentiría perdido en un mundo regido por normas que él no puede inflexionar con su voluntad. Para que tal mundo no surja, es capaz de cometer los crímenes y las crueldades más horribles, incompatibles con el más elemental cristianismo (101-02)

Por último, comentaremos la figura del hidalgo como representante del prototipo de español, noble, creyente y de origen distinguido, pero también aborrecedor de los oficios manuales y de los conocimientos filosóficos. Según Castro, la palabra hidalgo, “hijo de algo”, no tiene similitud lingüística, ni gramatical ni semánticamente, con ninguna lengua romance ni con el latín. Sin embargo, si lo tiene con el árabe, donde es común, no solo designar a las personas según de quien sean hijos (ibn, ben), sino también nombrar cualidades personales a través de metáforas que incluyen el ser hijo de algo (649-52). Los hidalgos eran la baja nobleza, pero aun así harían valer su superioridad sobre el pueblo y otra gente distinguida entre moros o judíos. Sin embargo, las complejas dinámicas de la “reconquista” llevaron a que abundaran hidalgos nuevos, que conquistaron sus títulos en las guerras, y que, luego, aún muchos conversos pudieran ostentar el título de hidalgo.

En su estudio del siglo XV, Américo Castro encuentra una necesidad, sin paralelo en otros pueblos de Europa de la época, entre los españoles. En el discurso del obispo, judeoconverso, de Burgos, Alonso de Cartagena, ante el Concilio de Basilea en 1534, encuentra Castro la mejor definición de lo que se percibía como el talante del español. El discurso intenta justificar la precedencia de Castilla con respecto a Inglaterra. A partir de allí, concluye que “el espíritu nobiliario unido al desdén por las actividades comerciales marca ya el abismo que separará a España de la Europa capitalista” (28). Un deseo de demostrar que no se dedican a las labores que cumplían moros y judíos, un “vivir desviviéndose” como lo define Castro, siguiendo el dicho popular. Vale la pena enfatizar nuevamente que dichos rasgos culturales no pueden atribuírseles de forma unívoca a los cristianos del norte de España, sino precisamente a todos los que estuvieron involucrados en esta nueva forma imperial de reconocer a sus ciudadanos. Esto ya lo evidenciaba Francisco Gómez de Quevedo en los versos que Serrano usa como epígrafe de la novela y que son precisamente el epígrafe de este capítulo: “Para ser caballero o hidalgo, / aunque seas judío y moro, / haz mala letra, habla despacio y recio, / anda a caballo, debe mucho/ y vete adonde no te conozcan, y lo serás”. En este macabro baile de máscaras de entre los siglos XV y XVII, comienza entonces a diluirse y esconderse las herencias de las culturas y las tradiciones de pensamiento mora y judía en la edad media, las cuales convirtieron al sur de la península ibérica en un centro de la cultura y el conocimiento, sin par en la Europa medieval. En adelante, lo moro y lo judío serán percibidos como un asunto del pasado, que nada tiene que ver con la cultura hispana del presente.

#### La paradoja de la identidad cultural hispana

Aunque a finales del siglo XIX el influyente filólogo Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) hacía grandes avances en el estudio de la influencia de las literaturas de Sefarad y al-Andaluz en la literatura y la cultura española, continuaba repitiendo las antiguas invectivas sobre los judíos:

En su *Historia de los heterodoxos españoles*, T. I, Menéndez Pelayo, al evocar las vicisitudes de los judíos en la península, detalla los crímenes de los judíos. Es interesante notar que, al comentar estos crímenes, Menéndez Pelayo precisa que la “voz popular” era la que acusaba a los judíos de crímenes y “profanaciones inauditas”. Se trata una vez más de recoger las creencias y los rumores que, bajo forma de una leyenda negra, impregnaban la literatura y la historiografía españolas más antiguas [...] La descripción de estos crímenes no es más que la transcripción de la tradición popular, cuya validez histórica nunca se cuestiona. En estas exposiciones supersticiones y profanaciones de carácter «satánico» y misterioso se escenifican los mismos estereotipos: el carácter solapado del robo de niños, la crueldad de la crucifixión, las prácticas mágicas y cabalísticas de los judíos. (Hibbs-Lissorgues)

Menéndez Pelayo tuvo gran influencia entre los escritores de España y Latinoamérica. Su obra buscaba definir la identidad histórica de los españoles, por lo que tuvo que lidiar directamente con la influencia cultural judía y musulmana. Predicó la existencia de una cultura española única de tipo latina, que la diferenciaba de los moros, judíos y germanos. Sin embargo, los intelectuales del siglo XIX y XX sentían el gran influjo de los avances intelectuales del norte de Europa y buscaban conectarse con ellos. Así lo expresaba un escritor de la talla de José Ortega y Gasset (1883-1955), quien en sus *Meditaciones del Quijote* (1914) ataca el supuesto mito de la cultura latina y disminuye el papel cultural de Roma para aumentar el de Grecia y atribuir a la cultura germana el haber resucitado el espíritu helénico. Claro, ignora completamente la transmisión de las ciencias y el conocimiento racionalista griego a través de judíos y musulmanes. En Colombia, el

influyente escritor y político Luis López de Mesa (1884-1967) en su obra *De como se ha formado la nación colombiana* (1934) ignora completamente la influencia judía y mora en la conformación de la nación: “Nos dio Asia su sentido recóndito de la vida en la sangre aborígen [...] nuestras costas del Atlántico y del Pacífico recogieron sangre africana, generosa y festiva; mesura nos trajo y altivez el ario europeo; y a todas ellas transforma y une el paisaje de América” (14). Tanto en Ortega y Gasset como en López de Mesa se evidencia el deseo de asimilarse a lo germano y el influjo de las teorías ambientalistas de las razas, racismo científicista, que otorgan características constantes a cada raza.

Ortega y Gasset tiene en las *Meditaciones del Quijote*, sin embargo, una acertada aproximación a la perspectiva histórica binaria, que en este caso la define como norte y sur y en ocasiones se plantea entre occidente y oriente, en Europa:

La escisión que ha querido hacerse del mundo mediterráneo, atribuyendo distintos valores a la ribera del Norte y a la del Sur, es un error de perspectiva histórica. Las ideas Europa y África, como dos enormes centros de atracción conceptual, han reabsorbido las costas respectivas en el pensamiento de los historiadores. No se advirtió que cuando la cultura mediterránea era una realidad ni Europa ni África existían. Europa comienza cuando los germanos entran plenamente en el organismo unitario del mundo histórico. África nace entonces como la no-Europa. Germanizadas Italia, Francia y España, la cultura mediterránea deja de ser una realidad pura y queda reducida a un más o menos de germanismo. (7)

Aunque desaparece nuevamente de su análisis la presencia mora y judía, y asume una germanización de España, acepta la idea de un conglomerado cultural que con el norte de África, y habría que agregar el medio oriente, que ha sido arbitrariamente cercenado de nuestra idea de la cultura occidental.



El tema del origen hebreo de algunos grupos sociales en Colombia tomó relevancia en el siglo XIX a través de una polémica desatada por una de las novelistas de historia más productivas de ese siglo, Soledad Acosta de Samper. La escritora trajo a colación una idea que desde los primeros cronistas ronda sobre los pobladores de América: la presencia de una tribu perdida de Israel antes de la llegada de Colón. Ya en las *Noticias historiales* (1627) de Fray Pedro Simón (1574-1628) se discutía esta hipótesis, pero Acosta de Samper la discute a raíz del estudio de una obra editada en Holanda por Menasé Ben Israel, *Origen de los americanos: esperanza de Israel* (1642). A pesar de que esta hipótesis ha sido desde sus inicios calificada como fantasía, como nos recuerda Daniel Mesa Bernal, se han realizado varios estudios sobre las similitudes entre las costumbres, las lenguas y la fisionomía de los indígenas del territorio de Antioquia y con las hebreas. Sería interesante replantear esta hipótesis desde un punto de vista menos racial y más cultural ¿Habrán influido inmigrantes anteriores a Colón en las costumbres de estos pueblos? Hay memorias de numerosos personajes europeos que convivieron con los indígenas, e incluso algunos permanecieron con ellos antes que regresar al orden imperial.

La discusión sobre el origen judío en Colombia se concentró desde finales del siglo XIX en los habitantes de Antioquia. Ya de por sí el nombre de esta región alude a una ciudad siria que fue centro de la civilización helénica y judía. Lo mismo podría decirse sobre el nombre original de Colombia, Nuevo Reino de Granada, el cual se adopta precisamente después de la toma del viejo reino nazarí de Granada. Para los españoles cristianos Granada en España era nueva, entonces ¿Para quienes esta es otra

Granada que reemplaza una anterior? Solo en 1996, Daniel Mesa Bernal publica un estudio extenso en que evalúa la influencia judía en Colombia, incluyendo aspectos poblacionales, culturales e históricos. Contaba los avances de algunos estudios previos de más corto alcance que ayudaban a dilucidar el origen converso de importantes conquistadores y la presencia de portugueses y otros extranjeros, de origen converso, entre las nuevas poblaciones. El estudio de Mesa Bernal se aproxima desde una perspectiva cultural acorde con las discusiones de las ciencias sociales, específicamente acerca de la relación entre raza y cultura:

En el caso de los antioqueños, como en el de los judíos y los vascos, los modos de conducta individual y colectiva no pueden atribuirse a los mandatos de una raza, puesto que se trata de una escala de valores, compartidos colectivamente durante varias centurias, que han llegado a arraigarse en su gente, como verdaderas pautas culturales. Esta herencia no es, pues, de origen biológico, sino el resultado de un proceso educativo, que se inicia prácticamente desde la primera infancia y se transmite de generación en generación [...] (17).

De los estudios de Mesa Bernal y de sus predecesores quedan claras varias cosas, de acuerdo con Luis Duque Gómez en el prólogo de dicho estudio. Primero, la imposibilidad de distinguir claramente entre la especulación y los datos en la inmigración colonial, lo que lleva a la imposibilidad de identificar las mezclas poblacionales exactas por las que han pasado las poblaciones colombianas. Segundo, la percepción de muchos funcionarios coloniales, desde principios de la colonia, de una población flotante, a veces portugueses, a veces gitanos y a veces conversos indeseables. Esto fue notable especialmente en el caso de Antioquia (20-29).

La presencia de Sefarad y al-Ándalus en Colombia

En *Donde no te conozcan*, Serrano conecta sus investigaciones y creaciones literarias anteriores con la identidad histórica de la cultura colombiana, algo que intenta reforzar desde los ensayos posteriores publicados en *¿Por qué fracasa Colombia? delirios de una nación que se desconoce a sí misma* (2016). A través de estas dos últimas obras, Serrano traza puentes que conectan el esplendor andalusí de la edad media con la conformación de la cultura colombiana. En una entrevista concedida al periódico *El tiempo*, ha puesto muy en claro que para él la herencia cultural fundamental de Colombia es de origen hispánico, pero un hispanismo andalusí: “la nación colombiana es el fruto, esencialmente de cristianos nuevos (descendientes de árabes y judíos que se convirtieron bajo amenaza) que migraron a velocidades diferentes”. Afirma además que la “caribeñidad” es la herencia de los moriscos, “que tenían una hispanidad más definida, más desparpajo y menos miedo a la persecución, y que eran políticamente más activos y marcadamente polígamos”. El tema de la presencia de estirpes judías, gitanas y moras desde los primeros años de la conquista y la colonia de los territorios que hoy conforman a Colombia, ha generado polémica desde el siglo XIX, específicamente con relación a los pobladores de Antioquia. Esta discusión ha estado presente desde las crónicas del siglo XVI, las cuales han sido estudiadas en las últimas décadas junto a documentos oficiales coloniales en medio de una profusión de estudios judíos en Colombia. El acopio de información no disponible antes en Colombia, proveniente de ciudades del norte de Europa con gran presencia judía, ha jugado un importante papel también en la comprensión que ahora tenemos de la presencia de judíos, moros y conversos en la

colonia. Esto último lo podemos corroborar en la obra de Julio Guberek, *Los judíos en el mundo de Colón* (1980).

Sin embargo, la obra de Daniel Mesa Bernal, *Los judíos en la historia de Colombia* (1996), es tal vez el primer estudio sistemático que trata a profundidad, sobre evidencias históricas, la posibilidad de esta presencia y sus consecuencias en el desarrollo de la cultura colombiana. Estos esfuerzos para destapar la cara oculta del hispanismo, judía, mora, gitana, han dado frutos constantes en España y Latinoamérica solo desde mediados del siglo XX. En España, esta dirección ha sido enfatizada en los trabajos de historiadores como Américo Castro (1885-1972) y escritores como Juan Goytisolo (1931-2017). Desde entonces, los estudios judíos e islámicos han ido tomando un papel más relevante en los estudios hispanos. En Latinoamérica, los estudios judíos han avanzado significativamente desde el siglo XX, en especial en México, Brasil y Argentina. En Colombia, y a pesar de las constantes polémicas que desde el siglo XIX se vienen suscitando alrededor de estos temas, solo viene a tomar credibilidad en la academia en la última década del siglo XX. Esto, en gran medida por la actitud tradicionalista y conservadora implantada en el país desde la Hegemonía Conservadora (1886-1930) y en la Constitución de 1886. Al respecto, dice el reconocido escritor colombiano Germán Arciniegas, en la presentación del libro de Bernal, que, con ese trabajo, “notamos como se ensancha el concepto de cultura hispánica que una política reaccionaria reducía a los límites fanáticos del sambenito, la vela verde y la hoguera de quemar judíos” (11).

Del estudio de Mesa Bernal queda claro que, más allá de llegar a una certeza sobre el origen converso de algunos conquistadores, como Alonso de Ojeda, Rodrigo de

Bastidas, Pedro Arias Dávila, Gonzalo Jiménez de Quedada, Nicolás de federan, etc., la influencia mora, judía y gitana se presenta a través de una población flotante de conversos, que pasaban por portugueses o españoles según las conveniencia y mudaban su residencia entre las Antillas, Cartagena y las nuevas fundaciones escondidas en las montañas de Colombia. Esto puede colegirse a partir de los documentos oficiales emitidos por funcionarios reales, quienes se quejaban de este tipo de población en varias localidades colombianas. En 1600, por ejemplo, el inquisidor del Tribunal de Lima, Antonio Ordoñez y Flores se refiere así con respecto a la Nueva Granada:

Están todas estas provincias muy pobladas y llenas de gente, y a la opinión de ricos acuden de todas las naciones y entran por estos puertos gran cantidad de extranjeros y portugueses, a lo que creemos, los extranjeros infeccionados de los errores que hay en sus tierras, y los portugueses, que son todos judíos. (Mesa Bernal 80)

Este es solo un ejemplo, entre muchos citados por Mesa Bernal, de la percepción que se tenía de la Nueva Granada y sus pobladores en los primeros siglos de la colonia. Hay que señalar también que, como dice Germán Arciniegas, y a pesar de la idea que se tiene sobre estrictas medidas para impedir la entrada de judaizantes al nuevo mundo, “muchas veces favorecían la emigración los mismos reyes que habían trabajado con los hebreos, sobre todo en la creación de la hacienda real” (13). A esto se le puede añadir el mismo nombre que escogieron los primeros conquistadores para estos nuevos territorios: Nuevo Reino de Granada, justo décadas después de que el reino nazarí de Granada fuera conquistado por Castilla y Aragón en 1492. En cierto sentido, la confusión de linajes, mezcla entre apariencia y realidad, estrategias para convertirse en un tipo cultural u otro según las necesidades, hace de este período un período propicio para la ficción histórica.

Los conversos ultra católicos fueron comunes, al igual que los que perseguían a judíos, moros y otros conversos. La expresión de insignias culturales, desde la indumentaria hasta la forma de comer y hablar, pasaron a ser formas importantes de buscar el encumbramiento social y económico. A esto alude Quevedo en otro de los epígrafes: “Para ser caballero o hidalgo/ aunque seas judío o moro/ haz mala letra, habla despacio y recio/ anda a caballo, debe mucho/ y vete a donde no te conozcan, y lo serás”. Es este mismo ambiente sociopolítico, promovido por ciertas elites cristianas, en el que surgió la picaresca y la novela moderna en España. Es así mismo, lo que define el tono irónico de la literatura moderna, ya que dichas estrategias de poder colonial serán replicadas por otros imperios europeos, definiendo sus realidades sociales.

#### La literatura hispana y la impronta judía/musulmana

Desde los mismos comienzos de la literatura en lengua castellana encontramos el influjo “oriental” a través de los traductores mozárabes, moros y judíos que colaboraron en la traducción de los numerosos libros que encontraban en las ciudades conquistadas de los musulmanes. Los moros y los judíos representan la sabiduría tanto en el *Conde Lucanor* (1335) de don Juan Manuel (1282-1348) como en *Don Quijote* (1605) de Cervantes (1547-1616). La presencia mora y judía estuvo presente en la literatura del Siglo de Oro español, pero se encuentran como elemento cultural de contraste o articulador del ambiente dramático.

En el siglo XIX continuaban escribiéndose obras sobre los conversos y la expulsión de los judíos y los moriscos tanto en España como en Colombia. Podemos mencionar el drama histórico *Aben Humeya o la rebelión de los moriscos* (1836) de

Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862). Otro español en su exilio en Londres, Telesforo de Trueba y Cossío (1799-1835), escribió la novela histórica *Gómez Arias or the Moors of the Alpujarras* (1826). En Colombia, Juan José Nieto (1805-1866), considerado como el primer novelista histórico colombiano escribió en 1845 *Los moriscos*, una novela que se desarrolla en el contexto de la expulsión de los moriscos y la guerra de las Alpujarras. En *Ingermina* (1844), publicada un año antes, introduce un personaje cristiano que se casa con una morisca renegando de su religión. Sin embargo, aunque se intuye y se insinúa levemente la relación de estos temas con la cultura colombiana, no se articula de manera clara esta relación. Por ejemplo, en *Los moriscos*, Nieto señala el daño que le hizo a España el haber expulsado a este grupo poblacional y se identifica con ellos de la siguiente manera: “expulsado también de mi patria, por una de esas demasías de poder tan comunes en las conmosiones (sic) políticas, era natural que muchas veces me identificase con los moriscos al dejar rodar mi pluma” (2). Como puede verse, es una relación metafórica, basada en la injusticia de un exilio, pero no se plantea la posibilidad de descender de conversos de moros, aunque se inclina a esa cultura. No deja de llamar la atención, además, que uno de los personajes históricos conversos que aparecen en *Donde no te conozcan*, Juan Méndez Nieto, de Cartagena al igual que Juan José Nieto, comparta el mismo apellido.

Nieto no fue el único escritor de novelas históricas que noveló asuntos históricos de moros, judíos y conversos. Sin embargo, en las otras novelas de este tipo esta temática no se conecta directamente con la cultura colombiana, sino que es presentada como una muestra de erudición o como ejemplo sobre virtudes y comportamientos

humanos. Soledad Acosta de Samper (1833-1913), publicó en 1879, *Las dos reinas de Chipre* y en 1898 *Gil Bayle* y *Un hidalgo conquistador* en 1907. Esta última comienza mostrándonos la vida de Alonso de Ojeda en la guerra contra los moros de Granada antes de partir para América. *Gil Bayle*, por otro lado, es una historia sobre las dificultades en el amor entre un judío y una cristiana en Castilla en el siglo XIV. En 1909, Emilio Cuervo Márquez publica *Phineés*, considerada por McGrady como la cumbre estética de la novela histórica en Colombia antes de 1959, la cual trata sobre los amores entre un judío y una romana en los tiempos de Jesucristo. En 1931, Daniel Samper Ortega (1895-1943) publica *Zoraya*, basada en la vida del virrey de la Nueva Granada entre 1753 y 1761, José Solís. En la novela José Solís verá cumplirse en su vida una leyenda que escuchó desde niño sobre los amores entre una mora y un muladí (cristiano convertido a musulmán). Como podemos ver, la temática mora/judía/conversa se encuentra presente en la literatura histórica, pero como una estrategia para dar un contexto o un toque exótico a la novela y no para trazar posibles conexiones con la cultura colombiana.

#### La urdimbre histórico-literaria en *Donde no te conozcan*

La ubicación de esta novela entre los dos polos propuestos por Grützmacher para las novelas históricas tiende al punto medio entre la reconstrucción de los hechos históricos a través de evidencias históricas poco conocidas y la deconstrucción de metáforas (interpretaciones) raíz. La combinación entre lo ficticio y lo histórico es urdida de forma tal que es difícil reconocer los límites de cada uno. Puede evidenciarse una detallada investigación de la vida cotidiana, la cultura, los oficios y los saberes cultivados en el reino nazarí de Granada y en la isla de Mallorca en la época. Solo algunos pocos



personajes se relacionan de manera constante y directa con los personajes históricos, entre ellos el cartógrafo Jehuda Cresques, y María Méndes Fernao Pinto y Juan Méndez Nieto, descendientes de la familia en la novela.

El contacto con los otros personajes históricos se da de manera impersonal, como cuando son llamados a prestar los servicios en diversas cortes, o muy casual, como cuando uno de los Méndez-Pinto le dio a Colón una copia de los mapas de la Casa de las Dos Estrella. Cuando un personaje histórico toma relevancia central en la narrativa, la historia se convierte en una especie de historia novelada. Los personajes, Pedro el Cruel, Enrique de Trastámara, el papa Luna, Ferrand Martínez, Vicente Ferrer, Cristóbal Colón, etc., parecen plegarse a las convenciones que sobre sus personalidades se tiene en los libros de historia. La facilidad con que Serrano logra colar a sus personajes entre los pliegues de la historia, y relacionarlos con personajes históricos, radica en gran medida en las condiciones sociopolíticas de la época. Es una época en que los orígenes familiares de miles de españoles y portugueses se vuelven difusos, como una estrategia para evitar persecuciones. El hispanismo heredado por la cultura colombiana no es para Serrano el promovido por las élites del Imperio español, sino un hispanismo andalusí construido durante siglos en medio de la convivencia entre moros, cristianos y judíos en España. Es, en otras palabras, el hispanismo de los conversos.

En su teoría de la novela histórica, McGrady define los rasgos de lo que considera una novela histórica bien lograda, como vimos en el capítulo anterior. La forma literaria es para él definitiva, ya que tener un buen contenido histórico no garantiza una buena novela. De hecho, uno de los principales errores que encuentra entre las novelas

históricas colombianas hasta 1959, era la “presentación de un contenido histórico muy extenso” (17). Serrano presenta en realidad una información histórica bastante densa, aunque no aburre al lector porque la sabe ensartar muy bien dentro de la trama, intercalándola con escenas de la vida cotidiana de las familias. Los capítulos cortos y el intercalar las diferentes historias dentro de las familias con capítulos de historia novelada, logran que la novela sea a un mismo tiempo precisa en el contenido histórico y amena para la lectura. Algunas afirmaciones, cuya veracidad histórica que puede llamar la atención del lector, anima a este precisamente a buscar sus fundamentos históricos. Los conocimientos del rey negro de Mali, las mediciones astronómicas y matemáticas del globo terrestre realizadas en India, Persia y el mundo árabe, entre otras afirmaciones, son verdades históricas que destruyen concepciones falsas de los lectores sobre la capacidad de las ciencias medievales en el oriente.

Otro de los puntos importantes para McGrady en las novelas históricas es la creación de personajes complejos que representen “vidas llenas de sentido y valiosas por si mismas” (17). Critica los personajes creados por los primeros novelistas colombianos, especialmente Juan José Nieto y Soledad Acosta de Samper, por crear personajes estereotipados y parcializados, que más sirven para expresar la ideología del autor que para trazar la complejidad de la vida en la época (17). En este aspecto Serrano hace una apuesta peligrosa con la creación de tantos personajes dispersos durante cinco generaciones. Sin embargo, algunos de sus personajes llegan a adquirir valor propio y personalidades complejas, como Giacomo Ricciotti Doria, Abraham Cardoso, Mordecai y los tristemente famosos personajes históricos Ferrand Martínez y Vicente Ferrer. Otros

personajes, como el abuelo Cag Méndez Pinto, terminan siendo presentados como un dictado de virtudes. Afortunadamente para la novela, el destino de su esposa Rebeca, presentada en un principio como otra lista de virtudes, se difumina en un olvido y una tristeza que llena de simbolismo lo que sucede en la historia.

El escaso uso de diálogos en la novela, aunque va en detrimento del delineamiento de los personajes, evita que la novela caiga en un ensayo de formas de hablar arcaicas o algo por el estilo. Los diálogos usan en general un lenguaje moderno, pero introduce vocablos árabes, judíos, mozárabes, etc. Los diálogos son en general usados para dar información importante sobre lo que sucede políticamente y discutir las actitudes que deben tomar como comunidad. También ayuda a describir la cotidianidad en las comunidades, como cuando los hermanos Méndez Pinto se reúnen a compartir el café proveniente de Etiopía con Elías Cañete y el rabino. La acción en la novela está dirigida por importantes hechos históricos desde el comienzo. Primero, la peste negra y como afecta a ambas familias, incluyendo los odios que se atraen por no sufrir la peste con tanto rigor como los cristianos. Esto, se repite varias veces, es debido a la práctica cultural de la higiene y a medidas de salud pública, como echar cal a los que morían por la peste. Luego las invectivas de algunos sacerdotes en contra de los judíos, la violencia en las juderías, las conversiones forzosas, los cambios en las monarquías, el descubrimiento de América después de muchos otros descubrimientos marítimos de gran importancia.

Aunque los eventos históricos son los que en mayor medida dirigen la acción en la novela, la voluntad de algunos individuos, que interpretan la voluntad de las familias

en general, busca atenuar los efectos de los hechos históricos en sus descendientes. Buscan, específicamente, formas de continuar con sus tradiciones religiosas y culturales, y en últimas, encontrar un refugio seguro para todos. La labor principal que seguimos en este sentido es la de los Méndez-Pinto de la Casa de las Dos Estrellas, quienes nos muestran los descubrimientos náuticos que los moros y los judíos habían recolectado de las ciencias antiguas y de experimentos y descubrimientos de su época. A pesar de que utiliza ejemplos históricos para afianzar su interpretación de dichas estrategias, la historia de estas familias se confunde entre la ficción y la historia, siguiendo la recomendación de McGrady: “La única alternativa del autor de novelas históricas es dejar lo novelesco confundido con lo histórico y renunciar a la aspiración de enseñar historia” (23). El crítico estadounidense llega a esta conclusión al estudiar las novelas históricas colombianas entre 1844 y 1959, y encontrar que cuando un autor de novelas históricas pretende diferenciar de manera evidente el contenido ficticio del histórico, arruina la creación estética de la novela.

### Estructura y trama de la novela

Como habíamos mencionado antes, la novela se divide en cuatro partes: La luz, El silencio, La esperanza y el olvido. La historia comienza precisamente en la época en que la peste negra ataca con mayor furor a Europa (1346-1361). En 1351 llegó a Lucena una caravana encabezada por un caballero de Navarra afectada por la peste. De ellos, solo un niño, León, que fue adoptado por la familia Cardozo, sobrevivió. Buscaban este pueblo en el reino nazarí de Granada porque los conocimientos de sus médicos eran conocidos por muchos lados. Debido a esto, al aseo de la ciudad y al clima salubre alrededor de la

Sierra Morena, “caballeros castellanos, leoneses, aragoneses y catalanes, comenzaron a poner sus ojos todos al mismo tiempo en la belleza de la hermosa doncella que era Granada” (29-30). Sin embargo, las razones que algunos propagandistas cristianos en contra de los judíos y de los moros atribuyeron a que la peste atacara con mayor saña a los reinos de Aragón, Castilla y Galicia que en Granada, Extremadura y Lisboa, estaban relacionadas con pactos con el demonio y otras supersticiones (79-80). Se mencionan las campañas propagandísticas y las invectivas de personajes históricos como los sacerdotes Ferrand Martínez y Vicente Ferrer. El final de la primera parte de la novela, “La luz”, termina precisamente cuando los cristianos catalanes toman la isla de Mallorca y los ataques de turbas a las juderías en los reinos cristianos de la península y el reino de Granada empezaban a intensificarse.

A pesar de que la literatura fenicia no entró a formar parte integral de la narrativa de la cultura occidental, su referencia ha quedado marcada a través de menciones en textos griegos y romanos que le otorgan una influencia histórica. La familia judía de armadores y navegantes en Donde no te conozcan, los Méndez-Pinto, reside en una de estas colonias de la edad antigua: “La ciudad de Mallorca era audaz y festiva [...] Distráida en las labores del comercio desde los tiempos fenicios era pródiga en un sin par de deleites para los sentidos” (26). El imperio helénico iniciado por Alejandro Magno de Macedonia incorporó parte de la sabiduría y las ciencias del lejano oriente en la cultura helénica que imperaba en el Mediterráneo. Importantes avances, que pueden ser considerados científicos, continuaron desarrollándose en Asia a través de la edad media, como queda sugerido en la novela cuando el genovés, amigo y socio de los Méndez –

Pinto, Giacomo Ricciotti-Doria buscaba datos sobre el diámetro de la tierra: “Estos secretos habían sido descubiertos en India y Persia por sabios zoroástricos y gimnosofistas que tenían observatorios e instrumentos de rara precisión en más de veintidós lugares de la cordillera celeste” (47). De esta manera, Serrano va creando un mundo cultural que no se restringe a lo europeo, sino que se conecta con el oriente a través del Mediterráneo y del impulso dado al conocimiento por parte del Imperio musulmán de la época.

La novela, aunque inicia en el siglo XIV, extiende sus miras al pasado, ya que las dos familias judías protagónicas han practicado por generaciones las mismas actividades económicas, y culturales. Los Méndez-Pinto son herederos de La casa de las dos estrellas, una casa de armadores de barcos que se dedicaba también a desarrollar adelantos para la navegación (brújulas, astrolabios, sextantes, etc.), y que se habían radicado hacía 400 años en Mallorca, procedentes de Salónica (27). A pesar de tener su sede principal en Mallorca, tenían negocios en 152 puertos del Mediterráneo y algunos en el Atlántico, y tenían talleres y factorías en varios de esos puertos (26-27). Por otro lado, uno de los ancestros de la familia Cardozo, Shasday Ben Saprut, había sido médico del célebre Abd-al-Rahman III (891-961), el emir de Córdoba que proclamó el califato de Córdoba para dar a este reino el mayor estatus en su historia (23). Sus descendientes se habían desplazado posteriormente a Lucena, probablemente después de la desintegración del califato, cuando pertenecía al reino nazarí de Granada, una ciudad con mayor porcentaje de judíos que de moros. Allí se habían cambiado el apellido a Cardoso. En numerosas ocasiones diferentes reyes buscan los servicios de las familias judías, aunque muchas

veces de manera secreta. La familia Cardozo, residente en el reino nazarí de Granada, en la ciudad de Lucena, es buscada por reyes de Castilla y León, condes de Barcelona, reyes de las más lejanas taifas y hasta el rey mameluco, musulmán de Egipto, por sus saberes médicos (18).

La mayor parte de la historia novelesca sucede entre Mallorca y Lucena, aunque podemos ver también la fluida comunicación marítima en el Mediterráneo y las conexiones de diferentes partes de ambas familias. Los Méndez-Pinto, por ser navieros, tienen conexiones por todo el Mediterráneo e incluso las islas Afortunadas y la costa desierta, occidental, de África (14). La abuela, Rebeca, era originaria de Zaragoza, otro enclave judío en la época. En cuanto a los médicos de Lucena, los Cardozo, Débora, la esposa de Abraham, era originaria de Zamora, tierras de Castilla, “a donde sus padres se habían trasladado cuando los almorávides les expulsaron de al-Ándalus” (51). Además, los Cardozo eran buscados por sus conocimientos médicos, tanto por reyes cristianos del norte de España y de Francia, como por personas importantes de El Cairo y Damasco (24). Entre las ciudades visitadas o aludidas en esta sección tenemos además de las ya mencionadas, a Toledo, Zamora, Chipre, Samos, Granada, Jaén, Navarra, Castilla, Génova, Malta, Malí, Pamplona, Florencia, etc. Vemos pues que es un mundo interconectado con los principales centros políticos y del conocimiento.

A través de capítulos cortos que, aunque siguen cierta coherencia cronológica, no están conectados entre sí, la voz narrativa ilustra la vida cotidiana en el reino nazarí de Granada y en Mallorca, en el ocaso del predominio cultural moro y judío en la Península ibérica. Las familias judías, por sus pulcras costumbres, no se ven tan afectadas por la

peste negra, por lo que comienzan invectivas que les atribuyen pactos con el demonio. En adelante, la historia va mostrando el deterioro del ambiente sociopolítico para los judíos en la península y la forma en que las familias tejen una serie de alianzas entre familias judías para conservar su religión, su cultura y continuar adelantando sus disciplinas como farmaceutas, armadores, cartógrafos y navieros. El protagonismo por el lado de los Méndez-Pinto lo toman, por un lado, los hermanos Efraím y Benjamín, los hijos de Cag. Estos, junto a otro naviero genovés, Giacomo Ricciotti-Doria, se enfrascan en la tarea de recopilar información en varios centros de conocimiento del Mediterráneo sobre la posibilidad de navegar al occidente por el Atlántico. Por otro lado, la vida familiar gira en torno a la abuela, Rebeca, viuda de Cag, cuya conciencia, sin embargo, va callándose con una extraña enfermedad y termina dejando de hablar e interactuar con los demás a través de esta sección. Esto coincide con el aumento en las hostilidades hacia los judíos. Un converso naviero portugués, Nuno Álvarez de Mendoza, comienza a frecuentar la casa de los Méndez-Pinto y se casa con una de las hijas, Débora.

Por el lado de los Cardozo, Abraham comienza teniendo la mayor responsabilidad y el protagonismo en la familia. En Lucena, se dedica junto a sus hijos a investigar dolencias comunes del organismo humano y las propiedades curativas de las plantas. Atienden una caravana procedente de Navarra, destrozados por la plaga, que iban al reino nazarí en busca de una cura. El único que sobrevive es un niño, León, el cual adoptan y crece en medio de la cultura de la familia aprendiendo las artes curativas. Cuando ya Abraham en su vejez sabe que pierde fuerzas y claridad, le pide a León que busque opciones para la familia en medio de las persecuciones hacia los de su estirpe que iban en



aumento. En esta sección entra en escena Mordecai, un traductor callado y taciturno proveniente de Toledo, quien se casa con Zvia, una de las hijas de Abraham. Las tierras benignas del reino nazarí de Granada y las medidas sanitarias tomadas en sus pueblos, hacen que la peste no golpee allí con mucha fuerza. Esto hace que llame la atención, y despierte la codicia, entre los reinos cristianos del norte. Los rumores de que en las ciudades judías no golpeaba la peste porque tenían un pacto con el demonio comienzan a ser usados en las invectivas contra ellos.

La segunda parte, El silencio, comienza con la profanación de la mezquita en la ciudad de Mallorca en 1397. Entre Benjamín Méndez-Pinto y el rabino, David Ben Schlomo, deciden que en adelante deben buscar la mayor discreción y proteger bienes y familia en casas de campo. Betsabé, la hermana de los Méndez-Pinto, a pesar de ser hermosa era soltera y se resistía a los avances amorosos de un cristiano distinguido, don Gaspar de Arce, quien ante las negativas resolvió difamarla. La llevó a Juicio con falsas acusaciones por las que la encerraron un año. Al salir la llevaron escondida a Cádiz donde, años más tarde moriría, después de ser violada múltiples veces, por una turba enfurecida en contra de los judíos. En esta sección se intercalan capítulos de historia novelada, dedicados a dar un contexto histórico macro: las guerras entre Pedro I y su hermano medio Enrique de Trastámara, las misiones antijudías de Ferrand Martínez y Vicente Ferrer, además de otros judíos conversos influyentes como Pablo de Santa María, conocido antes de su conversión como Salomón Ha-Leví.

La situación se complicó y se volvió irreversible después de la subida de los Trastámara a la corona. Como una forma de deslegitimar el reinado de su hermano medio

Pedro I, Enrique Trastámara usa la carta antijudía como estrategia política. Muchos de los señores feudales recelan de Pedro porque vive rodeado de judíos. Incluso es acusado de ser el mismo un judío. Sin embargo, después de subir al poder, Enrique continuó conservando algunos judíos en su corte. Pero ya la situación solo continuaría deteriorándose en tensa calma. Este aspecto se trata en la novela entre los capítulos VIII y XII de la segunda parte. Después de la pronta muerte de Enrique de Trastámara, fue sucedido por su hijo Juan que murió prontamente al caer de un caballo. Siendo apenas un niño el sucesor, hijo de Juan, subió la influencia de Ferrand Martínez, el tristemente famoso Arcediano de Écija, quien sembró el odio y la violencia aterrizando a la población, en especial a los judíos. Las persecuciones, acusaciones, expropiaciones, encarcelamientos y asesinatos se convirtieron en amenazas sobre las juderías. En el capítulo XXII se reproduce un discurso del Arcediano de Écija, probablemente parafraseado por el narrador, en el cual se ilustran las razones argumentadas en contra de los judíos y el odio y ansias de exterminio que contra ellos practicaba. Las conversiones, verdaderas o fingidas, el mantener un bajo perfil, emigrar o buscar la protección de poderosos señores fueron algunas de las estrategias de los judíos

Los Méndez-Pinto, ante el incremento de las persecuciones, deciden convertirse en apariencia, al igual que muchas otras familias. Al mismo tiempo, a través de Nuno, el esposo de Débora, van abriéndose un espacio con sedes en Portugal y en los países bajos. En Portugal, sus hijos Bartolomé y David, la tercera generación que seguimos de esta familia, hacen crecer aún más la fama de la Casa de las dos Estrellas. En general, los judíos continuaban sirviendo por igual a moros y cristianos, sin importar quien regía las

tierras, ya que eran neutrales y expertos en las finanzas y la administración pública que garantizaba la estabilidad económica y la prosperidad. Por otro lado, los Cardozo, a pesar de vivir en el reino nazarí donde la persecución religiosa no llegaba a los extremos de otros sitios, ven lentamente decaer la ciudad de Lucena. Mordecai gana fama y prestigio como traductor, pero se va envolviendo también en un mutismo que al final será completo. León y sus sobrinos, Jaim y Benzion, todos farmacéuticos, debido a su oficio viajaban a varias ciudades en la península. En el capítulo quinto de El silencio, Jaim Cardozo, hijo de Betsabé y Mordecai y nieto de Abraham casi sufre en carne propia los efectos de esta difamación. Estando en Toledo junto a su criado Daniel fueron retenidos por una multitud que los acusaba de raptar y asesinar al hijo de un cristiano. Solo el prestigio de su apellido y la aparición del niño ese mismo día los salvaron de un final atroz. “Se supo entonces que unos cristianos que debían inmensas sumas a los prestamistas de Toledo habían escondido al niño para causar animadversión contra los hebreos, poner en su contra al pueblo todo y rehuir de este modo el pago de sus deudas” (104). Los tristemente famosos "libelos de sangre", comenzaron a surgir desde el siglo XII en diferentes partes de Europa. En ellos se acusaba, por lo general, a todos los judíos de realizar sacrificios de niños cristianos, a los cuales después crucificaban. Al hacer esto, amplificaban y replicaban la acusación de deicidio y se la atribuían a todos los judíos.

León, junto al prestamista principal de la lonja de Valencia, decide disponer ahorros y refugios en Fez y Salónica, ante lo que veían como un inminente deterioro, que no mejoraría, de sus condiciones en la península. Hacia el final de esta sección, en 1419, “la familia Cardozo salió de Lucena con destino a Cádiz [...] renunciando a la protección

del reino Nazarí de Granada a cambio de la promesa de un destino apacible para prosperar y trabajar (169). El puerto les aseguraba una salida fácil hacia los puertos de África, Portugal y las islas Afortunadas. En Cádiz prospera la tercera generación que seguimos de los Cardozo, Benzion que se dedica a la medicina y Jaim como traductor. Hacia el final de la sección, los Cardozo celebran el descubrimiento de la isla de Madeira. Allí, por su clima, podrían mandar a León a pasar sus días de vejez, además podrían construir allí refugios contra enfermedades y, sobre todo, acercarse en el camino a las Indias, algo que además distraería la atención de los perseguidores de los judíos.

En la tercera parte, La esperanza, León Cardozo llega a las islas Canarias a establecer un refugio para la familia. Desde allí mira hacia el occidente, preguntándose que habrá hacia allá. Jaim se casa con Golda y tienen a cuatro hijos, Saprut, Rubén, Ruth y Dalila. Esta es ya la cuarta generación de Cardozos que seguimos. Al igual que Jaim, Saprut y Rubén se dedican a la traducción e investigación bibliográfica. Entre las hijas, Ruth estudiaba las escrituras y Dalila continuaba con la antigua tradición de la familia: la medicina. Los hijos de Benzion Cardozo con Lía, Schlomo y Yizhak, continuaban con la tradición de la medicina, mientras Ariel se dedicaba a las historias. La fama de estos médicos empieza a ser cuestionada y el personaje histórico, Vicente Ferrer, acusa a Lía de hechicera. Por otro lado, Bartolomé Méndez-Pinto se casa con Cimfa Negro en Portugal y tienen tres hijos, Raquel, Gadelha y Samuel, que son la cuarta generación de Méndez-Pinto que seguimos. La cuarta generación de los Cardozo se dedicaba a copiar mapas y portulanos para vender a navegantes de todas partes del mundo. Los navieros y cartógrafos van explorando la forma de escapar a tierras “donde no los conozcan”. Los

reyes de Portugal y de España buscan sus servicios y ellos los sirven con el propósito secreto de saber hacia dónde deben huir. La casa de las Dos Estrellas continuaba sus avances en el conocimiento de rutas marítimas e instrumentos náuticos sofisticados. Entran en asocio con un personaje histórico, Jehuda Cresques (1350-1427), quien junto a su padre Abraham Cresques son autores del Atlas catalán, el mapa más completo de la época. Bajo el amparo del príncipe Enrique de Portugal, El navegante, avanzaron enormemente en sus ciencias, impulsando una serie de rutas por la costa occidental de África y las islas del occidente. Al morir Enrique, sin llegar a ser rey, se perdió un gran impulsor de los descubrimientos marítimos.

Son tiempos de una aparente calma, en los cuales los judíos que no se convirtieron comienzan a tener falsas esperanzas de que todo volviera a ser como antes y los cristianos los toleraran. Sin embargo, los reinos cristianos de la península continuaban siendo territorios complicados para los judíos. Una muestra de esto la encontramos en el capítulo XII, referente al personaje histórico, Pero Sarmiento, quien se ingenia para pasar en Toledo las leyes de los estatutos de sangre, dirigidas a perseguir y despojar a los conversos. Además, a través de diversos y breves capítulos de historia novelada nos enteramos del proceso de creación de la Inquisición, y la participación de un converso, Tomás de Torquemada (1420-1498), en la implacable persecución de otros conversos acusados de ser judaizantes. Aquí comienza a conformarse la edad moderna en España: Isabel de Castilla y Fernando de Aragón planean y comienzan a llevar a cabo su proceso de unificación de España. Toman el reino nazarí de Granada y expulsan a los judíos que no se conviertan. Encontramos a Cristóbal Colón entre Génova, Portugal y Castilla

buscando información y financiación para su viaje transatlántico, y es un judío, Luis Santángel y su financiación, quién ayuda a que la reina Isabel de Castilla se decida a apoyar la expedición.

Ese mismo año, Castilla y Aragón habían rendido a Granada, derrotando al último reino musulmán de la península; por lo tanto, muchos migraron hacia Portugal, el último refugio en la península, antes de ser expulsados igualmente de allí. La población musulmana que permaneció en la península después de haber sido derrotada Granada parece haber tenido una importancia en la agricultura y otros aspectos de la cultura y la economía. Durante poco más de un siglo vivieron también en una tensa calma, con un trato un poco más benéfico que el que se les daba a los judíos, pero igualmente discriminados. Las autoridades buscaban asimilar a los moriscos y los judíos si muchos resultados. Cuando los obispos de Granada lograron impulsar a través de Felipe II la "pragmática sanción", que atacaba la cultura árabe, restringiendo su lengua, sus libros, costumbres, etc., la resistencia mora se manifestó en la "Rebelión de las Alpujarras. De allí en adelante, solo sería cuestión de tiempo para que, en tiempos de Felipe III, se expulsara a los moriscos.

La última parte, El olvido, plantea la forma en que algunas familias logran huir como conversos a las islas del Caribe, el Brasil y algunos a Colombia a partir del siglo XVI. La voz narrativa teje relaciones entre miembros ficticios de las familias noveladas y personajes históricos. A través del personaje histórico Jehuda Cresques, le da verosimilitud a que Bartolomé Méndez-Pinto le regale un mapa que incluía muchos descubrimientos a Cristóbal Colón. La Casa de las dos Estrellas florecía con sus

expediciones desde Portugal hacia la costa occidental africana y treinta y siete cartógrafos elaborando nuevos mapas y portulanos. Samuel Méndez-Pinto, o Alonso Méndez bajo su nombre de converso, se había casado con Soledad Queiroz con quien tuvo tres hijos, Fernao, Esperanza y Leonardo. Decidió “poner a punto seis barcos para navegar a poniente con tantos de su raza como fuera posible” (229). El hijo mayor, Fernao, se quedaría en Portugal dirigiendo los negocios de la familia. Los capítulos de historia novelada nos cuentan que Alejandro Borgia, otro descendiente de conversos, es nombrado Papa como Alejandro VI. Este Papa, conocido por su corrupción y tener cuatro hijos, canonizó al enconado perseguidor de judíos Vicente Ferrer y se concentró más en asuntos de la tierra que de la fe. Fue quien definió el arbitrario tratado de Tordesillas, por medio del cual España y Portugal se dividían las nuevas tierras descubiertas. Mientras tanto, los Lucena se encuentran Tenerife, en las islas Canarias, hasta donde ha llegado ya el ambiente enrarecido de la persecución. A pesar de que era difícil conseguir permisos para viajar a las Américas como familia, lo fueron haciendo uno a uno como barberos de a bordo, médicos, cirujanos o dentistas. En poco tiempo se había reunido la familia en el nuevo mundo. Allí tomaron el apellido Nieto, en honor a Mordecai, el abuelo de dicha generación.

En las Antillas se reunieron muchas familias judías. Algunos pasaban en expediciones a granel, sin autorización, llenas de judíos y otros pasaban de manera individual, y de manera furtiva, en las expediciones autorizadas. Desde las Antillas decidían si pasaban a colonizar en Brasil o en Tierra firme, en el norte de Suramérica, según cómo se desarrollaran las condiciones políticas. Ya España no era el mundo que

conocieron los más viejos de las familias y los más jóvenes debían empezar a crear una nueva patria en el nuevo continente. Francisco Méndez, hijo de Raquel y quinta generación que seguimos en la novela de la Casa de las Dos Estrellas, es un personaje histórico que junto a sus hermanos se convierte en uno de los banqueros y comerciantes más ricos de Europa. Se casa en Portugal con otro personaje histórico, Hanna Nassi, conocida como Beatriz Luna o Gracia Méndes Nassi (1510-1569), quien como personaje histórico es reconocida por ser una de las mujeres más ricas de Europa y ayudar a crear una red de escape desde Europa hasta América para los conversos. Fernao Méndez-Pinto (1510-1583), quien en la novela sería primo de Francisco, es otro personaje histórico nacido en Portugal. Fue un explorador jesuita que estuvo con Francisco Xavier (1506-1552) en su expedición al Japón. Dejó escrita sus memorias en una historia, para muchos fantástica, *La Peregrinación*, publicada póstumamente en 1614.

La novela nos da hacia el final simples vistazos a las vidas de estos personajes históricos, cada una de las cuales no cubre más de dos páginas. Por el lado de los Lucena, tenemos a otro descendiente en la novela que es también un personaje histórico: Juan Méndez Nieto fue un médico converso, educado en Salamanca. Vivió en Sevilla y después pasó en 1559 a Santo Domingo, donde vivió algunos años antes de pasar a Riohacha y luego a Cartagena, donde vivió hasta su muerte en 1616. Méndez Nieto era un converso reconocido, que tuvo muchos enfrentamientos con personas ilustres del Nuevo Reino de Granada. Dejó algunos escritos bajo el nombre de Discursos medicinales, en los que da cuenta no solo de aspectos medicinales sino también sociológicos de esta región. Hace una crítica mordaz y tajante a españoles y portugueses.



A pesar de ser un texto poco estudiado, se han ido incrementando sus estudios en los últimos años.

### Estilo, tono y estrategias poéticas en la interpretación de la historia

De acuerdo a la clasificación de la organización de la trama histórica, según Hayden White, esta novela se configura en forma de “tragicomedia”, ya que solo ofrecen una liberación parcial del estado de postración en el que se encuentra el hombre con respecto a las fuerzas de la historia. Es tragedia porque narra permanentes caídas de la familia en el orden social, aunque en esta caída no arriesga el mundo de quienes sobreviven a la prueba agónica y estos adquieren una mayor conciencia por haber sido espectadores de la caída. Es comedia porque describe ocasiones festivas en las que los protagonistas se reconcilian ocasionalmente con el mundo social y natural. Esta reconciliación se da principalmente a través del conocimiento y la preservación de las tradiciones y los rituales familiares. Organiza la información histórica de una manera integrativa de tipo organicista. Los personajes ficticios y heroicos representan el tropo de la sinécdoque, efectuando un movimiento figurado de tipo integrativo. Los personajes no solo se relacionan entre sí, sino que también están unidos cualitativamente a manera de replicaciones microcósmicas. Es por lo tanto una aproximación histórica de tipo holístico, que ve en los movimientos históricos diversas expresiones de una misma unidad. Tal vez por esta razón, los personajes, aunque tiene cada uno peculiaridades psicológicas diferentes, no están muy definidos en su individualidad con respecto a su cultura.

Al comienzo de la novela, después de la “advertencia” del autor y antes del primer capítulo, encontramos un epígrafe de autoría de Jorge Manrique y algunas notas

sueñas, que asumimos que son propias del autor porque no hay referencias que indiquen lo contrario y no se conectan con la voz narrativa. Allí encontramos una interpretación metafórica de la historia a través de la luz/conocimiento y la oscuridad/ignorancia. La historia de la civilización en la novela es una lucha constante entre una tradición de conocimiento cuya metáfora es la luz, y que es conservada por una estirpe que cultiva la sabiduría, la ciencia y la tolerancia, contra la envidia de personajes violentos y atrevidos que buscan apagar esa luz. El cambio cultural responde a ciclos, de luz y oscuridad, que se suceden uno a otro como el día y la noche. La tarea del historiador es, por lo tanto, descubrir esa luz para alumbrar los hechos del pasado:

Cada acaecer puede entenderse si se contempla bajo la luz certera que lo vio nacer. Las acciones de los hombres son pulso y movimiento y la suma de ellas es la historia del mundo. Las sombras del tiempo lo ocultan todo; la sola labor del historiador consiste en recuperar aquella luz perdida, para que ilumine una vez más lo que yacía anegado en la penumbra [...] Cuando una luz tan intensa brilla, agita los corazones y desata la inquietud, incluso la más grave y tenebrosa. Ese pleno día no puede perdurar, porque a toda plenitud la acecha la oscuridad, como la noche envuelve el día. Los destinos de hombres y de pueblos jamás escapan a esta fatalidad y es insensato esperar algo distinto. (12)

El estilo poético de estas notas, indica un alejamiento de las pretensiones de verdad. Sin embargo, al ser presentadas al inicio de la novela, son fundamentales para definir el tono literario del texto, que alterna entre la precisión científica erudita y la poesía metafísica, y el desarrollo de la trama. Ya en los capítulos, la voz narrativa se refiere a la “verdad” histórica como una interpretación discursiva de los procesos sociales y de los actos de los individuos: “La historia, tejedora de errores, se vale de equívocos para que incluso la voz de los insensatos e imprudentes, soñadores e ilusos que han perdido el juicio, se convierta en su contrario. Y el destino de los hombres no depende tanto de sus voluntades, sino de

sus veleidosas acciones y de la forma en la que son leídas” (227). En el “Colofón”, al final del libro, el autor ofrece su idea de escribir la historia, reconociendo que “hay una brecha que las palabras no penetran” (339). Sin embargo, dice, “bucear” en el pasado, buscando encontrar así sea algunas perlas, “es misión de la literatura”. Expresa entonces que, para él, las enseñanzas que cada quien pueda asimilar de la historia no son simples ornamentos, sino que pueden ayudar a comprender mejor el presente: “Y el brillo que de ellas se desprenda dará luz a los que vivimos hoy y a los que vivirán mañana” (339). Para cerrar, nos deja entender el propósito de su labor como novelista de la historia:

Humildes o sabios, judíos, mudéjares, moros y moriscos de Sefarad y de Al-Ándalus, que habitaron por suficientes siglos esta tierra entrañable hoy tan lejana, tuvieron que irse sin ruido, cambiados sus nombres y sus credos, y haciendo que sus hijos recordaran mal lo que antaño tanto los había enorgullecido; y de tal dolor y tal silencio escasamente quedan huellas difíciles de rastrear, como no sea con la ayuda de crónicas y códices empolvados y vetustos, y no pocas veces del agudo encanto de la fantasía y la imaginación. En consecuencia, valgan estas páginas (340)

Hacia el futuro, la novela nos da a entender que tanto el autor como la voz narrativa son descendientes de las familias cuyas historias son narradas. En este sentido se convierten en una especie de árboles genealógicos ficticios pero verosímiles. Esta forma de articular la trama de la novela histórica coincide con la labor de Serrano, a través de su obra narrativa, dirigida a identificar conexiones entre la historia del viejo mundo con el presente del nuevo mundo. Desde sus inicios literarios, Serrano se ha caracterizado por la exploración de los hechos y las tradiciones históricas por fuera del ámbito local, colombiano. Serrano ha encontrado una veta, una gruesa capa histórica y cultural, que conecta el mundo americano, Europa, el medio oriente y el norte de África, a través de la edad de oro judía (Sefarad) y musulmana (Al-Ándalus) en la península ibérica. Dicha

veta histórico-cultural puede ser estudiada a través de una abundante documentación histórica, arquitectónica y cultural, que por siglos fue premeditadamente ignorada.

En este contexto turbulento se da el descubrimiento conquista y las primeras colonizaciones en América. Hemos visto como la cultura, la religión y el linaje, que juegan papeles fundamentales en la identidad cultural, se convierten en aspectos del individuo que pueden mudarse con mayor o menor éxito, lo que definirá el lugar que cada individuo juegue en la sociedad. Una de las ideas que rondan espantando a ciertas elites hispanoamericanas sobre su origen colonial, es aquella que habla de una España que envió a América a sus indeseables. La pureza de sangre se convirtió en las colonias españolas en una obsesión, primero por demostrar no tener sangre mora ni judía y luego indígena o negra. Sin embargo, en las últimas décadas se ha ido llegando al entendimiento que esos indeseables de sangre impura realmente eran individuos de familias con culturas y tradiciones de conocimientos ancestrales, que fueron premeditadamente expropiados de sus bienes y sus posiciones sociales en España.

#### El hispanismo andalusí y la cultura colombiana: reviviendo a Sefarad y a Al-Ándalus

De acuerdo a lo visto en el recuento anterior, evidenciamos el carácter interpretativo de los discursos de la historia a través de los años y los procesos de apropiación y expropiación cultural que los definen a través de los cambios y las necesidades políticas. Concluimos que la cultura occidental no puede ser adjudicada a un solo grupo poblacional o religioso, aunque ha pretendido hacerse por saltos discursivos a veces inverosímiles. Sin embargo, en ocasiones estos saltos discursivos se convierten en metáforas raíces de las narrativas culturales durante siglos. La conexión de las culturas

modernas con la tradición de conocimiento griega, romana y judía se han dado a través de los textos y no de la sangre como pretenden algunos. De manera similar, la relación entre cultura y religión no está definida de manera unilateral, sino que ha fluctuado a través de los tiempos. Es imposible comprobar científicamente la pertenencia de un grupo poblacional a la línea genética de Abraham, de Moisés o de David, pero la conservación de las tradiciones escritas sí que han garantizado una unidad cultural, más o menos variable, durante siglos. Ni que decirse sobre la relación sangre- religión. La palabra es entonces la que garantiza la identificación de las tradiciones y prácticas culturales y religiosas.

La importancia de esta novela de Serrano radica principalmente, además de sus logros poéticos y estilísticos, en su habilidad para incorporar a través de los linajes protagónicos las tradiciones de la antigüedad clásica, la ciencia y el humanismo sefardita y andalusí dentro de la cultura colombiana. En su libro de ensayos, *¿Por qué fracasa Colombia?: delirios de una nación que se desconoce a sí misma*, se propone explícitamente a hacer lo mismo. El hilo interpretativo que propone es el siguiente. Los ilustrados moros y judíos de la alta edad media en la península ibérica se vieron obligados a convertirse y vivir en un mundo de zozobras y apariencias, especialmente desde el siglo XV. Con el descubrimiento de América parten en masa, no tanto en las expediciones conquistadoras sino como pasajeros de Indias en embarcaciones más pequeñas que llegaban a las Antillas (57-63). Desde allí, partieron algunos grupos de colonos y se establecieron en tierra firme buscando por medio del río Magdalena valles sanos y fértiles, donde se establecieron sin mayor oposición de los nativos, quienes se

desplazaban más adentro hacia las zonas selváticas (69-73). A partir del siglo XVI, y a través de las canarias hasta las Antillas, se desplazaron familias enteras moriscas-cristiano nuevas, que después eran transportadas a los asentamientos en tierra firme. La llegada de las madres garantizó la observancia de las prácticas culturales y la corrección en el lenguaje, lo que determinó un escaso mestizaje cultural y racial (81-87). De esta manera, los conversos convertidos en indios dejaron de sufrir persecuciones y durante 300 años vivieron semi-aislados conservando su cultura, pero olvidando sus orígenes.

Llama aquí poderosamente la atención el esfuerzo de Serrano por disminuir la influencia de las culturas indígenas y africanas en la cultura colombiana. Para él, a pesar de que hubo un mestizaje étnico el mestizaje cultural fue muy escaso. Incluso, asevera que el mestizaje racial fue muy reducido antes de la independencia (121-128). En otras palabras, Serrano propone que la cultura hispana andalusí permaneció casi pura en las montañas de Colombia hasta el siglo XIX. Esta interpretación entra en conflicto con el meticuloso estudio de Santiago Castro Gómez, en *La hybrid del punto cero*, sobre la constitución racial y cultural colombiana. En dicho libro, Castro Gómez muestra ejemplo del proceso de blanqueamiento y apropiación cultural mediante el cual los criollos colombianos constituyeron la sociedad colombiana. El gran aporte de identificar y caracterizar la herencia del hispanismo andalusí del nuevo cristiano en la cultura colombiana en *Donde no te conozcan* y en algunos apartes de *¿Por qué fracasa Colombia?* se ve opacado entonces con su ansiedad de definir un esencialismo cultural. En ciertos sentidos nos recuerda a los esfuerzos de la generación conservadora de finales del siglo XIX, en la cual gramáticos y filólogos conservadores como Miguel Antonio

Caro (1843-1909) y Rufino José Cuervo (1844-1911) se consideraban exponentes puros de la tradición hispana y grecorromana. En el mencionado libro de ensayos, Enrique Serrano abandona la sugerencia histórica de sus ficciones narrativas y adopta un tono absoluto con respecto a la interpretación de la cultura colombiana. Esta actitud puede estar relacionada con la sobrevaloración normal del aspecto en que el investigador se especializa o en las necesidades de validarse ante un público europeo, pero hay otro factor relacionado con los discursos literarios que entraremos a analizar.

Desde el punto de vista de las influencias culturales, el proceso interpretativo de la cultura que hace Serrano en sus ensayos puede definirse como una “tessera”, ya que busca ampliar o dar un nuevo sentido a la cultura previa. No ejerce un “clinamen”, ya que acepta la tradición hispana tradicional para otros lugares de Latinoamérica, pero le da un nuevo sentido, morisco y criptojudío al caso específico del Caribe, Brasil, Venezuela y Colombia. Desde una aproximación a la cultura como sedimentación del espacio tiempo, pueden identificarse en Serrano unas ansias por sublimar la pureza de una cultura sefardita y morisca, casi rayando en la “askesis”, ya que pretende un aislamiento cultural en las montañas de Colombia. A pesar de la importancia de reconocer esta gran capa histórico-cultural, más cuando había sido sistemáticamente ignorada, las pretensiones de buscar una cultura pura, según el mestizada solo desde el siglo XIX, es al mismo tiempo un salto al pasado en la interpretación de la historia; un paso que siempre puede ser peligroso en términos de exclusión a sectores poblacionales que llevan siglos interactuando en el espacio/tiempo cultural de Colombia. La influencia musical, lingüística, cultural, culinaria, etc., de las culturas africanas e indígenas es tan

abrumadora, que parece casi un exabrupto pretender negarlas. En el siguiente capítulo entraremos un poco más en estas influencias, reconociendo, claro está, el papel articulador de una cultura hispana conversa, basada en las apariencias, pero al mismo tiempo desafiante de las normas imperiales.



### CAPÍTULO 3

#### *TRÍPTICO DE LA INFAMIA* Y LOS ESTRATOS VISUALES DE LA CONQUISTA

[...] por librar mi nación española del error y engaño gravísimo y perniciosísimo en que vive y siempre hasta hoy ha vivido, estimando destas oceánas gentes faltarles el ser de hombres, haciéndolas brutales bestias incapaces de virtud y doctrina, depravando lo bueno que tienen y acrecentándoles lo malo que hay en ellas, como incultas y olvidadas por tantos siglos, y a ellas, en alguna manera, darles la mano, para que no siempre, por la opinión falsísima que dellas se tiene, aterradas como lo están y hasta los abismos, permanezcan abatidas

—Bartolomé de las Casas, *Historia*

Considerando, pues, yo, los males y daños, perdición y jacturas (de los cuales nunca otros iguales ni semejantes se imaginaron poderse por hombres hacer) de aquellos tantos y tan grandes y tales reinos, y por mejor decir de aquel vastísimo y nuevo mundo de las Indias [...] no podría contenerme de suplicar a Su Majestad con instancia importuna que no conceda ni permita las que los tiranos, prosiguieron y han cometido, llaman conquistas

—Bartolomé de las Casas, *Brevísima*

*Tríptico de la infamia* (2015) de Pablo Montoya (1963- ) fue la novela ganadora del XIX Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos en 2015. Se concentra alrededor de la vida y las obras de tres artistas del siglo XVI, Jaques Le Moyne (1533-1588), Francois Dubois (1529-1584) y Théodore de Bry (1528-1598), quienes contribuyeron, a través de ilustraciones y textos, a la denuncia de las atrocidades e injusticias cometidas en el siglo XVI. El título de la novela nos da una idea inmediata de su estructura: a imagen de las artes plásticas<sup>38</sup>, se trata de un tríptico narrativo dividido en tres secciones que están relacionadas entre sí, sin perder su independencia. El título marca también, con la palabra “infamia”, la forma en que se interpretan los hechos históricos alrededor de los cuales se

---

<sup>38</sup> Un tríptico como panel de pinturas dividido en tres secciones.

desarrollan las acciones en la novela. Si la infamia en la antigua Roma significaba el descrédito y la pérdida de reputación de un ciudadano, en este caso se refiere al descrédito y a la pérdida de reputación de la cultura hispana. En el siglo XIX, este descrédito en Europa y América fue categorizado por algunos como una “leyenda negra” fabricada contra España en medio de los confusos hechos históricos del siglo XVI. Aunque Montoya adopta una posición de denuncia hacia los españoles y la iglesia católica, no lo hace de manera simplista, sino que tiene en cuenta la complejidad de cada individuo y proceso histórico. La narración es en últimas una metaficción historiográfica, en la cual la voz del autor se hace visible como investigador del pasado, que solo puede interpretar a través de los vestigios, documentos, libros, grabados y pinturas.

Al ser elegida como ganadora del Premio Rómulo Gallegos en 2015, el jurado resaltó en la novela su originalidad, coherencia estructural y calidad literaria “de una obra que reconstruye la conquista del caribe con una perspectiva renovadora y profunda” (Suárez, “Veredicto”). Considera también sobresaliente la construcción de los personajes protagónicos, responsables de las primeras representaciones gráficas de América y “personajes poco comunes en el tratamiento de la época que aportan una singular perspectiva a la trama”. La escogencia de los personajes históricos protagónicos nos da una idea de la aproximación a la conquista de Montoya en la novela. Son artistas hugonotes, perseguidos por sus creencias, quienes condenaron la intolerancia religiosa y las conquistas en América. Le Moyne fue miembro de la expedición capitaneada por René Goulaine de Laudonnière (1529-74), que fracasó en su intento de fundar un asentamiento hugonote en las tierras de la Florida. En dicha expedición, dibujó a los

indígenas, plantas y algunos hechos ocurridos en tierra firme. Solo en el siglo XX se han venido a aclarar algunos de sus datos biográficos y establecer la autoría de algunas de sus pinturas conservadas o reproducidas en libros de la época sobre el nuevo mundo. Dubois fue el autor de la famosa pintura *La matanza de San Bartolomé*, que retrata la masacre llevada a cabo por católicos en contra de hugonotes en París, el 24 de agosto de 1572. Es la única de sus obras que se conserva y los datos sobre su vida son igualmente escasos. Por último, De Bry fue un grabador, orfebre y editor de libros, que se destacó por editar una serie de libros, con ilustraciones, sobre América. Su edición de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) de Fray Bartolomé de las Casas (1484-1566) fue de vital importancia en la visión que sobre España se formaron los protestantes del norte de Europa. Aunque nunca estuvo en América, dedicó gran parte de su tiempo en entrevistar testigos de los acontecimientos en los descubrimientos y conquistas y conocer elementos traídos del nuevo mundo.

Partir del punto focal definido por tres artistas protestantes del noroeste de Europa no le impide, o tal vez le permite, a esta novela explorar aspectos poco discutidos previamente sobre los indígenas, como su percepción del arte corporal y los colores o la existencia entre los indios de varones que cumplían funciones femeninas. Como tríptico, a pesar de tener una articulación orgánica entre sí, cada sección presenta una dinámica diferente. Las voces narrativas varían entre las secciones—e incluso a través de una misma sección—explorando distintos puntos de vista de la vida íntima y la obra de los tres protagonistas y su contexto. La primera, dedicada a Le Moyne, narra en tercera persona, a través de capítulos cortos y en orden cronológico, algunas de las experiencias

del pintor en Francia, su expedición a la Florida y su regreso a tierras europeas. La segunda sección, dedicada a Dubois, nos muestra al pintor en su exilio en Ginebra, lamentándose por la masacre de los hugonotes, que tuvo la oportunidad de dibujar, donde perdió a su familia y a sus cuadros. A la vez, nos sumerge en una exploración sobre el arte y su historia, la situación política y religiosa, y la vida de su familia, a través de reflexiones y recuerdos. La última parte, dedicada a De Bry, es una narración polifónica en la que incluso la voz del autor se inserta. Comienza buscando una descripción del personaje con ayuda de uno de sus grabados, que es un autorretrato. Desde Allí se va deslizado la narración, por medio de capítulos, en los que los encuentros con personas que facilitaron su proyecto editorial toman relevancia. A pesar de la variación en la voz narrativa y de la independencia de cada sección, la trama es hilada con puntadas sutiles que unen discretamente los tres relatos.

Algunos puntos de unión son creados por personajes ficticios, como Ysabeu, quien en la sección de Le Moyne es su novia de juventud y luego en la sección de Dubois la encontramos como esposa de este último. Otros exploran relaciones comunes entre los pintores protagonistas con otros personajes históricos de la época, siendo el más directo el discreto encuentro entre dos de los protagonistas, Le Moyne y De Bry, en la última sección. Por ser contemporáneos y haber vivido o recorrido regiones geográficas comunes, es difícil establecer hasta donde llega la ficción y hasta donde llega la historia. Por momentos, toman protagonismo las voces de otros personajes históricos, quienes tuvieron experiencias de primera mano en las Américas. Entre estos están Hans Staden (1525-1576), Girolamo Benzoni (1519-1570) y John White (1540-1593). La novela no

busca llegar a una totalidad histórica, sino que se sumerge en la exploración de la cotidianidad y la reflexión interior de los ojos y las manos que capturaron aquellos momentos. Se detiene en los momentos que fueron pintados por los autores en una descripción detallada y poética de las obras. Aunque cuenta con momentos de gozo estético y de ensimismamiento metafísico, no deja a un lado su función de denuncia, ya que gravita alrededor de momentos de horror desatados por la intolerancia. Ante la barbarie, la novela propone el consuelo del arte como sublimación del horror.

Hay algunos puntos de encuentro entre esta novela y otras novelas históricas colombianas contemporáneas que han tratado el mismo período. Uno de estos puntos de encuentro es casi que obligatorio para cualquier texto que hable sobre la conquista de América: Bartolomé de las Casas. Montoya menciona en su libro sobre las novelas históricas colombianas, que las novelas históricas de William Ospina, *Ursúa* y *El país de la canela*, tienen apartes sobre las matanzas en Tierra firme, lo que ahora sería Colombia y Venezuela, que remiten a la *Brevísima relación de la destrucción de las indias occidentales* (1552) de De las Casas. Además, los editores de ambas novelas utilizaron para las portadas imágenes de De Bry, uno de los artistas del libro de Montoya. Por otro lado, a raíz de que Jacques Le Moyne fue aprendiz de cosmógrafo y ayudante en la elaboración de mapas, surge una conexión con *Dónde no te conozca* de Enrique Serrano, la novela que analizamos en el capítulo anterior. Para Serrano en *Donde no te conozcan*, es de gran importancia resaltar los grandes adelantos en ciencias náuticas, cosmografía, dibujo de mapas, etc., de los judíos en la época. La referencia a los personajes históricos, Abraham (1325-1387) y Jehuda Cresques (1350-1427), autores del *Atlas catalán*

(~1375), que contenía información sobre todo el mundo conocido, es entonces relevante. En *Tríptico de la infamia*, Le Moyne, como aprendiz de cosmógrafo de Philippe Tocsin, se sumerge en este mismo círculo de la época donde las mismas referencias son comunes.

A pesar de que solo uno de los protagonistas, Jaques Le Moyne, estuvo en América, en las costas de la Florida, puede definirse en cuanto a su postura en la interpretación de los hechos de la conquista como una novela de la tradición indianista. En cierto sentido la novela explora la leyenda negra española en medio de un mundo sociopolítico lleno de intolerancia, persecuciones y masacres. Sin embargo, la crítica no se limita solamente a España, sino que pone en relieve la misma intolerancia desarrollada por católicos y protestantes del norte de Europa en dicho continente y en América. El término “leyenda negra” no tiene consistencia en cuanto a una unidad discursiva de desprestigio, sino que encauza diferentes vertientes simultáneas entre los enemigos del imperio español: los italianos, los alemanes, los holandeses, los ingleses, los judíos de diferentes países e, incluso, los catalanes. Por un lado, las principales potencias políticas de Europa miraban con desconfianza la concentración de poder de los Habsburgo, quienes ostentaban reino sobre el Sacro Imperio Romano Germánico y España, entre otras importantes coronas de Europa, y además contaban con el apoyo de la iglesia. Los protestantes los veían como el bastión del catolicismo intolerante y recalcitrante, más aún después de la creación de la Inquisición española para perseguir a quienes se alejaran de las doctrinas de la iglesia católica. Los países bajos llevaban también en esos días una guerra para independizarse de España; Inglaterra prefería evitar cualquier esfera de influencia y Francia e Italia se disputaban con España territorios, entre otras cosas.

## Las crónicas del siglo XVI sobre las conquistas en el noroeste de Suramérica

Entre la cantidad de documentos oficiales sobre el descubrimiento y la conquista, las crónicas escritas durante el siglo XVI y XVII pueden ser consideradas como los textos fundacionales de la narrativa histórica y de la identidad en América, debido a su carácter sintético y narrativo. Algunas de ellas—como *El carnero* de Juan Rodríguez Freyle— circularon en manuscritos de manera clandestina entre los pueblos; otras permanecieron olvidadas en archivos o bibliotecas y solo tuvieron influencia en estos discursos siglos después de ser escritas y muy pocas fueron publicadas, como la *Brevísima relación de la destrucción de Indias* (1552) de Bartolomé de las casas. El género de las crónicas, es decir, la recopilación de hechos históricos narrados en orden cronológico fue cultivado desde la antigüedad clásica y resurgió a finales de la edad media en latín y romance, como una forma de trazar el origen y la identidad de los reinos cristianos. No es extraño, por lo tanto, que muchos de los letrados, en todos los niveles, hayan usado este formato, que no fue el único, para narrar los hechos que habían presenciado o escuchado, y que consideraban ser merecedores de ser legados para la posteridad, por motivos muchas veces disímiles y diferentes entre los escritores.

En el caso colombiano, las crónicas más influyentes son *Elegía de varones ilustres de indias* (1589) de Juan de Castellanos (1522-1607), el primer libro de la *Crónica del Perú* (1553) de Pedro Cieza de León (1520-1554) y *Recopilación historial* (1916) de Fray Pedro de Aguado (1538-1609)—escritas en el siglo XVI—y *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales* (1627) de Fray Pedro Simón (1574-1628) y *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada, “El carnero”*

(1859) de Juan Rodríguez Freyle (1566-1640)—escritas en el siglo XVII. Como podemos ver por sus fechas de publicación, solo la obra de Castellanos, Cieza de León y Fray Pedro Simón, pudieron ser publicadas y generar un impacto en la opinión de sus contemporáneos. La obra de Aguado solo tendrá un impacto en el siglo XX y la de Rodríguez Freyle ocupa un lugar especial, ya que, a pesar de ser publicada en el siglo XIX, había circulado en varios manuscritos entre las casas de las sabanas cundiboyacense. Además, sus estilos y estrategias narrativas de interacción con el lector han hecho que sea propuesta como la precursora de la novela latinoamericana. En cuanto al aspecto discursivo, todas estas obras presentan una mezcla de ambas tendencias: es común la alabanza a las virtudes de algunos grupos indígenas, pero al mismo tiempo hay una crítica hacia algunas de sus costumbres, derivadas, según ellos, de su desconocimiento de la religión cristiana. Lo mismo puede decirse de su actitud hacia los españoles. Para estos cronistas el mal y el bien no dependen de la naturaleza de los indígenas ni de los españoles.

Entre los cronistas mencionados, los dos primeros en escribir, Castellanos y Cieza de León, fueron conquistadores. Cieza de León estuvo en la fundación Santa María la Antigua del Darién en el golfo de Urabá (esquina en el Caribe entre Suramérica y Centroamérica) y desempeñó en Cartagena una gran actividad de expediciones, fundaciones y encomiendas gubernamentales. Partió con Pizarro a “descubrir” y luego escribió en el principio de sus Crónicas del Perú sobre el territorio de tierra firme que ahora ocupa Colombia. El célebre historiador peruano Franklin Pease G.Y. menciona, en el prólogo a su edición de la obra de Cieza de León, la notable afinidad de Cieza de León



con De las Casas, algo que lo llevó a estar en contra de las huestes de Pizarro (XII). Incluso, en su testamento, dejó indicado que los manuscritos no publicados fueran enviados a De las Casas, algo que al parecer no se cumplió (XVII)<sup>39</sup>. Solo fue publicada en su tiempo la primera parte de su obra, a la que llamó “El libro de las fundaciones”<sup>40</sup>.

Sobre su recepción comenta Pease G.Y.:

La obra circuló no sólo en España, sino en América, no llegó, sin embargo, a manos de Guamán Poma (quien sí conoció otros textos de cronistas, como Martín de Murúa, Miguel Cabello Balboa o Agustín de Zárate). Aparte de De las Casas, lo citaron múltiples autores, multiplicándose las ediciones de la primera parte en Amberes, Roma, Venecia o Londres. Como la segunda no se imprimió queda por delante un estudio cuidadoso de los autores que se ocuparon de los Andes en España, pues se ha visto que hubo copias manuscritas de esa segunda parte circulando por la España americanista de entonces. (XXXIV)

---

<sup>39</sup> Como es común entre los cronistas, Cieza de León se detiene en las descripciones geográficas y sus fuentes, a parte de sus propias vivencias, se complementan con noticias de otros viajeros, como lo menciona en varias ocasiones (XXVII). El contrato de edición de la primera parte de su obra estipulaba 1.050 ejemplares en Sevilla. La segunda edición se realizó en Amberes tan sólo un año después, demostrando la rapidez con la que se agotó la primera (XXXIV).

<sup>40</sup> La crónica comienza desde el momento en que Cristóbal Colón descubre las primeras islas del nuevo mundo, para pasar a los desmanes de los españoles en contra de los indígenas y justificar la guerra de estos últimos como defensiva. Aclara, sin embargo, que no todos los españoles trataban mal a los indios y concede que tal vez los sufrimientos de los indios fueran causados por sus muchos pecados. Exalta las decisiones de la corona de nombrar virreyes, presidentes y audiencias para controlar los comportamientos y el envío de misioneros para lograr convertir a los indios; por estas medidas, dice, cuando escribe ya no se atrevían los españoles a abusar de los indios (13). Frecuentemente toma por milagrosa, “con la ayuda de Dios”, que los españoles hayan podido señorear esas tierras y resalta, sin embargo, que la violencia causada por ellos generó un estado de despoblación y abatimiento en muchas regiones. A pesar de que Cieza de León se enfoca en el territorio que ahora ocupa Colombia solo en las primeras páginas, su obra es, después de *Brevísima* de Bartolomé de las Casas, la primera publicada, y ampliamente difundida, sobre este territorio.

En 1569, Alonso de Ercilla publicó un poema de tipo épico narrando la conquista de Chile, de la cual tomó parte. Ha llamado la atención que, en este poema, los personajes heroicos indígenas parecen sacados de los relatos griegos y romanos (Ospina 18). Desde nuestro punto de vista esto no es de extrañar, antes confirma nuestra tesis, ya que las historias de estos nuevos pueblos sólo han podido ser narradas desde su articulación con la historiografía y los discursos culturales occidentales. Ercilla se preocupa en este poema ya por la estética de su producción, y como tal es un éxito. En el Nuevo Reino de Granada y bajo la influencia de Ercilla, Juan de Castellanos se aboca a una tarea semejante relacionada con las conquistas de dicho reino. Le llamó, *Elegías de varones ilustres de Indias*, y trabajó en ella durante 30 años publicándola en tres tomos. A pesar de ser publicada, y nombrada por diversos estudiosos durante los siglos, corrió la suerte de las demás crónicas, consideradas largas y pesadas y no tuvo mucho eco en la crítica cultural colombiana hasta ya finales del siglo XX con William Ospina. Según Ospina, esta obra presenta características que lo diferencian de las primeras obras de escritores como De las Casas, por un lado, y Oviedo, por el otro: “no era un libro hiperbólico, ni meditadamente pintoresco ni truculentamente seductor... quería ser un libro justo, en la medida de lo humana y de históricamente posible, pero también quería ser verdadero” (22). A pesar de que este texto era conocido y estudiado por especialistas durante los siglos posteriores a su publicación, solo hasta el siglo XX ha venido a ser estudiada su complejidad en cuanto a sus referentes culturales y literarios.

Entre 1581 y 1582, Fray Pedro de Aguado escribió su Recopilación historial, que, aunque solo vino a ser publicada en el siglo XX, sirvió de referencia para la posterior

obra de Fray Pedro Simón. En esta obra, basada en la que inició otro sacerdote antes que él, Medrano, narra los hechos más importantes de las conquistas de Santa Marta, el Nuevo Reino de Granada y Venezuela. Fray Pedro de Aguado crece en un momento en que el misticismo religioso genera una oleada de misioneros, muchos de ellos influenciados, no solo por la Contrarreforma sino también por las ideas lascasianas y la obra de los místicos españoles. Sería interesante, aunque escapa a los límites de este trabajo, relacionar este renacimiento místico pacífico, con el misticismo violento de las órdenes religiosas y, además con las conversiones y expulsiones de las otras religiones en la misma época. No olvidemos que muchos de estos místicos eran conversos, incluyendo algunos de los grandes escritores religiosos de la época como Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. La obra de Aguado, según Orlando Fals Borda, fue uno de los documentos perdidos que más desvelaron a los historiadores colombianos, junto con *Los ratos de Suesca* de Jiménez de Quesada y la cuarta parte de la obra de Juan de Castellanos (“The Forgotten” 539). Al parecer, y siguiendo el criterio de Juan Friede, en “Fray Pedro Aguado, con ocasión del 450 aniversario de su nacimiento”, esto fue debido a que se vio envuelto en las disputas entre encomenderos y órdenes religiosas, razón por la cual se vio afectada la publicación de su libro. Estas crónicas poseen rasgos únicos con respecto a las demás escritas en su época por personas que vivieron la realidad americana: no se detiene en exageradas alabanzas ni sigue a los grandes personajes, sino que “relata las obras realizadas por toda la masa de pequeños y grandes pobladores, con todos sus aciertos y equivocaciones, buenas obras y crueldades; cuyos hechos en cierto

modo unidos, constituyen la espina dorsal, la base social de la conquista y colonización de América” (Friede 385).

Fray Pedro Simón escribió a principios del siglo XVII, cuando no habían pasado ni cien años del inicio de las conquistas del área de Bogotá, *Noticias historiales de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*. Su obra se concentró principalmente en las áreas que hoy ocupan Colombia y Venezuela, y su primera parte fue publicada en 1627. Esta voluminosa obra, que solo vino a ser publicada en su totalidad en 1892, continúa con las formalidades de las crónicas medievales (dedicatorias, conexión con las narrativas judía y griega, etc.). Sin embargo, ya puede notarse la influencia de los cronistas previos a quienes cita. Profundiza en temas como el origen de los pobladores nativos, la posible mención de estas tierras por escritores de la antigüedad y la crueldad tanto de españoles como de indios. Esta es quizá la obra más voluminosa y detallada, aunque son escasas las discusiones y valoraciones históricas sobre ella en los estudios culturales o por fuera de la academia no especializada en temas coloniales.

Por último, mencionaremos a Juan Rodríguez Freyle, el único de estos cronistas nacido en tierras americanas, en el Nuevo Reino de Granada. Es difícil evaluar el impacto de su obra antes de su publicación en 1859, pero fue mencionado por Felipe Pérez, su editor, que algunos de sus manuscritos circulaban de casa en casa. La obra fue escrita cuando se cumplía un siglo de la conquista de ese reino, como él mismo menciona entre 1636 y 1638. Volveremos, como sobre todas las demás sobre este libro, que ha sido propuesto por González Echeverría como el arquetipo de la novela latinoamericana. Aunque incluye formalidades típicas de las crónicas medievales, incluye recursos

narrativos diferentes, que parecen tomados de las novelas picarescas y la hacen semejante a la novela moderna, como la metaficción historiográfica por medio de la cual el autor mantiene contacto con su lector, llamándole la atención sobre sus juegos y movidas literarias. Entre los otros aspectos relevantes en este punto sobre esta obra, mencionemos la sorpresa del autor por lo que él llama la falta de atención sobre esas tierras, a las que ya llama “mi patria” (5):

De la cual no he podido alcanzar cuál haya sido la causa por la cual los historiadores que han escrito las demás conquistas han puesto silencio en esta, y si acaso se les ofrece tratar alguna cosa de ella para sus fines, es tan de paso que casi la tocan como a cosa divina por no ofenderla, o quizá lo hacen porque como su conquista fue poco sangrienta, y en ella no hallaron hechos que celebrar, lo pasan todo en silencio (1)

Esta percepción va a seguir presente hasta nuestros días ya que, a pesar de la posición geográfica central y estratégica de Colombia, nunca se desarrolló allí una metrópoli como México o un arrogante Virreinato como el de Lima. Además, entre sus cabezas principales Bogotá, Popayán y Santa Marta y Cartagena en el Caribe, se encuentran montañas y selvas que dificultan su intercomunicación. Sobre este hecho, surgirán otras interpretaciones en los siglos posteriores. En resumen, sobre los cronistas que hablaron sobre Colombia encontramos la clara influencia de De las Casas. Su tratamiento sobre los indígenas es compasivo, aunque condenan lo que ellos llaman sus “vicios” culturales: malas costumbres, incestos, vicios, líderes autoritarios con poder ilimitado. La promulgación de decretos protegiendo a los indígenas, que no se cumplían, queda evidente casi un siglo después en Rodríguez Freyle: “y sobre quitar este servicio personal se pronunció un auto de que nació enfado que adelante lo diré en su lugar. Ya no cargan los indios como solían, pero los cargan pasito no más” (61). Es decir, siguen cargando a

los indios, pero no tanto. Aquí podemos ver la ironía con la que Rodríguez Freyle se refiere a los líderes españoles, quienes según Jaime Castro invocaban el aforismo de don Gonzalo de Oyón, “al rey se le obedece, pero no se le cumple”.

Les sorprende a los cronistas que los indios no conservaran su historia escrita, e incluso les causa ansiedad no poder conectarlos con sus narrativas. Les adjudican entonces diversos orígenes, ligados a las tradiciones judías y grecorromanas. Dice Rodríguez Freyle: “La otra cosa es que en todo lo que he visto y leído no hallo quien diga asertivamente de donde vienen o descienden estas naciones de Indias. Algunos dijeron que descendían de fenicios y cartagineses; otros que descienden de aquella tribu que se perdió. Estos parecen que llevan algún camino, porque vienen con aquella profecía del patriarca en su hijo, Isacar, respecto que estas naciones, las más de ellas, sirven de jumentos de carga” (61). Vemos entonces una necesidad de incluir a los nuevos habitantes del Imperio española a la narrativa occidental y a la vez, algunos, justificar en esta inserción la legalidad de tomar sus tierras y riquezas y abusar de ellos. En conclusión, los cronistas que hablaron sobre las conquistas en el norte de Suramérica tuvieron una inclinación hacia la obra de De las Casas, aunque no caen en una visión idealizada de los indígenas, como se desarrollaría en la literatura del norte de Europa y en algunos países de América en los siguientes siglos.

#### Novelas históricas indianistas sobre la conquista en Colombia

Donald McGrady encuentra que la mayor frecuencia temática entre las novelas históricas escritas entre 1844 y 1959 en Colombia corresponde al período de la conquista de América por los españoles. En su lista de 29 novelas históricas colombianas, 11 se

encuentran ambientadas en el período colonial y tienen algo que ver con los indios. De acuerdo con el crítico estadounidense, los autores de estas novelas colombianas:

No tienen el propósito de glorificar al valiente conquistador que venía a subyugar al indígena y al mismo tiempo a libertarlo de su ignorancia y salvajismo, enseñándole la “verdadera” religión, según la opinión de los españoles de la época. Pero en su mayoría, tampoco pretenden desacreditar la conquista, abrazando como lema las acusaciones de la “leyenda negra” (61).

Como puede verse, una actitud similar a la de los cronistas del siglo XVI, que escribieron sobre el territorio colombiano. La lista de novelas de tema indianista es encabezada por la primera novela colombiana, *Ingermina* (1844) de Juan José Nieto. Se encuentran también cuatro novelas escritas entre 1854 y 1856, *Huayna Cápac*, *Atahualpa*, *Los Pizarros* y *Jilma* de Felipe Pérez (1836-1891), *El último rey de los muisca* (1864) de Jesús Silvestre Rozo, *Un hidalgo conquistador* (1907) y *Aventuras de un español conquistador* (1905) de Soledad Acosta de Samper, *El dorado* (1936) de Eduardo Posada, *Lilí* (1958) de Francisco Gómez Valderrama, *La Gaitana* (1959) de Luis Hernando Vargas Villamil. No se les asignan a los indios en esas novelas atributos idealizados ni se condena absolutamente la conquista, como ocurrió por ejemplo en México, Perú o Ecuador. Tampoco desarrollaron estas novelas el grado de complejidad que alcanzaron otras novelas relacionadas con este tema en algunos de dichos países. Existe una simpatía hacia los indios, como pueblos injustamente oprimidos, pero no existe un estudio detallado que permita reconstruir sus vidas en esos momentos de la historia: "las prendas morales que se atribuyen a los indios corresponden a cánones cristianos, y la belleza de las indias más hermosas es siempre típicamente europea en sus rasgos distintivos" (62). Como puede

esperarse, la trama novelesca en estas novelas, aquí seguimos a McGrady, resultan arbitrarias y los personajes no generan ningún tipo de simpatía, ya que son muy planos.

*Ingermina* comienza definiendo el contexto histórico con una “Breve noticia histórica” de catorce páginas, en la que habla sobre las costumbres culturales de los indígenas de Calamar, donde se sitúa actualmente Cartagena, la ciudad natal del autor de esta novela. Nieto afirma haber sacado esta información de “los fragmentos de una antigua crónica inédita de agustinos en Cartagena, por fray Alonso de la Cruz Paredes” (V). La novela se desarrolla en el contexto histórico de la fundación de Cartagena por Pedro de Heredia, el retiro de los indios de la región al ver la superioridad militar de los españoles, el acuerdo pacífico al que llegan de someterse como súbditos del rey de España y el desacuerdo de algunos líderes indígenas ante este sometimiento. La historia de la novela, por otro lado, se desarrolla en torno a los amores entre el hermano de Pedro de Heredia, Hernán, e Ingermina, una princesa huérfana recogida por el cacique Ostaron, quien planea casarla con su hijo Catarpa, uno de los líderes rebeldes. Un nuevo grupo de conquistadores llega a la región y destituye a los Heredia, pretendiendo también el amor de Ingermina. Sin embargo, ante los maltratos a los indígenas, los Heredia son restituidos en sus cargos y los amantes logran casarse. Entre los errores que McGrady le atribuye a esta novela está tener demasiados personajes, que estos no tengan matices (son buenos o malos del todo), los diálogos que parecen académicos y la incapacidad de recrear la vida de los indígenas sobre los que novela (64). Para Nieto, la belleza de *Ingermina* se aproxima más al estilo europeo que al nativo americano.



Las novelas de Felipe Pérez, *Huayna Cápac*, *Atahualpa*, *Los Pizarros* y *Jilma*, se desarrollan en el contexto de la conquista del Perú. Este escritor, de acuerdo con McGrady, logra darles mayor realismo a sus novelas. Siguiendo los hechos históricos, urde una trama novelesca que se conecta y da como resultados los hechos históricos registrados. Sus personajes tienen más matices, dejan de ser solamente malos o buenos— todos tienen virtudes y defectos—y, por lo tanto, no hay verdaderos héroes (71). Sin embargo, en *Los Pizarros*, el autor si se despacha en una guerra ideológica en contra de los conservadores y la iglesia, su aliada de la época en que escribía. Caen entonces en una actitud de idealización de lo indígena frente a una censura absoluta de lo español. Esta novela se empeña en desprestigiar el clero y el imperio español bajo Carlos V y llega incluso a caer en errores históricos, rebajando su calidad como novela histórica (McGrady 77-79). La obra de Jesús Silvestre Rozo, *El último rey de los muisca* (1864) cae también en errores graves sobre los hechos históricos: “introduce personajes imaginarios en lugares muy altos y de este modo falsifica hechos de mayor importancia. Aún más grave, en su introducción, que siempre debe ser exacta, habla de Jafiterva como una figura real engañando al lector no versado en la historia” (86-7). La novela presenta las leyendas muisca sobre el origen del mundo y los sesenta años anteriores a la conquista en el reino muisca, para luego novelar una historia de amor entre un principie que se encontraba en el periodo de seis años de preparación en aislamiento para ser cacique y una bella india, Bitelma. La narración es agradable porque no busca una función moralizadora y evita recargarse de artificios retóricos. Sin embargo, su falla principal es la incapacidad de articular fluidamente lo novelesco con lo histórico.

Por otro lado, las obras indianistas de Soledad Acosta de Samper, *Un hidalgo conquistador* (1907) y *Aventuras de un español entre los indios de las Antillas*, caen en la misma actitud que sus otras novelas históricas: el objetivo didáctico sobrepasa al literario. *Un hidalgo conquistador*, trata sobre la vida de Alonso de Ojeda en Medinaceli, desde antes de la conquista de Granada y el descubrimiento de América, pasando por su viaje al nuevo continente, conquistas y fundaciones, hasta su muerte. Antes de morir, Ojeda se ordena como monje franciscano y conoce a Bartolomé de las Casas antes de ir a Cuba. *Aventuras de un español conquistador*, por otro lado, se desenvuelve en el contexto del segundo viaje de Colón, en el que va De las Casas, y trata sobre un hidalgo, Cristóbal de Guzmán y una hidalga, Mayor Vásquez, quienes tienen planes de casarse. Todo se complica cuando Cristóbal es secuestrado por unos indios caribes. Al final logra escapar y los esposos se dedican a apoyar la obra de De las Casas a favor de los indios. Esto, según McGrady, va en contra de los hechos históricos, ya que “Guzmán pereció entre los indios” (96). McGrady atribuye este falseamiento de la historia a la intención moralizante de la escritora. Además, le critica la falta de profundidad de sus personajes, originada en gran parte en la intención de ofrecer demasiada información histórica en pocas páginas.

Eduardo Posada (1862-1942) fue un historiador colombiano que incursionó en la novela histórica con *El dorado*, con escaso éxito. En la novela, narra sucesos relacionados con la conquista de los muiscas por Gonzalo Jiménez de Quesada y sus huestes. McGrady lo considera más historia novelada que novela histórica: “el único hilito de trama novelesca son los amores de Lázaro Fonte, un conquistador histórico, con Zoratama, una hermosa doncella indígena. Esta tiene la distinción de ser en la novela

histórica colombiana la única india amante de un conquistador, que no es princesa” (100). Los capítulos buscan mantener la objetividad histórica, pero no se articulan con la trama novelesca. Nuevamente, como en el caso de Acosta de Samper, el afán de divulgar la historia opaca la calidad literaria de la novela. *Lili* (1958) y *La Gaitana* (1959) son las últimas obras de tipo indianista analizadas por McGrady, ya que corresponden a los últimos años que incluye en su estudio. La primera fue escrita por Francisco Gómez Valderrama y la segunda por Luis Hernando Vargas Villamil. Se sorprende el crítico estadounidense de que más de un siglo después de la primera novela histórica colombiana continúe el interés por estos temas. Sin embargo, considera también que estas obras no alcanzan el nivel de las mejores novelas mencionadas anteriormente, como las de Felipe Pérez o Jesús Rozo. *Lili* trata sobre una indígena en la zona del Valle del Cauca en la época de la conquista. La protagonista ama a Calima, pero otros indígenas que la pretenden obligan a su tribu a que la den como esposa al que gane en una competencia. Cuando todo parece perdido para *Lili* y Calima, llegan oportunamente los españoles, trastocando el orden vigente. McGrady considera un acierto el que Gómez Valderrama utilice personajes históricos desconocidos como protagonistas, pero critica duramente la creación literaria, por su inhabilidad para darles profundidad a los personajes y cautivar al lector.

Por último, *La Gaitana* fue originalmente escrita como radionovela. El primer error es que, en su versión como novela, no se adaptó al formato de este género literario y, por lo tanto, no se aprovecharon los recursos literarios del género. La novela trata sobre los sucesos ocurridos alrededor de la cacica Gaitana, perteneciente a los indios

Pijao, entre 1536 y 1538. Los hechos históricos son relativamente conocidos en el sur del país y la cacica es símbolo de identidad y valentía en los departamentos del Huila y Tolima, donde tiene varios monumentos. Incluso, uno de los frentes de la desmovilizada guerrilla de las FARC lleva su nombre. Los hechos históricos están definidos por la llegada del conquistador Pedro de Añasco a la región, quien manda a quemar al hijo de la cacica. Esta toma venganza organizando un levantamiento con los otros caciques y matando ella misma a Añasco. Las secciones noveladas tratan sobre el amor del hijo de la Gaitana por una indígena, la confrontación con su amigo por ella y unos juegos atléticos con otras tribus. Estas secciones parecen no tener sustento histórico y “la gran mayoría de las doscientas ochenta páginas del libro se van en aventuras inverosímiles y absurdas, urdidas con el solo objeto de mantener a un alto nivel el interés del radioescucha” (106). No tiene McGrady un buen concepto de esta novela debido a su falta de investigación histórica y a que va dirigida a un público radioescucha y no a uno lector de novelas.

En las décadas de 1960, 70 y 80, las novelas históricas parecen haberse concentrado más en otros temas, como la inquisición en el período colonial, la independencia, el siglo XIX e incluso las primeras décadas del siglo XX. Esto lo afirmo basado en las listas de novelas históricas ofrecidas por Seymour Menton en *La nueva novela histórica Latinoamericana*, que cubre entre 1949 y 1992, y la de José Eduardo Rueda Enciso en “Balance historiográfico de la novela histórica en Colombia, una aproximación al ámbito regional”, que cubre entre 1844 y 2014. Las novelas históricas sobre la conquista solo vuelven a aparecer desde la década de 1990 y a tomar nuevamente protagonismo, especialmente en la primera década del siglo XXI con las obras de

William Ospina (1954- ). Sin embargo, a nivel latinoamericano el interés de las novelas históricas por el tema de la conquista continuó con novelas como *Terra Nostra* (1975) de Carlos Fuentes, *El mar de las lentejas* de Antonio Benítez Rojo (1979), *El arpa y la sombra* de Alejo Carpentier (1979), *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad* (1979) de Miguel Otero Silva, *La crónica del descubrimiento* (1980) de Alejandro Paternain, *Río de las congojas* (1981) de Libertad Demitrópulos, *El entenado* (1983) de Juan José Saer, *Daimón* (1978), *Los perros del paraíso* (1983) y *El largo atardecer del caminante* (1992) de Abel Posse y *Vigilia del almirante* (1992) de Augusto Roa Bastos (Perkowska 148). En la mayoría de estas novelas, los autores comienzan ya a tomar otra actitud frente a la historia, en consonancia con las nuevas aproximaciones de la ciencia histórica al pasado y presentan los rasgos definidos por Menton para la “nueva novela histórica latinoamericana”<sup>41</sup>.

Novelas históricas como *La pasión del mariscal Jorge Robledo* (1998) de Raúl Aguilar Rodas y *Balboa, el polizón del Pacífico* (2007) de Fabio Martínez, recuentan las historias de dos de los conquistadores más conocidos, el primero como el primer conquistador que sentó bases sólidas para la colonización de Antioquia y el segundo por haber descubierto el océano Pacífico. Ambos personajes históricos están relacionados en

---

<sup>41</sup> Recordemos que dichos rasgos son: 1) la subordinación de la reproducción mimética del periodo histórico a la presentación de ideas filosóficas (como la imposibilidad de conocer la verdad histórica, el carácter cíclico de la historia o la imprevisibilidad de la historia); 2) la distorsión consciente de la historia mediante omisiones, exageraciones y anacronismos; 3) la ficcionalización de personajes históricos; 4) la metaficción historiográfica, es decir, los comentarios del narrador sobre el proceso de creación; 5) la intertextualidad; y 6) los conceptos bajtinianos de lo dialógico, lo carnalesco, la parodia y la heteroglosia (Menton 42).

cierto sentido con el lugar de origen de cada autor: Aguilar Rodas por ser de Antioquia, el territorio “descubierto” por Robledo, y Martínez porque como vallecaucano siempre tiene como referencia marítima su salida por el océano Pacífico. La obra del antioqueño se encuentra enmarcada dentro de otras obras de tipo histórico, incluyendo libros sobre Cristóbal Colón y sobre uno de los cronistas importantes para los colombianos Pedro Cieza de León. Por otro lado, la obra del vallecaucano se enmarca dentro de su producción de literatura de viajes. Llama la atención de Pablo Montoya, en su libro *Novela histórica en Colombia (1988-2008): entre la pompa y el fracaso*, que Fabio Martínez en 2007, al igual que Juan José Nieto en 1844, se empecinen en aclarar por medio de una nota didáctica la veracidad de los hechos históricos. Según Montoya, “valdría la pena cuestionar esta actitud de escritores de ficciones, que saben por lo tanto de la esencia especular de la obra literaria, y que se empecinan en enaltecer la veracidad de ciertos discursos hechos sobre el pasado” (119). En este mismo aparte incluye la obra de William Ospina, quien en la primera década del siglo XXI volvió a llamar la atención de los grandes círculos editoriales en, Colombia y el mundo de habla hispana en general, sobre la conquista de América.

William Ospina alcanzó reconocimiento literario primero como poeta, algo significativo en un país como Colombia, donde, siguiendo a Montoya, la poesía y el ensayo son considerados como los géneros ideales por la “élite letrada” (107). El carácter poético es entonces clave en las novelas históricas de Ospina, *Ursúa* (2005) y *El país de la canela* (2008). Este lirismo ha sido un punto central en la recepción de su obra, cuya crítica se ha dividido entre quienes ven en esto una fortaleza y entre quienes lo ven como

una debilidad novelística. De acuerdo con Montoya, “hay quienes piensan que es el ingrediente poético el que hace de *Ursúa* una experiencia deslumbrante en la narrativa colombiana de los últimos años. Otros, por el contrario, consideran que es la exagerada presencia de este ingrediente lo que mitiga su eficacia narrativa” (108). En su obra poética, específicamente en *El país del viento* (1992) Ospina había tratado ya los asuntos de la conquista y algunos de los personajes de sus novelas históricas (Montoya 108). Por medio de la intertextualidad y su interpretación de la conquista, sus novelas se insertan en una tradición que viene desde los cronistas del siglo XVI hasta el realismo mágico del siglo XX: una visión de América como un sitio nuevo, incomprendido, exuberante y mágico donde el bien y el mal se confunden ineludiblemente. Una América “cruel y sangrienta, pero heroica en actitudes humanas y esplendorosa en paisajes” (Montoya 109). La intertextualidad se ejecuta con alusiones, tanto a Juan de Castellanos (1522-1606), Pedro Simón (1574-1628), Pedro Cieza de León (1520-1554) y Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), como a Pablo Neruda (1904-1973) y Gabriel García Márquez (1927-2014).

*Ursúa* es una obra voluminosa, de 490 páginas, que recrea la vida de Pedro de Ursúa (1526-1561) y su paso por Colombia, el Perú y su famosa expedición al Amazonas en busca del Dorado. Su virtuosismo en el manejo del lenguaje poético lleva a que, sin embargo, la novela sea lenta y pesada, “ya que su escritura se apoya en todo momento en largas y enumerativas descripciones de carácter poético” (Montoya 109). Escritores consagrados como García Márquez, quien la consideró como la novela del año, como Fernando Vallejo, el último gramático colombiano según Montoya, recibieron con gran

entusiasmo esta obra. Vallejo llegó incluso a decir que no conocía a nadie que “estuviera escribiendo una prosa tan espléndida como él” en español (112). Sin embargo, como novela histórica presenta algunas características frente al tratamiento literario de temas históricos característicos de la novela histórica decimonónica: el tratamiento épico de los sucesos y la entronización de una verdad histórica. Estos rasgos los comparte con otras novelas históricas contemporáneas, como la anteriormente mencionada *Balboa, el polizón del pacífico* de Fabio Martínez y *Muy caribe está* (2002) de Mario Escobar. Según Montoya, “[...] si lo épico pareciera ser comprensible en las novelas de Felipe Pérez, cuando la naciente novelística colombiana intentó contar, entre acentos románticos y con la naturaleza virgen como telón de fondo, el encuentro entre españoles e indígenas resulta menos esperable en los inicios del siglo XXI” (110). Sin embargo, en las obras del siglo XXI, a diferencia de las del XIX, se verifica un intento de revalorizar las acciones de los españoles.

#### La ficción histórica de Pablo Montoya

Pablo Montoya, al igual que Enrique Serrano, nació en el puerto fluvial petrolero de Barrancabermeja, en la siempre conflictiva zona del Magdalena medio. Cursó estudios de música en la Escuela Superior de música de Tunja y se graduó con título de filosofía y letras de la Universidad Santo Tomás en Bogotá. Posteriormente vivió en París durante once años y se graduó de la maestría y el doctorado en Estudios Hispánicos y Latinoamericanos en la Universidad de la Nueva Sorbona-París 3. A pesar de ser un escritor considerado como nuevo y relativamente desconocido, su obra literaria ha sido



reconocida múltiples veces<sup>42</sup>. Actualmente es profesor de literatura de la Universidad de Antioquia y docente invitado en la Universidad Eafit, donde aborda el curso de Novela Histórica de la Maestría en Hermenéutica Literaria. Ha sido, igualmente, profesor invitado en las universidades de Mar del Plata y la Nueva Sorbona-París 3, y coordina un taller de ensayo literario en la Universidad de Medellín. Su obra abarca los géneros de la novela, el cuento, el poema en prosa, el ensayo y la crítica literaria.

En su trayectoria literaria hay un diálogo constante entre la historia, la música, el viaje, el erotismo y las bellas artes en medio de situaciones de exilio y violencia. Sus libros presentan una visión del mundo en la cual se despliega un combate entre la desdicha y la ironía, la erudición y la desesperanza, en el cual el arte toma un papel fundamental para sublimar la experiencia humana. Como puede deducirse de su profesión como profesor universitario de literatura, su escritura maneja con cuidado el lenguaje y se encuentra cercana siempre a la poesía. En su libro sobre la novela histórica en Colombia podemos ver prefigurados los conceptos que utiliza, y que evita, al crear la novela histórica *Tríptico de la infamia*. Su criterio sobre la novela histórica y la literatura está

---

<sup>42</sup> En 1993 recibió el Primer Premio del Concurso Nacional de Cuento “Germán Vargas”; en 1999 la beca para escritores extranjeros del Centro Nacional del Libro de Francia por su libro *Viajeros*; en el 2000 el premio Autores Antioqueños por su libro *Habitantes*; en 2005 fue premiado por la Alcaldía de Medellín por su libro *Réquiem por un fantasma*; en 2007 fue el ganador de la beca de creación artística de la Alcaldía de Medellín para escribir el libro *El beso de la noche*; en 2008 obtuvo la beca de investigación en literatura otorgada por el Ministerio de Cultura que le permitió escribir *Novela histórica en Colombia, 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*; y en 2012 obtuvo la beca de creación literaria, en la modalidad de novela, de la Alcaldía de Medellín; en 2015 ganó la XIX Edición del Premio Rómulo Gallegos, uno de los más prestigiosos concursos de novelas en lengua española por el libro que estamos analizando.

igualmente definido por su posición frente a la tradición literaria y el mercado editorial en Colombia. Se ubica dentro de la tradición de escritores-críticos literarios que se configura en Baldomero Sanín Cano (1861-1957) y pasa a través de Darío Ruiz Gómez (1936- ), que rechaza el restringirse a los temas telúricos y busca un diálogo con la idea que tienen de la tradición literaria universal (occidental). De forma consciente, según lo dicho en su entrevista con Lorena G. Maldonado para el diario *El Español*, Montoya ha buscado mantenerse en un bajo perfil que le permite sacudirse de las modas, sin tener que responder ante las exigencias del mercado editorial. "Entiendo la labor del escritor como un acto de denuncia y la escritura como un ejercicio de disidencia", argumenta el autor.

Estas son entonces las coordenadas éticas desde las que escribe Montoya y para las cuales busca la soledad e independencia necesaria para desarrollar su obra: "da igual que tengas mucho dinero, da igual que seas un premio Nobel: escribir es aislarse, habitar un espacio periférico, escoger un rincón para retirarse y divisar el mundo que te rodea", le comenta en su entrevista a Maldonado, "Desde esa discrepancia vital con todo, uno puede ser mucho más libre. No estar sujeto a nada". Bajo esta óptica se hace comprensible su crítica a las novelas históricas de William Ospina y el haber seleccionado para su novela personajes históricos no colombianos. Continúa en la entrevista diciendo: "tengo reservas hacia la forma en que el intelectual o el artista se acerca a la escena pública: creo que así uno acaba absorbido por el espectáculo, por la farándula; el escritor se convierte en vedette". Ese impulso desde el que se canaliza su creatividad literaria lo lleva a sentirse como alguien extraño en la tradición literaria latinoamericana que señorea el mercado editorial, de la cual Ospina es:

Quien mejor ha asumido el compromiso literario en Colombia, y quizás en el mundo hispanoamericano actual, de ventilar en la literatura histórica la visión optimista de una América prodigiosa. Prodigiosidad manifiesta en autores que van desde los cronistas de las Indias, hasta los exponentes de lo real maravilloso y el realismo mágico. Ya se sabe—los últimos no han desaprovechado ocasión alguna para confirmarlo—que entre cronistas y escritores recientes hay una continuidad de evidente perplejidad a pesar de los siglos que los separan. Esto es lo que hace llamativa la novela de Ospina como fenómeno literario: ella pertenece claramente a una tradición. (*Novela histórica* 112).

Esta tradición se define por una búsqueda optimista de los signos distintivos de lo “profundamente americano”, lo que está marcado por la naturaleza única del nuevo mundo y trata de narrarse con un tono mágico realista, que simboliza la incapacidad de racionalizar la complejidad de la experiencia “americana” y que en medio de la tragedia y el dolor no deja de mirar el futuro con esperanza. La obra histórica de Ospina tiene entre los puntos de partida principales una de las primeras obras escritas en español sobre el continente americano: *Elegía de varones ilustres de Indias* de Juan de Castellanos. En su libro de ensayos *Auroras de sangre* (1999), Ospina se extiende en su valoración del cronista y otros conquistadores, en los cuales la catástrofe de los eventos históricos y el heroísmo se entremezclan. Por esto, la denuncia de la conquista se vuelve ambigua: “sugestiva ambigüedad esta de cantar al mismo tiempo la resistencia de los indígenas y la gran bravura de esos hombres que fundaron a América desde el crimen y el delito” (Montoya, *Novela histórica* 114). En su crítica de las novelas históricas de Ospina, Montoya hace evidente su recelo de las pretensiones de querer escribir un “canto total” de la “consciencia colombiana/americana”. La poca economía en el uso de adjetivos, la saturación de personajes secundarios, la excesiva descripción, la solemnidad y el

componente épico, son en síntesis lo que Montoya critica de Ospina y, por lo tanto, lo que intenta evitar en su novela.

### Estratos visuales de las conquistas y la violencia religiosa en el siglo XVI

Resulta por un lado sorprendente y por el otro comprensible la escogencia de estos tres pintores y el buen resultado de la trama en esta novela histórica de Montoya. En las crónicas escritas sobre el territorio que hoy ocupa la república de Colombia, existen numerosas historias olvidadas que merecen ser recreadas. Por este motivo, las crónicas han sido el gran punto de inspiración para las novelas sobre la conquista. Sin embargo, Montoya ha manifestado su derecho a novelar sobre asuntos que no sean relacionados con Colombia y su responsabilidad de no caer en las modas editoriales. Además, existe otro motivo fundamental para la selección de los personajes novelados en esta obra: Montoya hizo parte de la investigación “La visión del indio americano en el siglo XVI: entre la barbarie y la civilización” que hace parte del GEL (Grupo de Estudios Literarios) de la Universidad de Antioquia. Además, publicó en el *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia* su estudio, “La representación pictórica de los indios timucuas en Jacques Le Moyne y Théodore de Bry”, que le proporcionó las bases documentales para la novela.

El conocimiento histórico sobre Jacques Le Moyne fue muy limitado hasta entrado el siglo XX. Figuraba en notas bibliográficas al pie de página de libros etnográficos como ilustrador y escritor de una historia breve sobre la expedición de Laudonnière a la Florida. En 1922, el bibliotecario de la Sociedad Linneana, Spencer Savage, reconoció la autoría de Le Moyne de 59 acuarelas de plantas contenidas en un

pequeño volumen que había adquirido en 1856 el "Museo Victoria y Alberto", por sus finas ilustraciones del siglo XVI. Dicha identificación contribuyó con el reconocimiento de otros grupos de obras del mismo autor, que constituyen el núcleo de su obra conocida. Montoya se vale del relato y las pinturas de Le Moyne, para reconstruir, en tercera persona, su vida desde su temporada como aprendiz de cosmógrafo con Philippe Tocsin, pasando por la expedición de Laudoniere a la Florida, hasta su regreso a Europa, tras el fracaso de la expedición. Le Moyne terminó su carrera como artista muy respetado, y botánico del Londres isabelino, donde sus clientes incluían a Sir Walter Raleigh y a Lady Mary Sidney. En la segunda sección, dedicada a Dubois, vuelve a mencionarse a este pintor y en la tercera sección, dedicada a De Bry, lo encontramos exiliado en Londres bajo el nombre de Morgues. En 1588, Le Moyne falleció en Londres, y su descripción detallada del viaje *Brevis narratio eorum quae in Florida Americai provincia Gallis acciderunt*, se publicó en 1591.

Los primeros capítulos cortos de la primera sección transcurren entre el taller de Tocsin, la preparación de la expedición y la navegación hasta tierras americanas, que divisan en el capítulo 12. En algunos capítulos posteriores se dedica a detallar el desembarco en la Florida y la construcción del fuerte, basado en algunas de las ilustraciones del pintor. Ya que Le Moyne era el pintor oficial de la expedición, tenía permiso para interactuar por más tiempo con los indígenas, creando amistades y reflexionando sobre sus costumbres. Al respecto, Francisco Solano considera que esta sección de la novela "logra sus mejores páginas en el episodio en que el pintor y un indígena se pintan mutuamente el cuerpo en una transacción artística de colores y

símbolos, ‘una representación vital de lo incógnito’ que busca oponerse al encuentro sanguinario de los dos mundos”. Sin embargo, no deja de expresar el horror frente a las costumbres de estas tribus guerreras con respecto a sus enemigos, rematados con los mazos y descuartizados (58).

En el capítulo 31, cuando se instaura una relativa calma en el fuerte, el pintor tiene tiempo para reflexionar sobre algunos hombres entre los indios “que ejercían faenas femeninas y que, en ciertos momentos se comportaban como verdaderas mujeres” (67). Las diferencias entre los géneros asignados en la cultura occidental y aquellos de algunas culturas indígena ha sido un asunto mencionado desde las crónicas, pero condenados u obviados a causas de los prejuicios. Este tema, que se ha convertido un punto central en los estudios culturales debido a su centralidad en cuanto a la opresión cultural hacia las mujeres y los hombres que salen de las normas del heteropatriarcado, es atinadamente abordado por Montoya. Reflexiona, claro está, como un escritor liberal del siglo XXI, pero se conecta con las percepciones del pintor sensible y tolerante que recrea en la novela. Menciona que no ejercían su posición social a escondidas, sino que desempeñaban un papel visible e importante en la comunidad, “solo tenían prohibido participar directamente en las guerras” (67). Es más, “su rol los hacía deslizarse, sin que hubiera culpa o pudor en ello, de un sexo a otro” (67). Según afirma el narrador, Le Moyne los dibujó varias veces y los describe como individuos que se ocupaban de faenas relacionadas con la agricultura y el mantenimiento de los hogares, pero a la vez se encargaban de tareas rudas, ya que podían llegar a ser más fuertes que los guerreros.

Hablando con su novia en América, Caroline, Le Moyne presenta una actitud muy abierta hacia la homosexualidad en la novela. Cuando Caroline comentaba que tal vez eran los indios más bellos pero que era una lástima que cometieran el pecado nefasto (homosexualidad), Le Moyne replica que no debería hablar como una católica española, ya que en eso no había falla alguna (69). El resto de esta sección se dedica a narrar las divisiones internas en la expedición: mientras Laudoniere buscaba a toda traza la paz con los indígenas, único medio de subsistir en esas tierras, algunos hombres de la expedición se rebelaron y enemistaron con los indígenas. Las mismas contradicciones internas de un grupo que buscaba la tolerancia en otras tierras los debilitó al punto que no pudieron resistir a un ataque español, al cual muy pocos pudieron sobrevivir.

La sección dedicada a François Dubois, es por completo un diálogo interno del pintor, en el cual recuenta algunos hechos importantes sobre su pasado y reflexiona sobre sus tiempos, el arte y la religión. Dubois fue un pintor francés, de religión hugonote, nacido en Amiens. Su única obra conservada es la más conocida representación de la Matanza de San Bartolomé el 24 de agosto de 1572, cuando los católicos parisinos atacaron y dieron muerte a sus conciudadanos hugonotes. Se desconoce si el propio Dubois estuvo presente durante los sucesos, pero consta que un pariente cercano, el cirujano Antoine Dubois, murió en la masacre. Dubois huyó a Lausana para escapar de la persecución y allí otro refugiado, un banquero de Lyon, le encargó la pintura para conmemorar la masacre. En la reflexión ficticia del pintor, hay alusiones a Erasmo, Rabelais y otros humanistas. Se concentra en las contradicciones de su tiempo, un siglo de luz tan lleno de oscuridad. En esta sección, reaparece Ysabeu,

personaje de los primeros capítulos de la primera sección. A través de ella se habla del fracaso de la expedición de los hugonotes franceses para establecer una colonia en América, es decir, el fracaso de crear un mundo propio sin persecuciones e intolerancia. Se habla de esta expedición según lo que se comentaba en la época, usando otro punto focal para darle mayor profundidad a este evento histórico.

Aprovecha también el autor para hablar, en esta sección dedicada a un personaje del que se sabe tan poco, de la situación político-social de Europa y lo sucedido alrededor de la corte de Felipe II. Termina refiriéndose a la masacre de los hugonotes en París, partiendo de su propio cuadro. El cuadro muestra dos de los momentos de la matanza que con mayor frecuencia aparecen repetidos en grabados e ilustraciones de libros: la reina madre Catalina de Médicis inspeccionando a las puertas del Louvre los cuerpos de los asesinados, al fondo a la izquierda, y a la derecha el asesinato del mariscal Gaspar de Coligny, líder del partido hugonote, defenestrado desde una ventana de su palacio.

La última sección es dedicada a Theodore de Bry (1528-1598), tal vez el personaje más complejo de todos. Tal vez por esta misma razón, esta sección no se construye de manera tan monolítica como las anteriores (crónica y reflexión o diálogo interno), sino que alterna entre la narración de hechos importantes en su vida, la descripción de sitios fundamentales en su obra y la inserción de las voces de otros personajes históricos a quienes les publicó sus obras. Entre estos se encontraba el propio Dubois. En “La tabla de Ginebra” leemos la recreación de las reuniones para planear un proyecto con Etienne Delaune de un libro sobre la matanza de San Bartolomé. Les piden



a Motaigne que escriba el texto y Delaune aporta una copia del cuadro de Dubois, que ya había muerto en Ginebra.

El tono en esta sección se acerca más a la metaficción historiográfica. Es menos personal en cuanto al personaje y menos absoluto que el de las primeras secciones. A veces toma la actitud de alguien que conoce un tema de oídas, pero no está seguro sobre la realidad de lo sucedido. Al final, sin embargo, entra en una reflexión muy íntima sobre la masacre, el exterminio y el destino de la humanidad. De Bry fue un orfebre, grabador, cartógrafo, autor, coautor y editor de libros ocultistas y de historia de América. Nació en la ciudad de Lieja, pero vivió también en Estrasburgo, Fráncfort, Amberes y Londres. Estrasburgo era entonces una ciudad próspera con una gran reputación artística, ya que acogió a muchos artistas que huían de las guerras religiosas en Francia, en particular para las áreas de la orfebrería y el grabado. En Fráncfort fundó un taller de grabado, imprenta y editorial de libros bajo el cual se publicaron directamente cerca de doscientos libros, incluyendo una famosa serie de obras ilustradas de las Américas, el libro de los emblemas, y las obras de alquimia de Robert Fludd y Michael Maier. Sus planchas de grabado se usaron en otras ediciones.

De Bry, como editor, autor y coautor de libros, se dedicó en gran medida al descubrimiento de América y es considerado como uno de los fabricantes iniciales más prolíficos de las leyendas negra y blanca respectivamente. En la novela, De Bry se justifica sobre su papel como dispersor de la leyenda negra: “mi propósito no ha sido manchar el nombre de España ni el de la iglesia católica. Ambas, mucho antes de que mis libros se editaran y se difundieran en las ferias de Fráncfort y Leipzig, ya estaban ahí”

de ignominia. Tan solo he procurado, a través de mis grabados, denunciar”. (274-75). Alternaba ediciones de ocultismo con numerosas ediciones de libros sobre América, dedicados a reyes y otros nobles. Estos últimos se apoyaban coeditando con personajes de prestigio en la época, buscando darles verosimilitud a sus libros, como Carolus Clusius, el ilustrador Jacques Le Moyne de Morgues, quien le proporcionó informes, relatos, dibujos y motivos para sus grabados de amerindios del norte, Thomas Harriot, científico inglés, etnólogo, embarcado como técnico del corsario Walter Raleigh. La representación de los indígenas, claro está, se encuentra mediada por el filtro focal de los pintores europeos, que sin embargo insinúan levemente la otredad de estos pueblos:

Ahora bien, en estas imágenes no hay ninguna homogeneidad indígena. Los indígenas son representados, es verdad, con los rasgos de la estética europea. Pero poseen los contornos de una alteridad extraña. Son hombres diferentes ubicados en otra coordenada de la historia, confrontados con dioses que Staden y la mayoría de sus contemporáneos no quisieron ni pudieron entender (228).

La leyenda negra se dedicó a España y a la Iglesia católica. La leyenda blanca se dispuso al servicio de Inglaterra y de sus aliados con bandera de conveniencia para América, tales como Francia y Holanda. La leyenda blanca fue acentuada en el entorno histórico de la época de fundación de la colonia de Virginia, fundada por Raleigh, o con John White, líder que aparece en calidad de coautor en la portada de sus libros. En sus múltiples ediciones dedicadas al nuevo mundo, trató de forma muy distinta a los amerindios en el entorno de las aspiraciones políticas de Inglaterra y sus aliados en la «causa» del «Nuevo Mundo» (los de la América del norte o costa atlántica del norte o de Virginia) y a los del ámbito de España, estos eran dibujados como cuasi demonios junto a los españoles, tal

con uñas demoníacas, y que entre otros muchos rasgos de esta índole incluían el canibalismo habitual, cultural o costumbrista.

En contraste, los indígenas de Virginia o del ámbito de la Florida se representaban como poblaciones muy ordenadas, al estilo geométrico u ortogonal europeo, y dibujaba a britanos con los típicos tatuajes amerindios de piel, de gran significado sociocultural en toda Amerindia, de forma que evocaran al público una analogía mítica/mística clara con los de las antiguas tribus de pictos o britanos de Inglaterra. En sus grabados, los indígenas de Virginia comían tradicionalmente grandes pescados frescos mientras que los del ámbito de España o de la Florida, cocinados en un mismo acto, comían perros, serpientes, cocodrilos y toda clase de alimañas. A pesar de que Montoya parece compenetrarse y adoptar él mismo la posición que le atribuye a De Bry sobre los hechos de la conquista, no deja pasar por alto el sesgo que beneficia a los protestantes, en contra de los católicos españoles y sus aliados indígenas, en su obra:

En primer lugar, está el verdadero hombre cristiano, el reformado—para mejor decirlo—, como punto de valoración de los actos que suceden. Estos se presentan entre los bárbaros indígenas y los crueles españoles. Ferocidad y saña que se confabulan para construir el trauma cultural que llamamos descubrimiento y conquista de América. De hecho, se podría decir que esa es la conclusión a la que se llega después de mirar los más de trecientos grabados que integran la colección completa salida del taller de los De Bry: la violencia suscitada por el encuentro entre dos pueblos excesivos que jamás debieron encontrarse—los indígenas politeístas de América y los españoles católicos de Europa—se debe a que en este cruce no estuvo presente la misión protestante” (227).

Uno de los colaboradores afines a De Bry, Girolamo Benzoni, viajó a las posesiones españolas en el Nuevo Mundo en 1541 y publicó su historia de las «Indias occidentales españolas» en 1565. Su texto, libremente adaptado de otras obras, se hizo famoso por su

acusación de los españoles. Fue rápidamente traducido al latín, francés, alemán y holandés. En 1583, año de la fundación de la «colonia de la Virginia», se hacía la primera traducción al inglés de la obra de Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, con el título de *The Spanish Colonies* e ilustrada con los grabados de la editorial de De Bry. Esta edición provenía de la francesa, publicada en Amberes en 1579, que a su vez era una traducción de 1552 de la *Brevísima*. La alemana en 1597 y la latina de 1598 fueron igualmente ilustradas con las planchas de Theodor de Bry. Esta obra de Las Casas se reeditó nuevamente en inglés con los grabados de la editorial de De Bry en 1656, compuesta por un sobrino de Oliver Cromwell con el título *Las lágrimas de los indios: un relato histórico y verdadero de las crueles masacres y matanzas de más de veinte millones de personas inocentes, cometidas por los españoles*. Estaba destinada, en parte, a justificar la conquista militar británica de la Jamaica española durante la Guerra anglo-española (1655-1660).

#### La huella de fray Bartolomé de las Casas

Entre los historiadores en general, de acuerdo con Lewis Hanke en el prólogo a su edición de *Historia de las Indias*, De las Casas no cuenta con muy buena imagen (X). Esto se debe, sobre todo, a las exageraciones en las cifras de *Brevísima*, donde siempre se habla de millones de muertes, y su sensacionalismo tendencioso. Sin embargo, y siguiendo a Hanke, no debe obviarse el valor histórico de otra de sus obras históricas, que se muestran metódicas y bien documentadas, ni hay que perder de vista que el objetivo de *Brevísima* era mover corazones y promover leyes en defensa de los indios. En *Tríptico de*

*la infamia*, Montoya muestra su acuerdo con el carácter propagandístico y de denuncia de esta obra:

De las Casas escribió un libro excesivo. La verdad es que, pese a ello o por ello mismo, está mal escrito si se piensa en la pureza gramatical y en las elegantes ondulaciones de la imaginación. Su ritmo es atropellado, como atropellados el esquema narrativo y las escenas que se suceden. Monotonía salvaje en las descripciones, cargadas de inventarios sin preocuparse de las exigencias del buen lector. Pocas ideas planean allí y, en cambio, insiste sobre los mismos temas con obsesión maniática [...] De las Casas sabe, de principio a fin de su folleto, que no hay que ser culto, ni fino, ni gramático [...] y que la ponderación literaria no sirve de nada ante la realidad del mal. (282)

Por el contrario, en *Historia de las Indias*, De las Casas cita profusamente a historiadores caldeos, egipcios, griegos, hebreos, romanos y cristianos<sup>43</sup>, y conserva un tono más objetivo y sereno y fundamenta extensamente sus afirmaciones<sup>44</sup>. Sus conocimientos de las ciencias, la cosmografía y las artes clásicas resaltan cuando se decide a explicar las razones de la seguridad que tenía Colón de encontrar tierra al otro lado del Atlántico (capítulos V al XVII). Además, llama la atención su interpretación de la evolución de los pueblos, que no coincide con la visión estática que Georg Lukács les asigna a los historiadores anteriores a la revolución francesa (20): De las Casas cree en una evolución o progreso de la civilización de los pueblos al estar en contacto con otras civilizaciones (*Historia* 15-16). Generalmente se reconoce a De las Casas como el cura defensor de los

---

<sup>43</sup> En los capítulos VI y VII, cita no solo a griegos y romanos sino también a “muslimes” como Avicena y Averroes. Menciona incluso una teoría, a partir de lo que dice Marsilio en una obra de Platón, sobre el movimiento de tierras y mares que explica aparición y desaparición de tierras en el mar, algo parecido a la teoría de placas tectónicas.

<sup>44</sup> Sin dejar de criticar el comportamiento de los españoles, no solo en la conquista de América sino también de las islas Canarias, en cualquier ocasión.

indios o un hipócrita que promovió la esclavitud africana, el precursor de los derechos humanos o el creador de la leyenda negra. Sin embargo, estas etiquetas simplistas se han ido enriqueciendo con la edición de algunas de sus voluminosas obras inéditas, como menciona Esponera Cerdán. Los títulos de antiespañol y anti-negro, han venido así matizándose dentro de la comprensión del contexto en el que tuvo que vivir

No es sencillo ponderar la influencia del obispo de Chiapas, fray Bartolomé de las Casas, en la política, la religión, la historia, la literatura y la cultura moderna en Latinoamérica. Más allá de su voluminosa obra escrita, fray Bartolomé fue un activo político y religioso que durante medio siglo promovió leyes en diferentes partes de las Américas, en las cortes españolas y ante la iglesia. Además, se encargaba de escoger a quienes viajarían en su orden a las Américas, porque ya sabía que muchos sacerdotes simpatizaban o no eran capaces de enfrentarse al poder de los encomenderos. Más allá de las polémicas en torno a su figura histórica, el discurso del padre De las Casas ha tenido una influencia constante en las Américas. Dos siglos después de su muerte, influyó a personajes como Fray Servando Teresa de Mier, Simón Bolívar y José de San Martín. En el presente, el levantamiento de los indígenas en Chiapas, las nuevas ediciones de sus obras, el libro de Montoya, entre otras cosas, demuestra la vigencia de sus escritos. La influencia política que tuvo en su época fue de tal magnitud, que su origen aun parece ser enigmático. Es cierto que su tenaz actividad en contra de las conquistas y a favor de la creación de mecanismos legales fue sin par, pero, además, parece existir una gran recepción de sus consejos y discursos en las cortes del imperio. Este poder llegó a ser tal que truncó los planes de poderosas empresas transatlánticas, que tenían que estar

fundadas en poderes políticos y económicos considerables. Los sucesos políticos desde mediados del siglo XVI en América no pueden ser entendidos sin tomar en cuenta al obispo de Chiapas y las crónicas de Indias escritas en los siglos XV y XVI,

*La Brevísima relación de la destrucción de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas circuló libremente en España y otros países de Europa, antes de ser censurada. Esta obra, dedicada al hijo de Carlos V, quien sería luego rey de España como Felipe II, es una fuerte denuncia en contra de los conquistadores y los encomenderos españoles en América. De las Casas no fue el primero en defender la causa indígena, pero fue quien la llevó a su punto más alto. Desde entonces, todas las obras, incluyendo las crónicas de sus contemporáneos, van a estar marcadas por su obra: inevitablemente deberán tomar una posición, así sea velada, frente a las conquistas. Estas mismas posiciones, a favor o en contra de los planteamientos de De las Casas, se replicarán en la literatura republicana desde el siglo XIX. En consonancia con esto, las aproximaciones de las novelas históricas colombianas a los hechos de la conquista no han variados mucho y, en cierto sentido, reproducen las interpretaciones reflejadas por los cronistas del siglo XVI y XVII con respecto a la conquista. El “Sermón de Montesinos” (1511), predicado públicamente en Santo Domingo por fray Antonio Montesinos, en nombre del primer grupo de dominicos que llegaban a las Américas, fue decisivo en la formación de su criterio para la defensa de los indios. Se incluían ya allí las preguntas alrededor de las cuales giraría en adelante la polémica sobre el indio:

¿Estos no son hombres? ¿Con éstos no se deben guardar y cumplir los preceptos de caridad y de la justicia? ¿Estos no tenían sus tierras propias y sus señores y señoríos? ¿Estos hannos ofendido en algo? ¿La ley de

Cristo, no somos obligados a predicársela y trabajar con toda diligencia de convertirlos? (6).

Además del cuestionamiento de las prácticas de los colonizadores en América, el discurso los condenaba expresamente desde el punto de vista religioso: “Todos estáis en pecado mortal, y en él vivís y morís, por la crueldad y tiranía que usáis con estas inocentes gentes” (6). Según De las Casas, dicho discurso causó gran enfado entre los colonizadores, quienes pidieron que Montesinos se retractara. Sin embargo, los dominicos fueron consolidándose en su posición con respecto a este tema. El motivo principal del enojo y el enfrentamiento de los colonizadores con los religiosos era que, como lo expone Friede, la libertad del indio y su derecho a la libre disposición de sus tierras, bienes y mano de obra hubiera significado en la práctica el fracaso de los proyectos de enriquecimiento de los colonizadores, en cuyas empresas habían invertido diversos interesados. Las tierras habitables y con territorios cultivables estaban densamente pobladas por los indígenas y la colonización de las tierras vírgenes era una empresa inviable para quienes no conocían los secretos de la tierra. La posesión de las tierras indígenas y la disposición de su mano de obra eran entonces fundamentales para el éxito colonizador, que necesitaba de la mano de obra gratuita de unas comunidades que conocían los secretos de la ubicación y la extracción de las riquezas de la tierra. Desde el “Sermón de Montesinos” comenzó entonces una larga batalla política que por medio de largas discusiones intentaba justificar leyes que favorecieran los diferentes intereses. Ya que la Corona había decidido establecer colonias en ultramar e incorporar a las comunidades nativas americanas al imperio español, estos problemas de tipo legal y



religioso, para los cuales era insuficiente la antigua legislación sobre moros y judíos, ocuparon a la corte durante la primera mitad del siglo XVI.

A pesar de que en la práctica la visión negativa, o deficiente, sobre el indígena pareció imponerse en ambos lados del Atlántico, las tesis indigenistas tuvieron bastante fuerza en el siglo XVI, no sólo entre los indios y los religiosos, sino también en el Consejo de Indias, lo cual queda consignado en la promulgación de las Leyes de Indias de 1512, donde se define la protección del indígena de los malos tratos de los conquistadores. La simpatía de las esferas oficiales hacia el indio se acrecienta alrededor de 1540 debido a la actividad de Fray Bartolomé de las Casas, quien contaba con una gran influencia en la corte, y al descubrimiento del Perú con sus enormes riquezas. Esto último hizo resurgir entre las capas dirigentes de la Metrópoli el temor de ver renacer en el encomendero americano al arrogante y poderoso señor feudal, sometido en España tan solo recientemente. En miras a la unidad política y administrativa del reino, era importante entonces favorecer a los nuevos vasallos indios, para contrarrestar el poder de esa nueva y rica clase social que consolidaba en América. Teniendo esto en cuenta esto, puede entenderse el favorecimiento de la corte a las ideas lascasianas. Como expone Juan Friede en su ensayo “Fray Bartolomé de las Casas, exponente del movimiento indigenista español del siglo XVI”:

Las ideas indigenistas de Fray Bartolomé no son exteriorizaciones de la mente de un exaltado, de ‘un idealista’, sino que el fraile dominico fue, por el contrario, un exponente del fuerte movimiento social, el indigenista, movimiento que tenía hondas raíces en la estructura social de España y América del siglo XVI y que encontraba un franco apoyo en vastas capas sociales (239)

En *Tríptico de la infamia*, Montoya reconoce la existencia de los dos partidos mencionados por Freire:

En realidad, una corriente colonialista luchaba con una indigenista. La primera impuso su política expoliadora basada en la convivencia física de ambos pueblos. La segunda se pertrechó de un humanismo escolástico y propuso la separación de los dos grupos para así detener las injusticias. Ginés de Sepúlveda, amparado en un aristotelismo escalofriante, argumentaba que esas guerras desiguales eran justas y que los colonos tenían el derecho de sujetar a seres que demostraban su disponibilidad a la esclavitud” (277).

Tras la famosa polémica entre Bartolomé las Casas y Ginés de Sepúlveda, quienes representaban los partidos contrarios, las obras del primero recibieron la autorización para ser publicadas, mientras que las de Ginés de Sepúlveda fueron prohibidas. Además, fueron promulgadas las Nuevas Leyes de Indias, que protegían a los indígenas, dándoles la misma categoría como siervos del rey que a los colonos. Esto originó encarnizados enfrentamientos en las colonias americanas, ya que los colonizadores asumieron la actitud de acatar, pero no cumplir dichas leyes. En la práctica y ante la lentitud y las dificultades en las comunicaciones, el efecto de dichas leyes no obtuvo el impacto esperado.

#### La otra cara de la moneda: la “inferioridad natural” de los indios

Por el otro lado, los discursos en contra de la igualdad de los indios, piedra angular del partido político opuesto a los lascasianos, se han suavizado en su forma, pero no en su contenido. Los defensores de este punto de vistas no eran tampoco exaltados fanáticos sino elocuentes e ilustrados intelectuales como Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) y Ginés de Sepúlveda (1494-1573). Aunque la obra de Sepúlveda, *Democrates*

*alter, sive de iustis belli causis suscepti contra Indos*, fue prohibida en España, es relevante detenernos un poco en ellas, ya que reflejan los argumentos de un importante letrado—filósofo, jurista e historiador—para justificar las guerras contra los indios. La obra de este prestigioso filósofo en su tiempo y traductor de Aristóteles tiene la forma de un diálogo, al estilo socrático, entre Demócrates y Leopoldus. En la traducción de esta obra por parte de Menéndez Pelayo, este último en su “Advertencia preliminar”, reconoce que en esta obra su autor se inclina “con más o menos circunloquios retóricos a la teoría de la esclavitud natural” (258). Pero, sobre todo, Menéndez Pelayo reconoce, aunque con la intención de reivindicar dicha obra, algo que más adelante será uno de los puntos principales de los estudios decoloniales latinoamericanos: El modo de pensar de Sepúlveda “no difiere mucho del de aquellos modernos sociólogos empíricos y positivistas que proclaman el exterminio de las razas inferiores como necesaria consecuencia de su vencimiento en la lucha por la existencia” (258). El partido de los encomenderos no estaba pues compuesto por fanáticos, ignorantes y rudos soldados, sino también por ilustrados humanistas que están más cerca al despotismo ilustrado del siglo XVIII.

En el diálogo desarrollado en la obra se discute en qué circunstancias una guerra es legal o no. Inicialmente, Leopoldus se opone como cristiano a cualquier tipo de guerra, pero en el transcurso del diálogo Demócrates le demuestra que algunos tipos de guerra si son legales. Cita en un principio tres causas de guerra legítima: defensa, recuperación de bienes arrebatados injustamente y castigo de las injurias. Además de estas tres dice más adelante que:

Hay otras causas de justa guerra menos claras y menos frecuentes, pero no por eso menos justas ni menos fundadas en el derecho natural y divino; y una de ellas es el someter con las armas, si por otro camino no es posible, a aquellos que por condición natural deben obedecer a otros y rehúsan su imperio. Los filósofos más grandes declaran que esta guerra es justa por ley de naturaleza. (289)

Ante la sorpresa de Leopoldus, quien considera que dichos razonamientos están muy alejados del “común sentir de los hombres”, Demócrates afirma que lo que ha afirmado es común entre filósofos y que es conforme con la “ley natural”. Al preguntar Leopoldus quienes tienen la buena estrella de ser amos y quienes la mala estrella de ser esclavos por naturaleza, Demócrates responde que: “Los que exceden a los demás en prudencia e ingenio, aunque no en fuerzas corporales, estos son, por naturaleza, los señores; por el contrario, los tardíos y perezosos de entendimiento, aunque tengan fuerzas corporales para cumplir todas las obligaciones necesarias, son por naturaleza siervos” (293).

Después de esto pasa a justificar en ejemplos históricos por qué los españoles entre todos los pueblos merecen ser señores. Aquí es interesante la lista de personajes españoles notables, ya que incluye tanto a representantes hispanorromanos (Lucano, Silio Itálico, los dos Séneca) e hispano-visigodos (San Isidoro) como andalusíes (Averroes y Avempace) y, finalmente castellanos (el rey Alfonso).

Sepúlveda considera que es un gran bien para los vencidos en estos casos estar sometidos para aprender la “humanidad” de los cristianos y obligarlos a la “justicia”. En cuanto a los nativos del Nuevo mundo considera que: “son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentales y templados, y estoy por decir que de

monos a hombres” (305). Nuevamente, el mismo discurso que algunos ilustrados deterministas y ambientalistas. Las virtudes de los españoles se concentran en la fortaleza, la humanidad, la justicia y la religión, y está cifrada solo en “los príncipes y de aquellos de cuya industria y esfuerzo ellos se valen para administrar la república: hablo, en suma, de los que han recibido educación liberal” (307). Notemos nuevamente que entre los encomenderos no se encontraban solamente supersticiosos, ignorantes y fanáticos, sino que ilustrados que se consideraban liberales, nuevamente, despotismo ilustrado. Literalmente considera a los españoles como una raza de “hombres cultos y nobles y en las costumbres e instituciones públicas” (307.)

Reconoce que también hay entre los españoles algunos “malos” e “injustos”, “depravados y semejantes a siervos, a los cuales esta nación, más que otra alguna, odia y detesta, aunque haya ciertas virtudes comunes a casi todas las clases de nuestro pueblo, como la fortaleza y el esfuerzo bélico, del cual las legiones españolas han dado en todo tiempo ejemplos que exceden á toda credibilidad humana” (307). Obviamente, para él los conquistadores y encomenderos no se encuentran entre ellos. En cuanto a los indígenas, a quienes llama “hombrecillos”, comenta que en ellos “apenas encontrarás vestigios de humanidad, que no sólo no poseen ciencia alguna, sino que ni siquiera conocen las letras ni conservan ningún monumento de su historia sino cierta obscura y vaga reminiscencia de algunas cosas consignadas en ciertas pinturas, y tampoco tienen leyes escritas, sino instituciones y costumbres bárbaras” (307). No son pues razonamientos puramente religiosos y supersticiosos sino elaboraciones desde el punto de vista de la tradición grecorromana. En otras palabras, siguiendo a Popper, historicismo puro.

## Interpretación del pasado según la estructura de la trama y las estrategias literarias

Montoya, como autor y crítico literario a un mismo tiempo, es consciente de los elementos necesarios, y sus proporciones, para escribir una novela histórica que cumple con las exigencias de la crítica: evita buscar una totalidad narrativa o una totalidad histórica, deja en suspenso los límites entre la ficción y la historia, desarrolla el interior de sus personajes, y posee una documentación privilegiada sobre el tema, incluyendo la revisión en los archivos de libros, pinturas y grabados originales. Reconoce, sin embargo, que ni la documentación más extensa puede revivir el pasado como fue: “creo que todo intento de reproducir el pasado está de antemano condenado al fracaso porque solo nos encargamos de plasmar vestigios, de iluminar sombras, de armar pedazos de vidas y muertes que ya fueron y cuya esencia es inasible” (275). Este reconocimiento de la imposibilidad de reproducir el pasado, le permite entonces usar allí la creatividad, las técnicas literarias y su prodigioso manejo del lenguaje, para revivir un pasado paralelo y verosímil, un pasado en el que nos podemos mirar desde el presente.

En las primeras dos secciones el formato narrativo es más homogéneo, uno en forma de crónica y el otro en diálogo interno, algo que se fragmenta en la última sección, la cual es la más compleja y reflexiva en cuanto a la historia y la posición del hombre frente a las maquinarias de enriquecimiento y destrucción. En el capítulo “El libro” (207-11), se encuentra de Bry con la obra de De las Casas, que lo impacta profundamente. El narrador se acerca a De Bry, lo observa, pero no está seguro de lo que piensa. Sin embargo, no se detiene al suponer, y argumenta hechos que no le son “difíciles de imaginar”, como que en el momento en que leyó el libro de De las Casas se decidió a

ilustrarlo. En el capítulo, “Lieja”, la voz del autor surge en la Universidad de Lieja viendo un grupo de grabados de De Bry. Luego, un grupo de inmigrantes árabes le ofrecen hachís, a lo que él se rehúsa. Sin embargo, pareciera entrar en el efecto de trance del hachís, ya que comienzan a pesarle los pies y confunde las imágenes que ve. Le parece reconocer a De Bry. Lo saca de su ensimismamiento una señora que le pregunta algo en un francés de turista, como el de él. (229-232). En el capítulo titulado “Encuentro”, la voz del autor surge en Fráncfort. Explica que está haciendo sus investigaciones como parte de una beca que recibió para terminar su novela. Mientras recorre las calles de la ciudad, y al mencionar los estragos que la Segunda Guerra Mundial dejó en la ciudad, relaciona los horrores cometidos por el hombre contra el hombre en el siglo XVI y en el siglo XX.

En dicho capítulo Montoya nos sumerge en una narrativa en la que, a propósito, difumina las fronteras entre lo ficticio literario, lo histórico y lo contemporáneo. En medio de su investigación imagina a De Bry hablando con artistas de su tiempo, pero no son ellos quienes entran en el mundo de Montoya sino al contrario:

Es evidente que no me ven y tampoco a las gentes que les pasan al lado [...] Soy consciente de que esta circunstancia espectral me favorece. Aprovecho para detallarle las manos, que tiemblan en todo momento y están aporreadas por las quemaduras de su oficio [...] Bordeamos el Museo de Historia de Fráncfort, en donde tampoco he hallado rastro alguno de él en mi visita, y llegamos al río. Estoy casi rozándolo” (263-64).

La voz narrativa del autor-investigador, se acerca y se identifica con el grabador belga, parece que busca consuelo en una conversación con él. Se imagina hablándole sobre los horrores de su época: “los campos de concentración, las hambrunas y el sida, las bombas atómicas, la manipulación genética, la industria nuclear, las multinacionales de la

alimentación carnívora, la venta de armas, la prostitución internacional, el negocio de las drogas, la escasez de agua, la explosión demográfica, el deshielo de los polos” (265). Esto lo imagina, “no para angustiarse sino para consolarlo”, ya que, a pesar de “las comodidades de la tecnología y las bondades de la ciencia” nuestro tiempo en el siglo XXI es quizá más pavoroso que el de él, en el siglo XVI. Sin embargo, concluye aceptando que esta conversación no es posible, “porque Théodore de Bry y yo no podemos hablar y jamás lo haremos” (266)

La forma en que se organiza la trama de la novela la acerca a una tragedia, en términos de Hayden White, donde solo se dan liberaciones parciales de los individuos y no en ocasiones festivas. Sobre la época en que vivieron los tres protagonistas, el siglo XVI, Montoya supone los pensamientos de De Bry, a través de su obra de denuncia: “tenía la impresión de que el mal se había afianzado en su época y que, de cualquier forma, era menester enfrentarlo” (206). Aunque muchos enfrentaron este mal “desde los púlpitos”, “en el retiro de los monasterios y de los conventos”, viajando para “enseñar el bien y educar para la paz”, “él pensaba que había una fuerza negativa surgida de lo más profundo de la naturaleza humana que iba en contravía de los planes bienhechores de la providencia. Y que esta fuerza, en el fondo, era indestructible” (206-07). Imaginando que esta fuerza que se había afincado en la cultura, especialmente en dicho siglo, para continuar hasta nuestros días, el autor sigue suponiendo lo que piensa De Bry: “Pero acaso él diga que el hombre ha sido, es y será siempre una criatura devastadora, y el padecimiento por el provocado, por una razón u otra, la constante de la historia” (265-



66). Es, en definitiva, una visión de la historia como tragedia constante, una tragedia configurada en el siglo de las conquistas.

Aunque considera que hay momentos de redención en la soledad, en los rituales cotidianos, con la familia y por medio del arte, estos no logran infundir un optimismo como el que observamos en la tradición indianista que desemboca en muchos de los escritores del Boom y en algunos de sus contemporáneos, por ejemplo, en William Ospina. Al respecto, continúa imaginando su conversación con De Bry:

Quisiera detenerlo para que hablemos sobre estos temas. Decirle que, al contrario de lo que él y yo opinamos, hay grandes optimistas que creen que con cada ser humano que nace los ciclos de la vida se renuevan, que en nuestro ser habita un no sé qué de sustancia divina, que como supremas compañías están la música, la pintura, la filosofía y la poesía. Que algunos ciertos elegidos de la inteligencia piensan que ante el ciclo eterno de la violencia prevalece una victoria progresiva de la razón [...] (266).

La novela concluye con una especie de ceremonia simbólica en casa de De Bry, por medio de la cual se lleva a cabo la mayor parte de esa liberación parcial:

Trae tú una vela, y tú otra, dijo señalando a los hijos. Tú, Catalina, prenderás una en homenaje al padre De las Casas. Por darnos ese libro suyo que es un faro en medio de la noche más aciaga y enseñarnos la negación de toda violencia. La otra la encenderé yo, aunque sé que no es suficiente y tampoco tendría las velas necesarias para dulcificar sus dolores, y si las tuviéramos no creo que cupieran en esta ciudad, para recordar a nuestros hermanos en persecución. Después haremos lo que tú dices, Jean-Théodore. Descansaremos un poco. Trataremos también de olvidar un poco. Porque es deber hacerlo antes de llegar al fin (300).

En cuanto al papel que toman los actores históricos en la historia y la organización de tipo histórico, la novela es representacional, usa la metáfora, en una manera formista. Es decir, no busca una reducción por medio de leyes históricas, sino que simplemente representa los hechos históricos en palabras. Podríamos decir también que es

contextualista, ya que el análisis de los hechos históricos se hace siempre en función de un contexto mayor. No se presenta la idea de una naturaleza cíclica como en la obra de Enrique Serrano que analizamos en el capítulo anterior, ni los personajes son representantes de las corrientes históricas del momento. Es una oscuridad que rodea el mundo de los personajes, quienes deben buscar formas de sobrevivir persecuciones gratuitas, que sin embargo es mitigada, incluso sublimada, por medio del arte—la pintura, los grabados, los libros—y el conocimiento—cosmografía, astronomía, filosofía, historia del arte.

Hemos ocasionado una herida que nunca será cerrada. Al contrario, cada acción que hagamos la ahondará sin remedio. Pero volver atrás no es posible porque todo pasado es irrecuperable. Y el presente siempre es de una honda precariedad, aunque tratemos de construir en él gozos efímeros. Y el futuro, como un equilibrista que está pendientes de la cuerda en que anda y de la vara que lo ayuda a sostenerse, siempre está mirando hacia atrás con temor y reverencia. ¿Qué hacer entonces, en un círculo que parece ser más bien una línea que avanza hacia delante sabiendo que no puede ignorar la fuerza que lo impulsa?” (276)

Encontramos entonces una herida constante, que surge en la temprana modernidad, con la violencia religiosa, las empresas multinacionales de conquista, las masacres y las injusticias de los poderosos sobre los débiles. Las torturas y las injusticias contra los indígenas fueron, y siguen siendo justificadas por letrados como Francisco de Vitoria y Ginés de Sepúlveda, en el siglo XVI, y muchos más en adelante:

Pero la verdad era que esas torturas se practicaban para sacar información sobre los lugares donde se hallaban el oro y la plata. Vitoria se convertiría en el célebre padre del derecho internacional, que no es más que la coartada que tiene la nación más fuerte para intervenir en los territorios de la más débil. Ginés de Sepúlveda era remunerado jugosamente por los encomenderos de América, los nuevos ricos emergentes de entonces. La fortuna del Nuevo Mundo forjaba sus cimientos sobre la vileza” (278)

En suma, Montoya no tiene reparos en mezclar el presente con el pasado, aunque siempre respetando la verosimilitud y unidad poética de su composición literaria. Muchos de los conceptos y los juicios sobre los hechos de la conquista han permanecidos relativamente constantes a través de las crónicas y las novelas, y las dos posiciones—de censura o celebración—con respecto a la conquista continúan vigentes. A Montoya no le cuesta entonces imaginar las preguntas que hacían unos indios tupinambos que llevaron al rey Enrique II y su esposa Catalina de Médicis: “¿Por qué nuestros reyes no iban los primeros a los combates? ¿Por qué había tantos mendigos en las calles? ¿Por qué las mujeres ocupaban siempre las posiciones inferiores?” (273). Cita también apartes de la canción de salsa de Cheo Feliciano, Anacaona, alternándola con la narración de *De las Casas*, en *Brevísima*, sobre el engaño tortura y muerte de esta cacica.

Montoya no toma posiciones ambiguas con respecto a la censura de las conquistas en América. No hay como en novelas históricas anteriores una mezcla entre los horrores y las audacias de los conquistadores, sino que estos son reducidos a la crueldad de seres que pierden su humanidad en una maraña de factores históricos y políticos. Con *De las Casas* y las representaciones de los grabados de De Bry, se forma una idea de una generación arrastrada por el frenetismo de la intolerancia y la ambición: “Al verse una y otra vez estos grabados, por ninguna parte encontramos la pausa, el reposo, el silencio. La consigna que siguen estos conquistadores está tocada por el afán. Como si, efectivamente, los empujara la voluntad de cometer un genocidio con la mayor brevedad posible” (281). España, como nación, y la iglesia católica como institución caen bajo el peso de la censura de Montoya, que recoge la supuesta leyenda negra: “Es ruin plantear

primeros puestos en la aniquilación humana, pero siempre llamará la atención la celeridad que logró la España católica del siglo XVI en América” (281).

Como escritor literario, Montoya sabe que una obra muchas veces necesita más de cohesión interna y demostración de integridad que cifras adecuadas para convencer sobre sus argumentos. Al respecto de Brevísima de De las Casas comenta:

¿Habría que hablar de cifras para demostrarlo? No sobra poner al menos un dato para comprobar que los muchos cuentos mencionados por Bartolomé de las Casas corresponden realmente a millones de muertos. A la llegada de los conquistadores había aproximadamente ochenta millones de habitantes en América. Cincuenta años después quedaban diez. (281)

Aunque reconoce las fallas en el estilo y la composición de la conocida obra lascasiana, busca en ella las respuestas a las condiciones del país, allí en el nacimiento de esta herida que no cierra y que llaman conquista:

Me pregunto ¿Por qué esta particular síntesis, esta notable condensación? ¿Será porque narran las “crudelísimas crueldades”, la expresión es del genio literario de De las Casas, de una región que habría de corresponder más tarde al país hartado de inequidad social que sigue siendo Colombia? La hipótesis es seductora. No es bueno extraviarse, sin embargo, en comparaciones seculares o en presupuestos que designen la permanencia de la violencia en un país a lo largo del tiempo. (296)

Hay entonces una conexión entre un pasado, contado y vuelto a contar ininidad de veces, y un presente aun lleno de injusticias y violencias en Colombia. Los actos de crueldad y las torturas narradas en las denuncias de De las Casas parecerían inverosímiles si similares relatos no hubieran sido dejados por otros contemporáneos suyos. Además, como colombiano testigo de las cruzadas paramilitares de la década de 1990 en Colombia, los desplazamientos, las torturas con amputaciones, el destrozado de cuerpos de hombres, mujeres y niños para crear terror entre la población es completamente

verosímil. No hay hecho cruel e injusto en Brevísima que no haya sido repetido después en la historia de Colombia. Montoya se mira entonces en los vestigios del pasado, del cual su realidad es una proyección. Cuenta que, al visitar el Peñón de los muertos en la Sierra Nevada del Cocuy, el guía le contó la historia de los suicidios colectivos de los indios ante la llegada de los conquistadores. Al asomarse al cañón no ve nada, sin embargo, al ver los grabados de De Bry los encuentra “claramente representados cayendo por las faldas de un inmenso peñón. La diferencia es que ahora no se suicidan, sino que los españoles los arrojan con sus espadas y alabardas” (297). Partiendo del reconocimiento de la incapacidad de reconstruir un pasado total, toma una posición ética en que la integridad mostrada en los escritos y el dolor y el horror expresado en el arte llegan a convencerlo más que las cifras: “Bartolomé de las Casas dice que fueron setecientos los indígenas lanzados. Le creo, así no me atreva a contarlos en la imagen ni tenga fuerzas para hacerlo” (297). Una condena entonces sin ambages de la conquista y de los hechos de un siglo que marcó las coordenadas de una nueva era que sigue justificando las masacres y las injusticias en nombre de la razón

## CAPÍTULO 4

### MANCHA DE LA TIERRA Y EL DESPRECIO EN LA COLONIA POR LO

#### AUTÓCTONO

Las *violencias* del gobierno hacen un pueblo *astuto*: primer grado de política popular. La *astucia* del pueblo hace un gobierno *suspica*: primer grado de política gubernativa. La *suspiciencia* del gobierno hace un pueblo *desconfiado*: segundo grado de política popular. La *desconfianza* del pueblo hace un gobierno *hipócrita*: segundo grado de política gubernativa. La *hipocresía* del gobierno hace un pueblo *falso*: tercer grado de política popular. La *falsedad* del pueblo hace un gobierno *arbitrario*: tercer grado de política gubernativa. La *arbitrariedad* del gobierno hace un pueblo *atrevido*, y se acaba la POLÍTICA porque se pierde el RESPETO: discordancia absoluta entre las partes. El MIEDO hace al gobierno TIRANICO, el ODIO hace al pueblo CRUEL.

(O.C. T. II, pg. 174)

-Simón Rodríguez

En este capítulo, para dar continuidad a nuestro análisis, discutiremos los textos más relevantes del siglo XVII y XVIII, y las novelas históricas colombianas que toman lugar en dicho período, antes de analizar la novela histórica de Enrique Santos Molano (1942-), *Mancha de la tierra* (2015), la cual se desarrolla en el contexto de la Rebelión de los comuneros a finales del siglo XVIII, período final de la colonia. Los turbulentos hechos históricos de la conquista y la independencia, y sus profundas repercusiones sociales y políticas, hacen que el período de la colonia (desde finales del siglo XVI hasta principios del siglo XIX) parezca un todo uniforme, monótono y de poco interés. Sin embargo, y de acuerdo con Pablo Montoya, “la idea de que la colonia es tiempo de tedio interminable y apacibles entretenimientos conventuales es caduca” (Novela 133). Dicho período, no solamente está lleno de interesantes hechos históricos, sino que también es un período decisivo para comprender la conformación de la cultura y la identidad colombiana. Al

final de este período ya se habían definido las más relevantes identidades sociales y un sentido de nación definido por la geografía. Montoya recuerda en este sentido las palabras de Alejo Carpentier en *La música en Cuba* (1946): “terminada la lucha de los cuerpos, iniciábase la lucha de los signos” (133). La lucha cultural y simbólica en contra de moros y judíos, que define la cultura española de la temprana modernidad, continuaba reformándose y adaptándose en suelos americanos para definir la preponderancia y el lugar de los distintos grupos sociales en el “nuevo” espacio sociocultural.

Si tomamos en cuenta el número de novelas históricas colombianas que toman como contexto el período de las conquistas y la independencia, las novelas sobre el período colonial no han llamado tanto la atención de los escritores de novelas históricas en Colombia. Sin embargo, entre las obras cuya trama se desarrolla en la colonia se encuentran algunas de las novelas históricas colombianas más destacadas. Basta mencionar obras como *La marquesa de Yolombó* (1926), de Tomás Carrasquilla (1858-1940), *Zoraya* (1931), de Daniel Samper Ortega (1895-1943), *La tejedora de coronas* (1982) de Germán Espinosa (1938-2007) y *Del amor y otros demonios* (1994) de Gabriel García Márquez (1927-2014) para respaldar dicha afirmación. Seymour Menton considera la obra de Carrasquilla como la primera novela histórica realista de Latinoamérica, Donald McGrady considera la mencionada novela de Samper Ortega como la mejor lograda novela histórica colombiana hasta 1959, *La tejedora de coronas* fue declarada por la Unesco como patrimonio de la humanidad en 1992 y *Del amor y otros demonios*, además de ser escrita por el nobel colombiano es positivamente reseñada por un crítico independiente de la industria editorial como Pablo Montoya. Todas estas

novelas, al igual que *Mancha de la tierra* de Enrique Santos Molano—la cual estaremos analizando en este capítulo, toman lugar en el siglo XVIII, aunque cada una aborda temáticas diferentes.

El siglo XVII, aunque más elusivo, ha sido también trabajado en otras novelas históricas menos destacadas. Sin embargo, a raíz de los recientes (re)descubrimiento de textos de aquel siglo—podemos mencionar *Discursos medicinales* de Juan Méndez Nieto (1531- ¿1616?) y *El desierto prodigioso y prodigio del desierto* de Pedro de Solís y Valenzuela (1624-1711) —podemos prever que el interés por dicho siglo servirá como aliciente para usarlo como contexto para futuras novelas. Vale la pena recordar que ya Enrique Serrano incluyó los textos y la figura histórica de Juan Méndez Nieto en *Donde no te conozcan*, la novela que analizamos en el segundo capítulo. La administración y el orden social colonial fueron consolidándose desde finales del siglo XVI y durante el XVII, aunque de manera desigual en el territorio del Nuevo Reino de Granada. Esta consolidación se llevó a cabo en los principales centros urbanos, de manera paralela, pero con una relativa independencia originada por las dificultades geográficas y de seguridad al cubrir las distancias entre poblaciones como Cartagena y Santa Marta con Bogotá y Tunja, y todas las anteriores con Popayán. Ciudades menores, como Ibagué que tuvo que ser reubicada varias veces, sufrieron el constante ataque de los indios hasta entrado el siglo XVII y un extenso territorio selvático en el sur y el occidente y de llanuras en el norte y el oriente, no han sido efectivamente colonizados hasta el presente. Las bases del orden social establecidas en los principales centros urbanos se llevaron a cabo, después de las encomiendas, a través de los repartimientos, la fundación de conventos,



monasterios y centros de educación. El auge de la trata de esclavos africanos y la corrupción social, fueron definiendo el orden social que los Borbones trataron de racionalizar en el siglo XVIII, incubando movimientos contestatarios entre todas las clases y creando un ambiente propicio para la aclimatación de las ideas ilustradas provenientes del norte de Europa.

El movimiento contestatario—en contra de la autoridad colonial—más importante del siglo XVIII en Colombia fue la Rebelión de los comuneros, en cuyo contexto se desarrolla *Mancha de la tierra* de Enrique Santos Molano. Como su nombre lo indica, además de una recreación de la Rebelión de los comuneros desde el punto de vista de sus protagonistas, esta novela es una crítica a la segregación social de los españoles en la colonia, quienes consideraban sospechoso de traición todo lo nacido en América, por el solo hecho de su origen. Esta novela replantea, además, una revaloración y reivindicación de algunos personajes históricos que participaron en estos eventos, que incluyen españoles, criollos, mestizos, indios y negros. Antonio Nariño, un criollo a quien luego llamaron el Precursor, es la voz narrativa durante la mayor parte de la novela. Aunque la novela refleja estrictas divisiones sociales en castas, no asume una superioridad moral o física de los estratos más altos: algunos españoles son presentados como luchadores por la libertad y la igualdad de todos, mientras que algunos criollos, presuntuosos, envidiosos y malintencionados, son los peores enemigos del criollo Nariño. Nos muestra también las divisiones entre los campesinos “blancos”, entre los cuales hubo tanto líderes de la rebelión, como reaccionarios, y los privilegios sociales de algunos caciques indígenas, a quienes se dirigían con el título de “don”. Esta es la novela, entre las tres analizadas en

este estudio, que se pliega más al estilo decimonónico, realista, de la novela histórica. Presta una atención minuciosa a los detalles, los cuales abundan como fruto de una investigación de más de 50 años, haciendo de esta una obra bastante voluminosa (687 paginas). Literariamente, como lo afirma en su entrevista con Castaño, sus modelos literarios en cuanto a la novela histórica son Walter Scott y Benito Pérez Galdós e ideológicamente, Enrique Santos Molano, como representante de la histórica familia Santos en Colombia, refleja el liberalismo colombiano aristocrático con una tendencia hacia la izquierda.

#### Textos del siglo XVII y novelas históricas sobre este período

En el capítulo dos mencionamos la obra de Juan Méndez Nieto, *Discursos medicinales*, como parte del análisis de *Donde no te conozcan* de Enrique Serrano. Esta obra es fundamental para la articulación de la ficción novelística de dicho texto con la evidencia histórica, y la articulación del discurso de Serrano sobre el carácter histórico cultural de los colombianos, tal como lo presenta en *¿Por qué fracasa Colombia?: delirios de un país que se desconoce a sí mismo*. En *Discursos Medicinales*, Juan Méndez Nieto, además de los discursos medicinales prometidos en el título, ofrece información biográfica, histórica, botánica y lingüística (Del Castillo Mathieu 356). Méndez Nieto, por su profesión, sus diversos saberes, su condición de converso y su trasiego por España, Portugal y las islas Canarias hasta llegar a establecerse en Cartagena, siempre bajo la presión social y de la inquisición, es un representante ejemplar del tipo de colonos propuesto por Serrano como eje de la colonización del país. Toma entonces, a pesar de la breve mención que sobre él se hace en *Donde no te conozca*, un punto de unión entre la

ficción y la historia en el libro mencionado. *Discursos medicinales* permaneció en el olvido hasta 1877, cuando Marcos Jiménez de la Espada comenzó a comentarla públicamente e inició un esfuerzo para publicarla en España (Domínguez Bordona 171). Según Del Castillo Mathieu, “[l]o poco que se había conocido de esta obra importantísima, cuando lo comparamos con el libro completo, no nos da sino una pálida idea del saber de este sobresaliente galeno, de la fina y depurada calidad de su prosa, digna en muchos pasajes de la de su contemporáneo Mateo Alemán y de su riquísima erudición” (356). El libro resultó ser más ameno y más informativo de lo que el título sugiere, ya que, para dar sus discursos medicinales, Méndez Nieto ofrece paralelamente un recuento de su vida, las huidas de diferentes sitios de España, en gran medida por su condición de converso, su paso por las islas Canarias y su establecimiento en Cartagena, puerto importante durante la colonia, que es mostrado en el texto como un puerto de gran actividad en comercio de mercaderías y esclavos (Del Castillo Mathieu 356). En ese entonces, y a pesar de que la gran mayoría del territorio permanecía sin colonizar, los ataques de los indígenas pasan a un segundo plano, desplazados por las preocupaciones generadas por los ataques de los piratas del norte de Europa a los puertos y las embarcaciones que arribaban a ellos.

Entre la gran cantidad de textos de ficción histórica escritos por Soledad Acosta de Samper<sup>45</sup>, los cinco textos incluidos en la serie nombrada *Los piratas de Cartagena* (1886) nos dan una idea de esta situación durante casi dos siglos, desde 1544 hasta 1738.

---

<sup>45</sup> Nueve son analizadas por Donald McGrady en *La novela histórica en Colombia: 1844-1959*.

El primer capítulo, “La venganza de un piloto”, sucede alrededor de 1544. Relata la historia de un piloto vasco azotado en Cartagena por un teniente del conquistador Pedro de Heredia. Dicho piloto regresa a España y de allí pasa a El Havre para unirse a una expedición de piratas comandada por el francés Roberto Baal, pidiendo que tomen la ciudad de Cartagena para tomar venganza de los azotes (McGrady 141). Dos años después de lograr su cometido, el piloto es capturado y asesinado por indios caribes. En diferentes obras del siglo XVII y XVIII podemos ver el intercambio comercial y estratégico entre piratas franceses, ingleses y holandeses con diferentes indios del Caribe<sup>46</sup>. “El almirante corsario Drake”, el segundo cuadro de esta serie ocurre alrededor de 1586 y tiene como protagonista al mencionado corsario. El texto relata el asedio a Cartagena del grupo de piratas comandado por Drake y el pago de una suma recogida por los habitantes de Cartagena para evitar el ataque. El tercer cuadro, “Los filibusteros y Sancho Jimeno” toma lugar alrededor de 1697 en el contexto de la guerra entre Francia y España. Relata la valiente defensa de Sancho Jimeno de la ciudad Cartagena, aunque al final no pudo evitar el saqueo de la ciudad.

El cuarto cuadro, “El obispo Piedrahita y el filibustero Morgan en Santa Marta”, sucede alrededor de 1673 cuando piratas ingleses y franceses al mando de Juan Enrique Morgan saquean a Santa Marta, aunque Morgan hace amistad con el obispo Piedrahita. El último cuadro, “La expedición del almirante Vernón”, sucede alrededor de 1738 y narra el lío diplomático originado por un guardacostas español que captura un el barco de

---

<sup>46</sup> Podemos poner como ejemplos el libro de Pedro Simón, *Noticias historiales* y el de Julián, *La perla de América*.

un capitán escocés y lo acusa de contrabando. El problema es que como escarmiento le cortan una oreja al escocés y esto es usado como excusa para atacar a Cartagena, en uno de los últimos fracasos navales de los ingleses en contra de España. Al igual que las otras novelas históricas de Acosta de Samper, la función didáctica obstaculiza el desarrollo novelístico de sus obras. Según McGrady, “el hilito de lo novelesco, que consiste casi siempre en los amores del héroe histórico con una novia imaginaria, es tan tenue que a veces desaparece por completo. Los caracteres están apenas ligeramente bosquejados. Generalmente no tenemos ni una descripción física de ellos” (144). Este libro de la escritora bogotana es fruto de una copiosa documentación, menciona más de una docena de obras históricas consultadas, que, sin embargo, parece entorpecer su labor como novelista. En todos los cuadros la escritora se muestra partidaria de los españoles, algo que no sucederá en sus obras que tratan sobre la Rebelión de los comuneros, a finales de la colonia, en contra del imperio.

Mientras Cartagena se consolidaba como un puerto estratégico en el Caribe, en el interior de las montañas de Colombia y a varias jornadas de un dificultoso camino Bogotá se consolidaba como capital administrativa del Nuevo Reino de Granada. Sobre esta ciudad se concentra una de las fuentes literarias más importantes, podríamos decir que la más influyente, sobre la sociedad colonial temprana es el libro de Juan Rodríguez Freyle (1566-1640), conocido como *El carnero*<sup>47</sup>, que fue escrita entre 1636 y 1638<sup>48</sup>. Dicho

---

<sup>47</sup> El título completo que le da su autor es *Conquista i descubrimiento del nuevo reino de Granada de las Indias Occidentales del mar océano, i fundación de la ciudad de Santa Fe de Bogotá*.

<sup>48</sup> Sobre este texto hablamos brevemente en el capítulo 3.

texto, a pesar de estar emparentado con las crónicas del siglo XVI, presenta características que lo ubican en los límites con la novela histórica. Por esta razón, llegó a ser considerado por González Echeverría, en *Mito y archivo*, como el arquetipo de la novela latinoamericana. Esto no significa que se invalide como documento histórico, sino que nos da un indicio de la actitud del autor, quien es consciente que escribe un texto y no unas “verdades”, a pesar de que está comprometido moral e intelectualmente en ofrecer lo que él entiende por la “realidad” de los hechos. Esta obra, al igual que *Los comentarios reales*, del inca Garcilaso de la Vega, tiene las características de ser una de las primeras obras escritas por americanos sobre la historia de las Américas y de buscar refutar otras versiones de la historia que circulaban en el momento. La conciencia de la voz narrativa de *El carnero* sobre la posibilidad de que existan múltiples verdades históricas nos revela ya la paradoja latinoamericana: vivir constatando que la experiencia vivida no se corresponde con la “verdad” oficial. Tenemos aquí entonces un primer par de rasgos que coinciden con las metaficciones historiográficas: la conciencia de no ser la única versión de la historia y la manifiesta necesidad de ofrecer esa versión. Otro rasgo que comparte *El carnero* con la narrativa histórica posmoderna es la intertextualidad o el uso de diversos tipos de fuentes, ya que dice incorporar, además de documentos, el testimonio oral de un cacique indígena.

Por último, y no menos importante, la metaficción: la voz narradora es autoconsciente de su proceso narrativo y se dirige al autor, diciéndole que ya se imagina lo que se estará preguntando, acerca de las fuentes, y pasa a contestarle inmediatamente: “Páreceme que algún curioso me apunta con el dedo y me pregunta, que de donde supe

estas antigüedades... respondo presto por no detener me en esto, que nací en esta ciudad de Santa Fe... y entre los muchos amigos que tuve fue un don Juan Cacique... y me contó estas antigüedades” (8-9). Además, la aparente imparcialidad o el ponerse del lado de la religión, parece ser sospechosa en un hombre que ha sido dejado en la ruina por un proceso legal fraudulento y que está narrando eventos donde la corrupción de las instituciones en manos privadas decreta la muerte civil de varios hombres distinguidos. Sin embargo, ya Hutcheon lo ha sugerido, estos rasgos en la forma de escribir ya se encontraban en *Don Quijote*, publicada unas décadas antes, en la picaresca española y no sería raro encontrar en otros escritores de temas históricos de la época dicha actitud ante la historia. Según Montoya, en *El Carnero* se encuentran perfilados los principales temas literarios de la vida de la Nueva Granada: “el comadreo y la maledicencia incesantes, los crímenes pasionales, los sucios enredos de una burocracia teologal, el racismo generalizado, la mediocridad personal siempre ascendente y el refrescante humor como único medio de exorcizarla” (133).

Habíamos comentado en el tercer capítulo que *El carnero* de Rodríguez Freyle circuló en forma de varios manuscritos de casa en casa en la región de la sabana cundiboyacense hasta su publicación por la imprenta de Felipe Pérez en 1859. Es entonces comprensible que haya sido una de las fuentes principales para las novelas históricas del siglo XIX. Mc Grady cita tres novelas que desarrollan su trama a partir de eventos narrados en dicho libro: *El oidor de Santa Fe, una leyenda bogotana* de Juan Francisco Ortiz, *El oidor* (1850) de José Antonio Plaza, y *Juana la bruja* (1894) de José Caicedo Rojas. La primera es una obrita de unas 30 páginas que parte de un evento

narrado en la obra de Rodríguez Freyle, pero es distorsionado en diferentes sentidos en el relato ficticio de Ortiz. El segundo se basa en el mismo episodio de *El carnero* y va aún más allá en la distorsión histórica. El episodio en cuestión está relacionado con pretendientes rivales, ambos casados, de una mujer casada. Sin embargo, en ambas ficciones históricas las razones de conflicto son manipuladas y el carácter de los personajes cambia incluso en sentido contrario a lo sugerido en el texto original de Rodríguez Freyle. Algo similar ocurre con *Juana la bruja*. El episodio narrado es maquillado de diversas maneras: se omite el embarazo adúltero de una de las protagonistas, Juana la bruja deja de ser negra y pasa a ser española, etc. Ninguna de estas novelas es valorada positivamente por McGrady e incluso llega a firmar de *El oidor* que:

Ofrece esta novela un interesante estudio de lo que puede llegar a ser la novela histórica cuando el autor no se basa en fuentes históricas dignas de crédito, y cuando deja correr libremente su fantasía, usando los hechos históricos solo como punto de partida para inventar el enredo, y traza los caracteres de los personajes históricos de acuerdo con las exigencias poéticas de su trama, y no de acuerdo con la realidad histórica” (111).

Un siglo después surge otra novela que parte igualmente de *El carnero*, es *Los pecados de Inés de Hinojosa* (1986) de Próspero Morales Padilla. Dicha obra sirvió luego como base para la serie de televisión homónima dirigida por Jorge Alí Triana en 1988, la cual causó escándalo por sus desnudos y escenas eróticas y lésbicas. En general, las novelas que tratan sobre la colonia en el siglo XVII resaltan una vida conventual llena de corrupción moral y política que facilitan el desarrollo de tramas llenas de maquinaciones secretas y manipulaciones políticas. En gran medida desaparece el componente indígena,



el cual, sin embargo, suponemos que siguió diferentes dinámicas en las regiones más alejadas del país. Algunas novelas de tipo conservador, como todas la mencionadas anteriormente, según Curcio Altamar<sup>49</sup>, resultan ser de tipo “costumbrista e intenta más que todo presentar los usos y maneras de una vida colonial apacible, ideal y enmarcada en un cuadro de bonanza que los autores echan de menos. En su vuelta intelectual al pasado los novelistas añoran las costumbres viejas, idealizándolas, y denuestan o menosprecian el presenta que les parece carecer de sabor y de interés” (*Novela* 109). Sin embargo, la influencia de un texto tan cargado de ironía y crítica social como *El carnero*, hace que todas las novelas inconscientemente terminen proyectando la corrupción social de la colonia temprana, que, como vimos, surge entre el aparentar ser y no ser, converso, noble y prestante.

#### El siglo de las luces y el imaginario de la pureza de sangre en el habitus colonial

El siglo XVIII comenzó para España con la Guerra de sucesión de la corona española entre los Habsburgo y los Borbones. La llegada al trono de los Borbones, quienes por su ascendencia francesa estaban influenciados por el movimiento intelectual de la Ilustración, se tradujo en una serie de reformas de tipo administrativo que buscaban racionalizar, y optimizar, la productividad de las colonias. Sin embargo, esto no se tradujo necesariamente en una humanización de las relaciones sociales coloniales, como lo había buscado De las Casas, sino en una racionalización del racismo y la desigualdad. En *La hybris del punto cero* (2010) Santiago Castro Gómez analiza como el cambio en la tecnología de la administración colonial llevado a cabo por los borbones, fue

---

<sup>49</sup> Citado por Donald McGrady

interpretado, malinterpretado, impugnado y transformado por los criollos para conservar su capital cultural. En otras palabras, analiza la forma en la cual la ilustración fue leída, traducida y enunciada por los criollos en la Nueva Granada a mediados del siglo XVIII. Los Borbones incorporaron las nuevas formas racionalizadoras de los discursos “ilustrados” que definen lo que Foucault denominó como biopolítica. Sin embargo, al intentar definir los nuevos prototipos de súbditos que el imperio deseaba para la reactivación económica, se encontraron con una barrera social de exclusión muy arraigada entre los criollos: el imaginario de la pureza de sangre. Este imaginario, como habíamos visto en los capítulos anteriores, surge hacia el final de la edad media como mecanismo de expropiación territorial, intelectual y de riquezas a los judíos, árabes y sus descendientes.

La noción de “habitus” viene aquí entonces a ser considerada por Castro-Gómez en relación directa con la noción de capital cultural, que en este caso sería la pureza de sangre y el consecuente imaginario de la superioridad étnica de los criollos frente a otros grupos sociales. A pesar de que las reformas biopolíticas—ilustradas—de los Borbones fueron bien recibidas por un sector de la elite local, en el fondo estas amenazaban el “habitus” criollo de la pureza de sangre, ya que pretendía incluir a las castas—por su potencial económico y productivo—dentro de los privilegios exclusivos de los criollos. Por lo tanto, la ilustración fue leída e interpretada por los criollos de una manera diferente a la que pretendía el imperio español. Mientras que el estado enuncia la Ilustración desde un interés imperial, los criollos neogranadinos lo hacen desde un interés ‘nacional’. Estamos, pues, frente a la escenificación de un protonacionalismo criollo, marcado por el

imaginario de la pureza de sangre, que solo hasta mediados del siglo XIX encontraría su propia forma de expresión biopolítica (13). La colonialidad del poder en su dimensión cognitiva, que se refleja en la producción, circulación y asimilación de conocimientos se explora en este trabajo tomando en cuenta dos dimensiones. Por un lado, plantea que la ilustración fue vista por el estado metropolitano y las élites criollas como un mecanismo idóneo para eliminar otras formas de conocimiento y expropiar el conocimiento útil derivados de estas. Por el otro, analiza la forma en que la experiencia colonial europea sirvió para crear los fundamentos de las ciencias humanas y el modo en que los filósofos ilustrados ‘traducen’ los informes sobre otras formas de vida y los incorporan a una visión teleológica de la historia, en donde ‘Occidente’ aparece como la vanguardia del progreso de la humanidad.

Es entonces significativo que en la introducción se haga mención a una transacción científica entre dos imperios, el ruso y el español. En el afán de Catalina II de Rusia para proporcionarles a los sabios de su corte el material necesario para que elaboraran un estudio comparativo—científico—de todas las lenguas conocidas en el mundo, le pide a Carlos III que le envíe todos los documentos disponibles sobre las lenguas indígenas de sus colonias. A pesar de que Carlos III ordena el envío a España de los documentos solicitados para colaborar con dicho proyecto científico, años más tarde decreta dentro de su imperio una orden para extinguir las lenguas indígenas. Esta ambivalencia en la “ilustración” del monarca, quien colabora con el estudio de las lenguas, pero ordena su extinción, le sirve a Castro-Gómez para señalar la forma en que el lenguaje científico comenzaba a ser propuesto como el único lenguaje válido para la

comunicación de “verdades objetivas”. Las otras lenguas y formas de conocimiento quedaban entonces habitando el reino de la superstición y del salvajismo o eran expropiadas por medio del análisis científico desde los centros del poder colonial para ser objetos de museos, catálogos y libros.

El primer capítulo establece la relación entre el proyecto científico-social de la ilustración (Cosmópolis) con el carácter geopolítico de los enunciados científicos, que, aunque pretendían no estar influenciados por el lugar en que se produce el conocimiento ponían como centro de referencia y modelo al imaginario de Europa. El segundo capítulo analiza la conformación del imaginario colonial de la “pureza de sangre” de los criollos en la Nueva Granada y la forma en que el discurso ilustrado se enuncia exclusivamente desde el “punto cero” de dicho imaginario. Vale la pena anotar que “ser ‘blancos’ no tenía tanto que ver con el color de la piel como con la escenificación personal de un imaginario cultural tejido por creencia religiosas, tipos de vestimenta, certificados de nobleza, modos de comportamiento y formas de producir conocimientos” (76). Para ilustrar este punto, Castro Gómez se refiere a la descendencia de Antón de Olalla, en lo que denomina la “etnización de la riqueza de Olalla” (76). Dicho personaje histórico, valga la pena mencionar, aparece en la anteriormente mencionada obra de Rodríguez Freyle, *El carnero*.

Antón de Olalla fue un modesto labrador y alférez de infantería que llegó en 1537 al área de Bogotá entre los primeros conquistadores. Por sus servicios a la conquista le fue otorgada la encomienda de Bogotá con cientos de hectáreas e indígenas tributarios. Su riqueza le permitió apropiarse de grandes estancias ganaderas y acceder a importantes

cargos políticos, convirtiéndose en uno de los hombres más poderosos de la región. Después de muerto Olalla, sus descendientes inician una serie de alianzas matrimoniales destinadas a consolidar e incrementar el patrimonio paterno. Su hija, doña Jerónima, se casó con un hidalgo español recién llegado, Francisco Maldonado de Mendoza, quien tomó posesión de la encomienda y, aprovechando el “servicio personal” de los indígenas, diversificó e incrementó la producción. Antes de morir, Maldonado fundó el Mayorazgo de la Dehesa de Bogotá, el cual disponía que solo los miembros de su linaje podían acceder a sus bienes. De allí siguió que los esposos de sus descendientes mujeres usaran su apellido y que se constituyera un clan endogámico que acaparó encomiendas, minas y monopolizó el poder municipal y provincial del nuevo reino de Granada durante el siglo XVII. El caso de Olalla es interesante porque nos muestra que la construcción de una entramada red de parentesco y la adquisición de títulos de nobleza o su transmisión hereditaria fueron las dos estrategias fundamentales que utilizó la elite colonial para perpetuar su linaje y poder. No obstante, estas dos estrategias compartían un mismo presupuesto: la necesidad de mantenerse a salvo de cualquier sospecha de “mancha de la tierra”, es decir, de trazar una frontera étnica que impidiera la mezcla de sangre con indios, negros, mulatos o mestizos (*La hybris* 78).

Era tal el embelesamiento de los criollos neogranadinos en demostrar su linaje y su pureza de sangre, que llamó la atención de visitantes como los oficiales de la marina española Juan y Antonio de Ulloa, cuyos documentos revelan que “(l)o importante aquí no era ser ‘realmente’ blancos, puesto que casi ningún miembro de la elite criolla podía comprobar sus pretensiones de nobleza, sino ‘escenificarse socialmente como blancos’ y

ser aceptados como tales por los estratos sociales más preeminentes” (78). Si en España, de donde habían ya sido expulsados los moros y los judíos, la condición para obtener un título de nobleza era que el pretendiente fuera “cristiano viejo”, es decir, que su sangre no estuviera mezclada con la de “malas razas”—judíos, moros o gitanos, en América, donde coexistían diversos grupos étnicos y culturales en el territorio, el tener sangre pura era la única garantía de tener una serie de derechos mínimos de propiedad y políticos. La discriminación étnica era entonces más fuerte y suponía la exclusión de muchos derechos fundamentales, incluso la libertad.

Sin embargo, debido a las condiciones de la conquista y el aislamiento de la Nueva Granada, era realmente difícil—a veces casi imposible—comprobar que las elites no se encontraran emparentadas con los negros o los indígenas. Por lo tanto, era aún más importante para los criollos legitimar la pretendida pureza por medio de un “performance” de la blancura para hacer clara la distancia social. La administración colonial llevaba desde finales del siglo XVI un registro de los descendientes de los primeros pobladores y los nuevos españoles llegados de España, el cual se encontraba separado de los registros de las castas. Entrar de forma legítima o ilegítima en dicho archivo garantizaba una vida de privilegios sociales para un individuo y su descendencia. “Las desigualdades étnicas no se basaban, entonces, en apreciaciones puramente subjetivas de las elites, sino que se encontraban sancionadas por un orden jurídico que se encarga de situar a cada individuo en el grupo étnico que le correspondía” (80-81). Es por esto que Castro Gómez piensa que el concepto de “clase” de la tradición marxista es poco adecuado para analizar las divisiones sociales en este tipo de estudios y prefiere usar el de

“colonialidad de poder”, el cual hace referencia a “la creación y reproducción de un ideario de blancura compartido de forma desigual por todos los sectores de la sociedad” (81). Este imaginario sería decisivo en la conformación de la subjetividad de los individuos—el valor y el lugar que percibían de sí mismos en la sociedad—y en la consolidación las jerarquías establecidas.

La sociología espontánea de las elites quedó consignada en el siglo XVIII en los cuadros de castas, aquel género pictórico surgido en México, en donde se podía ver una taxonomía social muy elaborada, aunque de manera espontánea. Los cuadros de castas fueron exhibidos en Europa como mapas sociales o catálogos que revelaban una supuesta “realidad” de la conformación social y cultural de ultramar, convirtiéndose en productos de conocimiento ilustrado para los exploradores del siglo XVIII. Estos cuadros mostraban, no solo el lugar que le correspondía a cada casta en el imaginario social sino también las características fenotípicas y del vestuario de cada casta, que a su vez revelaba el oficio al que se dedicaba. De esta forma, los cuadros de castas adquirirían un valor cognitivo que les asignaba a los individuos, mediante esta clasificación, una personalidad y una forma de comportarse que de alguna forma se manifestaba en la pintura y que afectaba la forma de percibirse a sí mismos y ser observados por los demás (87).

De esta forma, además del oficio, algunos “vicios” o “pecados capitales” como la pereza o la lujuria quedaban adscritos a la personalidad de un individuo por el hecho de pertenecer a una casta determinada. Estar adscrito a la elite de “sangre pura”, así fuera fraudulentamente, significaba entonces ser aceptado socialmente como un individuo virtuoso y provechoso para la sociedad, mientras que pertenecer a las castas implicaba

diferentes grados de degeneración moral y cognitiva. El “habitus” de un individuo, es decir, el modo en que incorpora en su estructura psicológica una serie de valores culturales pertenecientes a su condición social estaba definido fundamentalmente por su clasificación racial, pero incluía también la ostentación de “insignias culturales” que operaban “como una estrategia de construcción social de la subjetividad” (91).

No solo la “pureza de sangre” de sus padres era importante, también lo era el hecho de cumplir con ciertos ritos, como el haber nacido dentro de un matrimonio católico, y ostentar ciertas “insignias culturales”. El nacer por fuera del matrimonio equivaldría a tener una mancha en la sangre, así el individuo fuera fenotípicamente blanco. Si tenemos en cuenta que el mestizaje ocurrió entre conquistadores y colonizadores, que muy probablemente estaban casados en España y engendraban hijos con mujeres indígenas o negras con quienes no estaban unidas en matrimonio, podemos entender que el nacer por fuera del matrimonio católico era casi equivalente a estar “manchado de la tierra”. Al fin y al cabo, el matrimonio católico—“indisoluble”—servía desde la edad media como una forma de garantizar un linaje “puro”, no solo en el sentido religioso sino también en el sentido de linaje—para asuntos de nobleza—adscrito al cristianismo desde la baja edad media. Entre los signos exteriores, “insignias culturales, que componían el “habitus” de los criollos podemos mencionar el vestuario, el título de “don”, el tipo de actividad económica, el tipo y lugar de vivienda y la posesión de esclavos.

El uso de ciertas prendas de vestir estaba prohibido para las castas y algunos oficios, en especial los relacionados con la administración colonial, estaban reservados



para quienes pudieran demostrar su pureza de sangre, mientras otros oficios eran distintivos de determinadas castas. Sin embargo, esto no implicaba que ciertos individuos descendientes de castas más bajas no penetraran en capas más altas del imaginario social, e incluso llegaran a ser considerados “blancos”. Un cambio de ocupación dentro de la jerarquía de artes y oficios, la cual estaba relacionada con el tipo y lugar de la vivienda que habitaban, aunque íntimamente ligadas al ideal de la “blancura”, podía significar un cambio en la percepción subjetiva que el individuo tenía de sí mismo y en la percepción que la sociedad tenía de él. Esto resultaba no solo en el blanqueamiento de ciertos linajes sino también en el descenso social de familias blancas, en general campesinos pobres poco educados, que se veían forzados a ejercer oficios y a habitar zonas que no pertenecían al “habitus” de los blancos. Muchas familias “blancas” pobres, optaban entonces por casar a su descendencia con miembros de las castas como una manera de intercambiar su capital étnico por un capital económico.

### Novelas históricas sobre el siglo XVIII

En la sección de “Novelas de la sociedad colonial: siglos XVI, XVII y XVIII”, en su libro sobre la novela histórica, Donald McGrady presenta una lista de ocho novelas escritas por cinco escritores en 1848 y 1959. Resalta por su ausencia *La marquesa de Yolombó* de Carrasquilla, una obra que se ha ido revalorando y que comentaremos más adelante. En la mencionada lista del libro de McGrady, solo una novela, *Zoraya* de Daniel Samper Ortega, se desarrolla en el siglo XVIII. Sin embargo, en la sección de “Novelas de la época de la independencia”, ofrece una lista en la que cuatro novelas pertenecen realmente al último período de la colonia, finales del siglo XVIII, en el contexto de los

precursores de la independencia. Es realmente el siglo XVIII un siglo que ha dado para un gran número de novelas destacadas en Colombia y en Latinoamérica en general. Baste mencionar una obra como *El siglo de las luces* de Alejo Carpentier, para hacernos una idea de la altura de las obras históricas sobre este período.

*Zoraya* de Daniel Samper Ortega representa muy bien el poder colonial de los Borbones, ahora cabeza del imperio español, en el Virreinato de la Nueva Granada. En esta novela, Samper Ortega reconstruye la vida del personaje histórico José Solís Folch de Cardona (1726-1770). Solís representa la alta aristocracia española, duque de Montellano, caballero de la orden de Santiago, miembro original de la Real Academia Española y virrey de la Nueva Granada. Inauguró una era de ostentosas ceremonias, desconocidas antes en esta colonia. Al mismo tiempo, llevó a cabo el proyecto ilustrado de gobierno, construyendo caminos, puentes y acueductos, estableciendo misiones, desarrollando censos y tomando medidas para asegurar la quietud de pueblos indígenas rebeldes, como los Motilones, Chimilas y Kunas, que aún entonces atacaban las caravanas de comerciantes que se desplazaban por los caminos. También reorganizó el servicio postal, el de impuestos e intentó hacer lo mismo con la industria minera y el comercio interno. Se enamoró de una criolla, María Lugarda Ospina, conocida como la Marichuela, con quien tuvo varios hijos. En los últimos años como virrey le iniciaron un juicio por malos manejos en el cual fue hallado culpable de varios cargos. Sin embargo, cuando se decidió el asunto, ya Solís se había retirado como monje en un monasterio franciscano.

Daniel Samper Ortega se documentó extensivamente sobre su personaje, e incluso recorrió las ciudades por las que pasó en España, Flandes y Colombia. Muchos de los documentos que descubrió sirvieron luego como base para la biografía de Solís escrita por Alberto Miramón (McGrady 148). Sin embargo, Samper Ortega tuvo el buen juicio de no saturar su novela con hechos históricos ni pretender un fin didáctico. Seleccionó algunos de los datos y de los episodios de su vida para elaborar la trama, sin pretender cubrir la totalidad de su vida. “Buena porción de la novela, que trata de la niñez y la juventud de Solís, es totalmente inventada, pues en España no han quedado huellas de esta época de su vida” (McGrady 149). De igual manera, introduce a una criolla muy digna y virtuosa, Manuelita, que parece contrarrestar la figura de moral suelta representada por la Marichuela. El título de la novela se origina en una supuesta leyenda contada en la familia de Solís, que involucra a una musulmana, Zoraya, un muladí que era su amante y una cristiana rubia, por quien el muladí dejó a Zoraya. La leyenda dice que Zoraya le arrancó la cabellera dorada a la cristiana y le clavó una daga en el corazón para arrepentirse inmediatamente. Por esta razón quedó condenada a tratar de hilar la cabellera dorada mientras suenan las doce campanadas de la media noche en la noche de San Juan. Un ancestro de Solís al ver la aparición de la musulmana en dicha noche la tomó en sus brazos y la besó, pero al sonar la última campanada esta se convirtió en calavera. Después de esto, el ancestro de Solís se convirtió y entró a un monasterio. De manera similar, el virrey Solís en la novela entra a un monasterio después de andar disperso en amores con varias mujeres.

Donald McGrady considera a *Zoraya*, junto a *Phineés* de Emilio Cuervo Márquez, como una de las mejores exponentes de la novela histórica colombiana hasta 1959. A pesar de ser una novela que se desarrolla en los centros urbanos, la descripción de la naturaleza toma un papel protagónico aquí, al igual que en las crónicas o en las obras mágico-realistas (McGrady 151). Podemos observar en esta novela las divisiones de “sangre” en dicha época colonial y los juegos simbólicos entre el español “puro” y el español “dudoso”, que después de la expulsión y asimilación de moros y judíos eran todos los criollos: el virrey vive sus caprichos sin mayores contratiempos a causa del poder de su apellido y la criolla Manuelita, a pesar de quererlo, sabe que su unión es imposible. En cambio, la Marichuela le ofrece amores ilegítimos, por fuera del matrimonio y se configura en una nueva representante de Zoraya, la agarena que asesina a la rubia cristiana. Es este juego de metáforas y esta forma desigual de organización en la colonia lo que más llama la atención de los novelistas históricos sobre este período. La selección y el trato del personaje histórico, un virrey, ubica la novela en un plano conservador y, según el final, moralista. Hay una fascinación por esta mezcla de poder, aristocracia, tradición, poder, decadencia, superficialidad, es decir, la profusión de los goces materiales, ya que el linaje del protagonista es visto como el “heredero” de un poder en todas las esferas: material, cultural, espiritual, etc. Ser representante en la aristocracia permite que cualquier crimen sea minimizado y, como sucede al final, sea condonado tras una sincera conversión, símbolo final de una supuesta superioridad moral.

Parte de esta dinámica, esta vez mostrada de forma irónica, es presentada en *La marquesa de Yolombó* (1928). Menton menciona que no apareció ninguna novela

histórica de tipo realista, muy en boga en España a finales del siglo XIX, en América Latina hasta esta novela de Tomas Carrasquilla (36). Señala que dicha novela sigue siendo aún ignorada por la crítica, a pesar de ser considerada la mejor obra de dicho autor, uno de los primeros escritores de tiempo completo en Colombia. Tomás Carrasquilla fue por mucho tiempo menospreciado por los críticos literarios de su país, tachándolo de costumbrista y provinciano, como si fuera un reaccionario ante la literatura moderna. Sin embargo, como recalca Darío Ruiz Gómez, es Carrasquilla quien señala una ruptura con “el orden de un discurso literario en cuyo fondo estaba vigente todo el sentido de un dominio cultural” (105). En sus novelas al fin se hace patente la “otra identidad”: el adelantado proceso de mestizaje, el lenguaje basado en la experiencia común, el desgaste de las normas a priori. Carrasquilla marca entonces el principio del fin de la República de las letras y de ese discurso oficial que se definía en: “representación, mimesis, es decir, una particular idea de la Historia y de la naturaleza, una particular sintaxis—de ahí el poder absoluto de la Academia—y, fundamentalmente, una Teodicea: la presencia, entonces, de un orden revelado en cuyo dominio no caben fisuras” (Ruiz Gómez 106).

Aquí surge un punto importante en el que me quiero detener. Para algunos escritores, la posmodernidad es tan solo una extensión de la modernidad. Por ejemplo, para Ruiz Gómez, los escritores modernos más destacados son ya conscientes, y expresan, lo que en la posmodernidad se ha hecho masivo, a veces sin ser comprendido en sus múltiples dimensiones. Para él, la categorización de un escritor como Carrasquilla como costumbrista o realista representa una falta de profundidad crítica por parte de la

academia colombiana, que buscaba la ruptura del discurso oficial en escritores como León de Greiff, quien experimentaba con la palabra, pero no revelaba esas nuevas experiencias de la vida. En su ensayo de 1987, “La novela como forma lógica de vida”, Ruiz Gómez define la búsqueda de un verdadero novelista como, según él, lo es Carrasquilla, quien se atreve a sumergirse en la realidad sin llevar como guía una verdad única:

Hay un escritor que se sitúa sobre la piel de las almas, en ese nivel de balbuceo de los tímidos, de los desconocidos como Musil; y está por otro lado el panorama histórico, el personaje crucial, la descripción de comportamientos sociales, de actitudes de clase descritas con el ojo perspicaz de un notario con Thomas Mann: ¿En cuál de los dos escritores está la verdad? Lógicamente en ambos y solamente la estrechez de mirada del “realismo” puede plantear una supuesta disyuntiva como esa (110)

El hecho de que Carrasquilla escriba en la forma en que habla el pueblo antioqueño no lo vuelve costumbrista; tampoco es realista, si tenemos en cuenta la forma en que se aproxima a la historia. *La marquesa de Yolombó* es una novela en la que la voz narrativa afirma haber recibido los datos históricos por medio de fuentes orales y deducciones para recrearla con su imaginación: “Todas estas últimas circunstancias, así como alguna parte de los sucesos que pretendemos referir, se conocen por tradición verbal únicamente. Sobre ello nada se ha escrito, que sepamos, al menos” (8). Esa misma voz es, por lo tanto, consciente del carácter provisional de su verdad histórica y de que solo tendrá sentido dentro de su estructura discursiva y como literatura: “Serán ellos una novela o cosa así; y aunque tengan personajes que existieron con el mismo nombre que aquí llevan y los hayamos ajustado al carácter y hechos que le dan la leyenda y la tradición, no es esta, en ningún concepto, más que una conjetura sobre esa época y sus gentes” (10). Vemos pues

que la obra de Carrasquilla presenta ya rasgos de la metaficción historiográfica, ya que, a pesar de reconocer la que no posee una “verdad” histórica, tiene la resolución intelectual de escribir una obra con una propuesta estética y una crítica social, ya que aprovecha la historia para rastrear la corrupción social, la vanagloria de los linajes y la simulación social, actitudes coloniales que perduran hasta nuestros días.

Algo muy importante en esta novela, y en general en toda la obra de Carrasquilla, es la ironía, recurso fundamental y característico de la novela desde Cervantes, aunque poco utilizado por algunos románticos y costumbrista. Quien lea la obra de Carrasquilla sin tener en cuenta este aspecto, se pierde, cuando menos, de la mitad de su obra. Su voz narrativa busca ser a un mismo tiempo humilde y vivaz, no presumir ni halagar en vano y al mismo tiempo llamar la atención sobre una historia interesante: busca ser un cuentero eficaz, de esos que encantaban a la gente con sus historias en los pueblos de Antioquia. Hay a un mismo tiempo entonces, un vocabulario elaborado y extenso que comprende palabras doctas y vernáculas, y una sintaxis que refleja la musicalidad y complejidad del habla antioqueña. En otras palabras, Carrasquilla no busca alcanzar una maestría en la copia de fórmulas literarias, sino que busca expresar sus ideas sobre la cultura y sobre una voz popular por medio de la literatura. En un tiempo en que la opinión pública era manejada por la iglesia y por los líderes conservadores, la ironía fue para muchos el arma para vivir permanecer dentro de la cultura, así fuera en los límites. Por ejemplo, en “A guisa de Prólogo” de *La marquesa de Yolombó*, la voz del autor—que mantiene el mismo tono de la voz narrativa dentro de la novela—finge ubicarse, como buen ciudadano de la

época, del lado ultraconservador y racista que rechazaba la independencia, mientras comenta las condiciones de Yolombó en la época novelada.

Menciona entonces que este territorio era, no de España, sino del rey, y que lo era, no tanto por derecho de conquistas, como por donación del Papa al rey. Al comentar que en los sitios de minería habían ahorcado a algunos trabajadores por querer sacar oro a escondidas, se horroriza, no del castigo, sino del “horrible” delito de los castigados. Y al comentar sobre la organización colonial y la relativa libertad de los criollos para tratar sus asuntos locales, con tal de que no olvidaran sus impuestos al rey, parodia el discurso conservador: “Pero a los zambos no hay que dejarles ni un postigo abierto, porque se cuelan hasta la alcoba; ya ven lo que pasó, años después, con los tales cabildos: abiertos o sin abrir, fueron factores iniciales en la emancipación hispanoamericana” (7). Claro, quien conozca la obra de Carrasquilla sabrá que es una voz irónica, ya que siempre refleja su simpatía por los excluidos. Aprovecha también la libertad de criticar el pasado para criticar el presente, que para él era la hegemonía conservadora, excluyente y corrupta en muchas ocasiones en cuestiones electorales y otras cosas:

Elegíanse los cabildantes por votación popular, igual que en estas calendas democráticas, y, como ahora, era el tal cargo obligatorio y oneroso. Sabe Dios lo que se entendería por pueblo en el Yolombó de aquel entonces, como no fueran negros esclavos o indios de encomienda. Los magnates se elegirían unos a otros, cual acontece siempre en cuestiones de sufragio, pero sin el aparato legal, sin las trampas y engaños que se estilan en nuestras actualidades. (7)

Carrasquilla puede darse cuenta de que la realidad colonial se replica constantemente en la vida nacional y se burla de las pretensiones de hidalguía y aristocracia de algunos, con sus pretensiones de superioridad sobre las demás “castas” que deben seguir bajo su guía.



Su ambientación histórica es adecuada y documentada, y, claro, no olvida la importancia aún en el siglo XVIII de poseer heráldicas y “la constancia fehaciente de que ni gota de sangre morisca o judaica circula por las venas [...]” (11). Sin embargo, rechaza la idea de una novela que refleje “fielmente” la “verdadera” historia, cuando advierte que ha cambiado algunos nombres, apellidos, lugares de nacimiento, e incluso la época en que vivió, de algunos personajes históricos—todos pocos conocidos—por una razón: “Me he permitido tamañas licencias, por tratarse, tan solamente, de evocar una faz de la colonia, en estos minerales antioqueños. La obra de Carrasquilla, por su prosa antioqueña, puede parecer extraña e incluso pesada de leer, de igual manera que podríamos afirmar lo mismo que la de Cervantes en nuestra época, pero ofrece una mirada sobre la realidad social profunda y crítica que aún permanece relevante. Como menciona Seymour Menton en “Frutos de mi tierra o ‘jamones y solomos’”:

A pesar de los elogios calurosos de Unamuno, de Antonio J. Restrepo (1916) y de Julio Cejador y Frauca (1919) y a pesar de ganar el Premio Nacional de Literatura y Ciencias Vergara y Vergara (1935), sólo en 1951, cuando Federico de Onís lo llamó "precursor de la novela americana moderna", llegó a ser uno de los clásicos de la literatura hispanoamericana. (59)

A pesar de ser considerado como blanco, aunque provinciano, otro aporte significativo de Carrasquilla fue la incorporación del elemento negro, afrocolombiano, en la narrativa novelística. Aunque el primer novelista colombiano, Juan José Nieto, es considerado por muchos como “negro” o “mulato”, es evidente que, a pesar de no provenir de una familia rica, dentro del orden colonial hubiera funcionado como criollo, a pesar de tener un color de piel un poco más oscura. Sus obras novelísticas hablan sobre grupos étnicos excluidos, los moriscos y los indígenas, pero de una forma romántica, y no se involucra con el tema

negro. Un contemporáneo de Carrasquilla, Candelario Obeso (1849-1884), si asumió, pero de manera poética el tratamiento del asunto negro con *Cantos populares de mi tierra* (1877). Obeso representa la movilidad social después de las guerras de independencia, y logró vincularse a la vida intelectual bogotana, para ser posteriormente excluido bajo el régimen conservador. Solo recientemente, la obra de Obeso, y otros escritores liberales ignorados por la hegemonía conservadora están siendo reevaluadas.

Manuel Zapata Olivella fue tal vez el primer autor colombiano de talla internacional comprometido completamente con el tema negro en Colombia. El mismo se considera negro y creció entre comunidades con gran porcentaje afrocolombiano. Inicialmente se dedicó a la profesión de la medicina, pero estando en México escribió su primera novela y se dedicó a la etnografía, con un enfoque en la cultura de los negros en Colombia. Su obra más importante es *Changó, el gran putas* (1983) que se propone como una epopeya global de los afroamericanos, en la cual los Dioses, en especial Changó, deciden el destino de la comunidad traídos de África, con sus cantos, sus rezos y su lengua. No nos detendremos en esta obra, ya que solo una fracción habla de la colonia, el tema que nos interesa. Sin embargo, vale la pena resaltar que Zapata Olivella para novelar un tema tan complejo, toma elementos históricos y complementa la trama novelesca, con la mitología vudú, que ya habíamos visto, un poco ingenuamente esbozada, en la obra de Carpentier. En este proceso retoma algunos puntos importantes de la historia negra, como el personaje histórico Benkos Biojó (1596-1621), quien hace parte importante de la cultura colombiana por ser el líder de los esclavos que escaparon de Cartagena para fundar una población, San Basilio de Palenque, considerada la primera

población libre de América, ya que los españoles les reconocieron su independencia si se comprometían a no atacar. Otra novela de tipo histórico de Zapata Olivella, que tiene como centro la crítica histórica a la discriminación social del afrocolombiano, es *El fusilamiento del diablo* (1986). Esta, sin embargo, sale de nuestro campo de estudio por desarrollarse en el contexto histórico de finales del siglo XIX.

Ya entrado el siglo XXI, el escritor cartagenero Roberto Burgos Cantor (1948- ) publica *La ceiba de la memoria* (2007), otra novela histórica comprometida con el tema negro en Colombia. Esta novela recrea el mundo de la esclavitud en el siglo XVII, a partir de diversos personajes históricos. A pesar de no ser un hombre negro, Burgos Cantor entra en esta novela en diálogo con la tradición de escritores negros de Colombia, que incluye a Benkos Biojó, Candelario Obeso y Manuel Zapata Olivella. Es además una novela polifónica que se circunscribe también dentro de diferentes movimientos en defensa de los derechos humanos y en contra de la esclavitud, en la cual se insertan Pedro Claver (1580-1654) y Alonso de Sandoval (1677-1652)—jesuitas españoles que se dedicaron a la defensa de los esclavos en varias ciudades del Nuevo Reino de Granada en el siglo XVII—, Aimé Césaire (1913-2008), Tchicaya U Tam'si (1931-1988), Alejo Carpentier (1904-1980), Édouard Glissant (1928-2011), entre otros. De esta obra dice Pablo Montoya que “su propuesta experimental [...], su profunda y moderna indagación ética sobre el sufrimiento humano, así como el recorrido poético por diferentes espacios de la Nueva Granada, la convierten en una de las obras cumbres de nuestra literatura” (141). La tradición literaria se mezcla aquí con técnicas narrativas que incluyen “el monólogo interior joyceano”, “la puesta en abismo de la nueva novela francesa”, y “las

visiones caleidoscópicas que provienen de la narrativa moderna norteamericana” (141). Lo importante de esta novela, según Montoya, es su capacidad de preguntarse por el papel de lo negro en la conformación de la cultura moderna y la indagación oscilantes, entre acción y reflexión, sobre la infamia humana desde la esclavitud hasta los campos de exterminio de los nazis.

El siglo de las luces en Cartagena atrajo la atención de dos escritores costeños, considerados por muchos como los dos más destacados del siglo XX en Colombia: Germán Espinosa y Gabriel García Márquez. Ambos escritores crecieron en el ámbito de la costa caribe y en el interior de la república, evidenciando las marcadas diferencias entre los principales polos del desarrollo del país en la colonia. Las ciudades portuarias, Cartagena, Santa Marta, Barranquilla, Riohacha, y sus alrededores, a pesar de vivir también el régimen conventual y de tener en Cartagena la sede de la inquisición, tuvieron un mayor contacto con el exterior a través del comercio y el contrabando, una de las actividades económicas fundamentales durante toda la historia de Colombia. En 1982, cuando García Márquez ganaba el nobel de literatura por *Cien años de soledad*, German Espinosa publicaba su novel *La tejedora de coronas*, que más adelante, en 1992, fue declarada Patrimonio de la humanidad por la Unesco. Esta novela se ambienta en la Cartagena de finales del siglo XVII, 1697, y principios del siglo XVIII. En 1994, el nobel Gabriel García Márquez publicó *Del amor y otros demonios*, otra novela también ambientada en Cartagena a principios del siglo XVIII. Ambas novelas recrean una Cartagena que gira alrededor del puerto que la comunica con Europa, diferente a la fría y aislada Bogotá. Un mundo exuberante y lleno de contradicciones, donde la sensualidad se

respira abundantemente pero siempre con un sentimiento de pecado exacerbado por la presencia de la inquisición.

La obra literaria de Germán Espinosa incluye los géneros de la poesía, novela, cuento, ensayo y teatro, además del periodismo literario. Aparte de *La tejedora de coronas*, escribió otras cuatro novelas históricas: *Los cortejos del diablo* (1992), *Balada de tiempos de o brujas* (1970), *El signo del pez* (1987), *Sinfonía desde el nuevo mundo* (1990) y *Los ojos del basilisco* (1992). Sin embargo, *La tejedora de coronas* ha sido su obra mejor recibida y más conocida. En esta obra, Espinosa despliega una erudición enciclopédica, abarcando aspectos de tipo cultural, religioso, científico, astronómico, filosófico, teológico, metafísico, esotérico, musical, artístico y político, en un período que se abrían paso los conocimientos e ideas que marcaron el período de la Ilustración y el nacimiento de la modernidad. De acuerdo con Susana Reyes Herrera, la traducción al francés de esta obra, como *La Carthagénoise*, fue un factor definitivo para ser escogida por la UNESCO como obra representativa de la humanidad en el año 1992. La fascinación que causó entre el público francés pudo evidenciarse en 1994, cuando el Ministerio de la Cultura de Francia le otorgó a Germán Espinosa el título de Caballero de la Orden de las Artes y de las Letras (24). Reyes Herrera comenta que dicha acogida fue debida a que el público francés consideró:

una gran novedad el hecho de que fuera una sensual mujer criolla latinoamericana del Caribe quien se encargara de lanzar una mirada panorámica, cuestionadora e inquisitiva a la Ilustración francesa. Abordar la ebullición de ideas que caracterizó el Iluminismo francés desde la perspectiva de una mujer criolla que encarna la voz silenciada de la América colonial [...] Otro aspecto importante que contribuyó a su éxito es el elemento erótico inherente a esta mujer, elemento al cual se le dio

gran relevancia como lo prueba el diseño de la edición francesa, (mujer desnuda saliendo de un pozo de agua). (24)

*La tejedora de coronas* es en definitiva una obra fundamental para la novela histórica colombiana, no solo por su reconocimiento internacional, sino también por sus méritos literarios, su lenguaje poético y sus planteamientos políticos y filosóficos. César Valencia Solanilla, es una novela total, ya que es al mismo tiempo novela de ficción, histórica, barroca, de personaje, decimonónica, gótica, moderna, de lenguaje, ensayo filosófico, demostración científica, historia de las ideas, confrontación política y humanística, narrativa del amor y la soledad, fábula, leyenda y mito. Su exuberancia y calidad poética puede ser comparada con la obra de William Ospina, con la diferencia de que este último se concentra en lo nativo americano y la naturaleza, mientras que Espinosa se proyecta hacia Europa y sus conocimientos. Espinosa concibe el Caribe como “una zona privilegiada por cuanto la hibridez cultural se ha dado con mayor intensidad que en otras regiones de América Latina” (17). Esta hibridez se ha llevado a cabo entre “episodios de crueldad, violencia y barbarie”, en la cual “las violaciones piráticas perpetradas en el Caribe” son fundamentales para entender el cruce racial (17). De la misma manera, Espinosa busca conexiones con el viejo mundo por fuera del ámbito colombiano/latinoamericano, algo que se repite en la obra de Enrique Serrano y Pablo Montoya.

La sensualidad exuberante y su contención es también un factor principal en *Del amor y otros demonios*. También aparecen allí la vida conventual, la inquisición, el mestizaje y los prejuicios coloniales. El contacto con los esclavos negros toma, sin embargo, un mayor protagonismo aquí. García Márquez es ya un novelista consumado

cuando escribió esta obra, y, como menciona Pablo Montoya, sus personajes pueden identificarse como pertenecientes ya al universo macondiano (134). Sin embargo, la mezcla de razas en esta novela deja un sabor amargo, obviamente inducido por el desprecio colonial a las etnias no europeas: “algo en esta novela de amores y de demonios de inquisición [...] afirma que las mezclas de sangres infortunadas solo pueden dejar más y más desgracias en las generaciones que procrean” (134). Como se ve, esto no coincide precisamente con los postulados de una raza “cósmica”, “de bronce”, donde la mezcla puede traer lo positivo de cada grupo humano. Cabe resaltar que García Márquez en esta novela, no solo se relaciona con los textos europeos—Santo Tomás, Leibnitz, los evangelios, Amadís de Gaula, Garcilaso, Voltaire—sino también con la sabiduría de las esclavas negras. La protagonista blanca, Sierva María, fue criada y amamantada por esclavas. Conoce diferentes lenguas africanas y por este motivo, entre otros, recae en ellas la desconfianza de la inquisición. En otras palabras, el mestizaje racial y cultural espontáneo es obstaculizado por las instituciones coloniales y religiosas. Según Pablo Montoya, el mundo recreado en esta novela, al igual que en la mayoría de novelas sobre la colonia, surge del conflicto entre las diferentes formas de asumir el goce corporal, en este caso la negra, y “la neurosis colectiva que provocó la contrarreforma europea y su aparato inquisitorial en los blancos españoles que se establecieron en las colonias de América” (136-37).

### La Rebelión de los comuneros en la novela histórica

Un tema que ha servido como fuente de inspiración para varias novelas históricas colombianas es la Rebelión de los comuneros (1781), un levantamiento armado de

criollos, mestizos, indios y negros en la Nueva Granada en contra de las reformas borbónicas. En los últimos meses de 1780 hubo motines contra los guardas de la renta del tabaco en Simacota, Mogotes y Charalá, pero la cabeza del movimiento fue la ciudad del Socorro, en donde el 16 de marzo de 1781 Manuela Beltrán rompió el edicto referente a las nuevas contribuciones a los gritos de “viva el Rey y muera el mal gobierno. No queremos pagar la armada de Barlovento”. Los Comuneros reunidos en El Socorro recibieron el Manifiesto Comunero que llegó de Simacota, escrito por Fray Ciriaco de Archila, dominico que vivía en su convento de Santa Fe de Bogotá. Comenzó siendo protagonizado por mujeres y hombres pobres, pero luego surgió una dirección entre comerciantes, carniceros, pequeños agricultores. También se incorporaron indígenas, liderados por Ambrosio Pisco, un cacique rico. Ellos agregaron al pliego de demandas la devolución de tierras tomadas a las comunidades amerindias. Como general fue elegido Juan Francisco Berbeo, quien, junto a Salvador Plata, Antonio Monsalve, y Francisco Rosillo, conformó una junta llamada “El Común” de donde les vino el nombre de “Comuneros”. Se reunieron en el Socorro cerca de 4.000 hombres que marcharon a Santa Fe. En el camino se agregaron voluntarios hasta completar un cuerpo de entre 18.000 y 20.000 hombres. El arzobispo, y después virrey, Antonio Caballero y Góngora accedió a firmar unas capitulaciones que incluían la disminución de los impuestos que no habían sido consultados con la población; la devolución de algunos resguardos y minas de sal a los indígenas, la reducción de la tarifa de sus tributos y la derogación del diezmo; la restitución de los criollos en algunos cargos públicos que habían sido ocupados por los españoles después de las reformas borbónicas; y eliminación del tributo que debían pagar



los negros libertos. Después de la firma una facción de los comuneros, José Antonio Galán, fue apresada y ejecutada, y las capitulaciones no llegaron a cumplirse. A pesar de ser un movimiento fallido, ha sido considerado como el movimiento precursor de la independencia.

Soledad Acosta de Samper escribió en 1879 una novela que tiene como trasfondo la Rebelión de los comuneros, *La juventud de Andrés*. Donald McGrady considera que esta novela, y sus dos continuaciones (*La familia del tío Andrés* y *Una familia patriota*), son “de las menos afortunadas de Acosta de Samper” (163). Las razones que justifican dicha afirmación son las largas digresiones históricas que poco tienen que ver con el asunto novelesco, la trama monótona de amores insípidos y la manía de veracidad de la autora, que la lleva a reproducir documentos de la época en la novela. La trama se desarrolla alrededor del enamoramiento de Andrés, secretario privado del arzobispo Caballero y Góngora, de Magdalena de los Barrios. Esto origina enfrentamientos con su madre, que quería ordenarlo sacerdote, su amigo, quien pretende a la misma mujer, para al final encontrar que la dama estaba casada hacía tiempos, fingiendo soltería para beneficiarse de su hermosura. Como puede verse, a pesar de desarrollarse en el contexto de la Rebelión de los comuneros, esta novela no explora dicho movimiento rebelde. Sin embargo, en 1887, esta autora publica una novela directamente relacionada con estos hechos históricos: *Episodios de la historia patria. La insurrección de los comuneros*. En la “Introducción” a esta novela, Acosta de Samper describe la situación política y social de la Nueva Granada en el siglo XVIII, y el desarrollo del levantamiento alrededor de la junta que llamaron del “Común”.

La trama gira alrededor de Antonia de Alba, quien tienen una hacienda en el Socorro y tiene amoríos con uno de los principales líderes comuneros, José Antonio Galán. Este último, un criollo hijo de campesinos acomodados no es bien recibido por el padre de Antonia, un hidalgo orgulloso que no permitiría que su hija se case con alguien que no es de su clase. Ante la negativa de Antonia para casarse a escondidas de su padre, Galán decide casarse con una campesina que le ha escogido su madre y se adhiere a la rebelión en el Socorro. La novela sigue los hechos históricos de la rebelión, incluyendo la captura y apresamiento de Galán por las autoridades coloniales. La segunda parte de la novela sigue la vida de otro de los líderes, Juan Francisco Berbeo, quien es más prudente que Galán. Cuando ve que no puede ganar la batalla contra las autoridades coloniales capitula y se desentiende de los líderes populares que son encarcelados, ahorcados y descuartizados. Berbeo pretende a Martina, la hermana de Antonia, pero se casa con Antonia por un engaño de su padre, quien es un realista exaltado. Esta unión logra salvarlo del arzobispo Caballero y Góngora, quien decide no castigar a Berbeo a cambio de que no vuelva a participar en política. De acuerdo con McGrady:

Los primeros capítulos de esta obra, dejando aparte la introducción histórica, pueden equipararse favorablemente con cualquier otra novela histórica del siglo XIX. Su narración es animada y el conflicto capta el interés del lector [...] pero parece que después se le acaba la inspiración a la escritora, y vuelve a su habitual procedimiento de presentar historia ligeramente novelada. (162)

En 1891, Constancio Franco publicó otra novela relacionada con el mismo asunto, *Galán el comunero*, que, como su título indica, gira también alrededor de la vida del líder comunero y su época. Aquí Galán, al igual que el Galán histórico, es hijo también de un agricultor, pero no acomodado como en la obra de Acosta de Samper, sino pobre. Se casa

contra la voluntad de su padre con la hija de un cazador, Toribia Verdugo, no sin antes obligar a su futuro suegro a abandonar su “vil” oficio. Los indios toman un papel principal aquí, cuando el virrey Guirior en 1774 ordenó reducir a los indios a la vida civil. El corregidor Bobadilla decide entonces cazar a los indios guanes y asesinar a quienes no se rindieran, para lo cual recluta al suegro de Galán y otras dos personas. Galán se pone a favor de los indios y entra en disputa con los tres “cazadores”, tratando de convencerlos de que los indios son humanos como ellos. Según McGrady, esta novela puede ser catalogada como indianista, ya que "bastante más de la mitad del libro trata del problema del maltrato indígena, y de los esfuerzos de Galán para mejorar su triste suerte" (171). Esto contrasta, según él, con la "serie de aventuras nimias e insulsas" que constituyen la parte ficticia de la novela, "fruto de la pobre imaginación del autor"(172). La exageración de los rasgos negativos de algunos personajes y de los positivos del protagonista, las digresiones, moralizaciones y el "odio y apasionamiento contra los opresores españoles", hace que esta novela, siguiendo a McGrady, parezca más un libro de "acción política, escrito para promover una revolución", que una novela histórica (172-73).

Ya en el siglo XXI, Hernán Estupiñán escribe otra novela ambientada en este mismo contexto, pero en Bogotá, *El nuevo reino* (2008). La atmósfera de esta novela, gris y fría contrasta con la exuberancia y sensualidad de las novelas que toman como contexto la Cartagena colonial, ya que refleja el ambiente conventual del primer convento de clausura en el frío altiplano de Bogotá (Montoya 137). "La historia es voluntariamente imprecisa y fragmentada, y los sucesos narrados ocurren como detrás de un velo" y se

desarrolla a través de una trama construida por medio de dieciséis cartas escritas por una monja desde su encierro (137). Al convento llegan los rumores de la rebelión de los comuneros, todo de una manera brumosa. El uso del lenguaje del autor, más que buscar copiar el lenguaje de la colonia, "absorbe la esencia musical de su factura", logrando que "el lector hipnotizado por tal artificio caiga en la ilusión de creer que lee una novela de la época colonial" (Montoya 139). Evidenciamos aquí, en acuerdo con Montoya, uno de los temas predominantes en las novelas históricas sobre la colonia, "las ansias de una libertad amorosa"(138). Sin embargo, la novela de Estupiñán se conserva recatada, en comparación con los deseos y comportamientos sexuales que se desarrollan en los conventos de las novelas de Germán Espinosa o Gabriel García Márquez. Le llama la atención a Montoya la forma en que la novela dialoga con la historia a través de un personaje ficticio, el pintor Valmatheo (139). Aunque no es un personaje histórico, este pintor recrea la costumbre de los conventos de la época de contratar un pintor para pintar a las monjas que morían. Al final Valmatheo deberá retratar a sor Beatrice, de quien estaba fervientemente enamorado, muerta. En el mismo contexto de la tradición literaria de la Rebelión de los comuneros surge la novela que analizaremos a continuación, *Mancha de la tierra* de Enrique Santos Molano.

### Enrique Santos Molano y la tradición histórica de los criollos liberales en Colombia

Santos Molano hace parte de la influyente familia Santos, propietaria por varias décadas de *El tiempo*, tal vez el periódico más influyente en la historia de Colombia. Desde el siglo XVIII, y durante toda la vida republicana de Colombia, los Santos han contado con

una gran influencia en la vida social y política de la nación. Enrique Santos Molano es tío del saliente presidente de Colombia en 2018, Juan Manuel Santos, sobrino de Eduardo Santos, presidente de Colombia entre 1938 y 1942, e hijo de Enrique Santos Montejo, polémico e influyente periodista. Sin embargo, y tal vez por haber nacido por fuera del matrimonio de su padre, Santos Molano ha permanecido relativamente alejado del protagonismo de los Santos en la política y el periodismo, dedicado a su labor como historiador y escritor. No obstante, a través de dicha labor ha ido obteniendo un reconocimiento editorial, su columna periodística en el tiempo ha ido llamando la atención y sus aportes a la literatura, la historia y el pensamiento crítico en el país le valió obtener un doctorado honoris causa por parte de la Universidad del Valle, a instancias del ex rector Jaime Galarza Sanclemente, de exprofesores como Carlos Vásquez Zawadsky y de instituciones como el PEN Internacional (Potdevin).

En la entrevista con Ángel Castaño Guzmán, Santos Molano menciona que su admiración por Antonio Nariño nació en su juventud, al "devorar" novelas históricas como las de Walter Scott y Benito Pérez Galdós, y preguntarse si en Colombia habría un héroe y unos episodios que pudieran novelarse. Esto, caso aparte, recuerda a Carrasquilla, quien escribió su primera novela a raíz de una apuesta en la que él apostaba que en Colombia si había material sobre el cual crear novelas. Santos Molano afirma que le fascinó de Nariño "su intelecto superior, su honradez inmaculada, su coraje temerario, su calidad de estadista y, sobre todo, el buen humor con que afrontó tanto las horas felices como las de infortunio", llegando a afirmar que es el más grande de los colombianos". A

raíz de este estudio nació su novela *Memorias Fantásticas*, la cual, aunque considera que fue un éxito con veinte mil ejemplares vendidos, tuvo para él el defecto de inclinarse demasiado por la parte de las aventuras y descuidar la historia. A raíz de las observaciones que le hicieron Germán Arciniegas y Fernando Soto Aparicio, se planteó su reescritura, algo que logró cincuenta años después con *Mancha de la Tierra*.

Previamente había publicado una voluminosa biografía sobre el mismo personaje histórico titulada *Nariño, filósofo revolucionario*. Otra obra destacada de Santos Molano es su, también voluminosa, biografía del poeta José Asunción Silva, *El corazón del poeta* (1992), en la que postula que Silva no se suicidó, sino que fue asesinado por algunos socios comerciales. Esta biografía sirvió como base para la novela histórica de otro destacado y publicado autor joven, Ricardo Silva Romero, titulada *El libro de la envidia* (2014).

En dichas obras biografías puede apreciarse el estilo literario de Santo Molano, aunque restringido hasta cierto punto por las limitaciones del género, su exhaustiva documentación, su búsqueda de aspectos oscuros que revelan inconsistencias en las afirmaciones históricas de sus protagonistas, y su talento para la narración. En las investigaciones sobre ambos personajes, Santo Molano encuentra que los peores enemigos de los dos personajes históricos son los miembros de su propia clase, la misma a la que pertenece Santos Molano, los criollos y sus descendientes. Como menciona en su entrevista con Ángel Castaño Guzmán, tanto Nariño como Silva "hubieron de enfrentar un ambiente hostil estimulado por la envidia". Le atraen muchas de las anécdotas en la

vida de Nariño, ya que piensa que revelan “su genialidad como periodista, escritor, pensador, héroe y Libertador”. En él no hay puntos oscuros, pero sí es muy oscura la historia de cómo sus enemigos (no los españoles, sino los propios criollos) trataron de enlodarlo”. Este, aparentemente excesivo, entusiasmo por Nariño puede predisponer al lector a encontrar una idealización del personaje-héroe. Esto sucede en una pequeña medida, ya que dicho entusiasmo nace, no tanto de un culto a una personalidad heroica, sino de un respeto a su dimensión humana que hubo de sufrir un cumulo de calumnias históricas arrojadas por sus enemigos políticos, quienes por generaciones han desarrollado campañas de difamación sistemática contra quienes estorbaron sus objetivos.

Muy probablemente, y en su estudio de Silva lo dejó manifiesto, Santo Molano conoce la descendencia de las otras familias contra las que se han enfrentado políticamente por generaciones, y la historia se convierte entonces en algo más complejo, donde el presente se proyecta buscando claves para entender los conflictos políticos actuales. Su postura política de izquierda es abiertamente manifiesta, justificada a través del análisis crítico de la realidad histórica y dentro de la elegante y un poco romántica sobriedad analítica de la tradición liberal capitalina. Sobre la novela histórica, Santos Molano dice en la entrevista que, aunque no ha habido una gran producción de novelas históricas en Colombia, esta se ha intensificado en los últimos años. Aunque su interés por la historia no es académico sino narrativo, ha debido realizar extensas investigaciones "para dar la rigurosa veracidad a los hechos y a los personajes que estoy novelando".

Considera el haberse dedicado en el pasado al ensayo biográfico e histórico, como "una necesaria preparación para entrar de lleno en este género difícil de la novela histórica".

Vale la pena citar un fragmento completo con las palabras de Santo Molano en la entrevista con Castaño Guzmán, cuando le preguntan sobre su perspectiva de la novela histórica:

La novela histórica tiene dos posibilidades. La una, como en *Guerra y Paz* de Tolstoi, en que la historia real es vista a través de personajes creados por el autor; y la otra, como en *Mancha de la Tierra*, en que los protagonistas corresponden a seres reales. En la primera se combinan la ficción de los personajes y la realidad histórica, y en la segunda la imaginación se vale constantemente de composiciones de lugar en las que pueda mover a los personajes sin distorsionarlos, ni falsear los hechos. En ambos casos la novela histórica debe ser tan amena como pueda para captar la atención del lector como si estuviera leyendo una novela de ficción y experimentado a menudo el aguijón de la curiosidad para saber con certeza si los personajes y los hechos que desfilan por las páginas son verdaderos o inventados; y al final queda con un conocimiento claro de cómo y por qué se dieron los acontecimientos reales que en la novela parecen hacer parte de la ficción. Ningún libro de historia académica, por bueno que sea, nos explica tan bien, como la novela *Guerra y Paz*, las causas y consecuencias del desastre de Napoleón en la campaña de Rusia. (Castaño Guzmán)

En la cita anterior constatamos que Santo Molano ha sido consciente, y ha obtenido a través de décadas de investigación un control, de su proceso creativo. Reconoce la centralidad del aspecto literario en las novelas históricas, pero también los límites de la creatividad en un tipo de novela como el suyo, que novela las vidas de los personajes históricos. Como veremos más adelante, se vale también de estrategias literarias para utilizar personajes ficticios que se mueven por los vacíos entre los hechos históricos para darle coherencia a la trama novelesca. Vemos igualmente, en la cita anterior, un interés didáctico de Santo Molano cuando menciona que una novela histórica puede llegar a



explicar mejor el pasado que un libro de historia académica. A diferencia de Enrique Serrano y Pablo Montoya, sin embargo, Santos Molano es más conservador en cuanto al aspecto literario, algo debido principalmente a que sus modelos han sido por años las grandes novelas del siglo XIX, de tipo realista. Este realismo, junto a su extensiva documentación, parece incitarlo a tratar de cubrir extensos aspectos históricos de todo tipo, que, aunque abre múltiples líneas de búsqueda para el investigador, afecta la economía verbal de la obra, al extenderse ampliamente en detalles.

#### Estructura de la historia narrada en *Mancha de la tierra*

*Mancha de la tierra* es una novela extensa, de 686 páginas, dividida en siete partes: 1) Efecto de sombras; 2) Galán de Charalá; 3) Mutis de Cádiz; 4) Lozano de Peralta de Santafé de Bogotá; 5) Galán de Charalá, siempre adelante; 6) Condorcanqui de Tinta; y 7) La derrota de los inmortales. Como puede deducirse de los títulos de cada parte, exceptuando el primer y el último capítulo, la narración se focaliza en personajes históricos diferentes, los cuales influyeron o participaron en el movimiento comunero de Colombia. La primera parte nos presenta a un Antonio Nariño de 17 años, en 1981, en una Bogotá conmocionada por las noticias del levantamiento indígena en el Perú y el movimiento Comunero en el oriente de Colombia. Nariño participa en una “reunión privada, para no llamarla clandestina”, en la cual participaban personajes históricos centrales del Virreinato en el siglo XVIII, como José Celestino Mutis, médico, botánico y científico español, el Marqués de San Jorge, rico comerciante y propietario muy crítico de las autoridades coloniales y Francisco Moreno y Escandón, fiscal de lo civil y protector de los indios, entre otros. En la reunión se ventilan las causas de la rebelión y se

crítica veladamente al régimen colonial, mientras que los más jóvenes acceden a obras en francés e inglés, que ventilaban las ideas de la Ilustración, que le llegaban desde Europa al marqués.

En la reunión los introducen e inician en la masonería como una “agrupación de hombres unidos por la fraternidad universal, por la creencia de que todos los hombres, de cualquier raza, religión o credo al que pertenezcan, son hermanos, y que el Supremo Arquitecto nos ha hecho libres e iguales” (19). Desde allí la trama se desenvuelve en el contexto de la vida cotidiana de la elite criolla, con sus reuniones sociales y enamoramientos, mientras la mencionada secta masónica conspira secretamente para distribuir panfletos de apoyo emocional y estratégico al movimiento Comunero. Todo esto en medio del movimiento de tropas en Bogotá, movilizadas ante un posible ataque de la rebelión, españoles que consideran que en el fondo todos los americanos son traidores y espían a la población para encontrar a los supuestos traidores entre los criollos. Esta parte termina cuando llega la noticia a Bogotá de la captura del comunero José Antonio Galán. La segunda parte gira alrededor de Galán, el más célebre representante histórico del movimiento comunero, un campesino descendiente de españoles, defensor de los indios guanes y, por lo tanto, despreciado por los otros campesinos “blancos”. Al igual que en las novelas históricas previas sobre Galán, sus amores con Toribia Verdugo, en contra del padre de esta última, ocupan una parte importante de esta sección. Aunque la sección comienza enfocada en Galán, desde la llegada de su padre a la Nueva Granada desde España, y nos muestra la rebelión desde la perspectiva campesina en Santander, a través del capítulo, por medio de eventos políticos

de importancia, el relato regresa a Bogotá y al ámbito de los criollos que se reunían alrededor del Marqués de San Jorge.

José Celestino Mutis, el personaje histórico alrededor del cual gira la tercera parte, ha sido considerado uno de los precursores de la independencia, a pesar de ser español. Esto debido a que dirigió la Expedición Botánica, dirigida a descubrir las riquezas naturales del Virreinato, en la cual se ventilaron ideas científicas y liberales, y en la cual participaron muchos de los protagonistas de la independencia. A través de Mutis, quien por ser médico conoce desde niños a muchos de los jóvenes revolucionarios, conecta las historias de Nariño y de Galán. A pesar del gran prestigio de Mutis, esta parte nos muestra el acoso que recibía por parte de algunos funcionarios reales, quienes lo querían mantener alejados del ámbito educativo. De manera similar a lo que ocurre en la sección anterior, el relato, a medida que avanza el texto, vuelve a centrarse alrededor del círculo social formado alrededor del Marqués de San Jorge, y se va expandiendo en cuanto a las historias de otros personajes históricos mencionados durante los otros capítulos, pero de los cuales se menciona poco, como Jorge Tadeo Lozano, Francisco Vergara y José Groot. Las visitas de médico de Mutis y las reuniones alrededor de una taza de chocolate, algo típicamente santafereño, nos van revelando el carácter liberal de Mutis y las costumbres culturales de los diferentes grupos sociales en la colonia. La cuarta parte, cuyo título se refiere al marqués de San Jorge, continúa avanzando con la trama, ampliando la historia de otros personajes históricos, como Pedro Fermín Vargas. Nos relata también como Jorge Miguel Lozano, descendiente de aristócratas españoles y criollos, solicitó ante el rey obtener por méritos y circunstancias el título nobiliario de marqués de San Jorge.

Aunque este le fue concedido, por méritos, las autoridades coloniales pretendieron cobrarle, a lo que se negó y, por lo tanto, le generó conflictos con las autoridades coloniales, quienes al final le quitaron el título.

La quinta parte continúa paralelamente y en conjunción, con los relatos de los diferentes personajes mencionados, Nariño, Mutis, el marqués, Pedro Fermín, Jorge Tadeo, etc. Sin embargo, como el título lo indica, regresa a Galán, en el momento más intenso de la rebelión. Nos muestra específicamente sus conflictos con otros “blancos” y las autoridades coloniales, por exigir el respeto y la exención de tributos a los indios guanes, con quienes estaba emparentado por medio de su madre. En sus acercamientos con el cacique Macarén, a raíz de los preparativos y el desarrollo de la rebelión, este menciona algunas palabras importantes sobre su visión de los “blancos”, evidenciando nuevamente que los “blancos” criollos no se quedaban atrás en la desconfianza que les profesaban a los españoles en general:

Yo no confío en los blancos españoles, y menos en los blancos criollos. Son más pérfidos. No todos, conozco algunos tan buenos que lo he hecho mis hermanos de sangre [...] pero los criollos acomodados viven de una ambición sin medida, son capaces de cualquier crimen con tal de enriquecer sus arcas y de aumentar sus tierras. (568)

En este punto aprovecho para comentar un punto sobre el lenguaje en los diálogos, que a diferencia de *Donde no te conozcan* y *Tríptico de la infamia* son mucho más abundantes y largos. Los diálogos usan un vocabulario y un registro muy emparentado con el que se usa actualmente en Bogotá, sin embargo, algunas expresiones y construcciones sintácticas son deliberadamente arcaicas para indicar un lenguaje propio de la época. Sin embargo, esto se hace más notorio cuando hablan los funcionarios españoles, con el uso

del pronombre “vosotros”, ya desaparecido en Colombia, y sus conjugaciones. En la cita anterior, sin embargo, nos encontramos con una opinión expresada casi que, en forma de panfleto político, que nos parece a primera vista poco adecuada para el lenguaje de un cacique indígena. Lo que si queda claro es que la existencia de aquellos caciques educados “a la española” a raíz de las Nuevas leyes de Indias, que encontramos a finales del siglo XVI y principios del XVII en la obra de Rodríguez Freyle o en la persona del Inca Garcilaso, aún están presentes a finales del siglo XVIII. Esto se hace más evidente en la sexta parte, dedicada a José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II.

En la quinta parte evidenciamos la influencia que tuvo el levantamiento indígena en el Perú, liderado por Túpac Amaru II, en la Rebelión de los comuneros y los esfuerzos por lograr una comunicación entre ambas rebeliones. El cacique Macarén le informa a Galán del movimiento en el Perú, que busca derrumbar el régimen del rey español y devolver “estas tierras a sus naturales poseedores” (571). Don José Gabriel Condorcanqui era un hombre aún más rico que el marqués de San Jorge, descendiente de Túpac Amaru, último soberano de los incas. En Bogotá sabían que el triunfo de la Rebelión de los comuneros dependía en gran medida del triunfo del levantamiento en el Tahuantinsuyo. Aunque el movimiento era primordialmente indígena, en él participaban, como en Bogotá, algunos criollos, cuzqueños y plateros (578). Después del entusiasmo originado por el sitio de las fuerzas de Túpac Amaru a Cuzco, llegó el desánimo ante la captura, por la traición de su compadre y un cura, del líder, su esposa doña Micaela Bastidas y sus dos hijos (597). El relato de la tortura y muerte de Túpac Amaru II llegó por medio de una carta al marqués de San Jorge, pero no quiso dar a conocer la noticia para no desalentar el

movimiento de la Nueva Granada. El trato dado al líder peruano realmente buscaba disuadir a quienes desafiaron el poder colonia:

Para el rebelde están preparadas en él coronas de hierro, con puntas muy agudas, que se le han de poner en la cabeza, en representación de los once dictados o títulos de que se nominó Emperador. Igualmente, un collar de hierro, con dos plantines muy pesados y rodeados de puntas muy agudas, que manifiestan la orden del gran Paitití, de quien se tituló Maestre. Por la parte del cerebro se le introducirán tres puntas de hierro ardiendo, que le saldrán por la boca, en demostración de los tres bandos que mandó publicar declarando al Rey católico por un usurpador de sus dominios. En esta situación, muerto o vivo, como lo dejaren estos tormentos, se ha de mantener este monstruoso espectáculo todo un día ante la vista del público. Después se descuartizará el resto del cuerpo, y sus cenizas se arrojarán al lugar más inmundo de la ciudad, con los de su mujer e hijos, quienes solamente han de ser ahorcados con los cuarenta capitanes y aliados que están en el cuartel. (598)

Como puede verse, un ritual macabro lleno de simbolismo, que servía para disuadir cualquier empoderamiento de los americanos en contra del poder colonial. El final de José Gabriel Condorcanqui, Túpac Amaru II, predecía el final de la rebelión de los comuneros, a pesar de que los líderes retrasaron la divulgación de la noticia para no desalentar a las tropas. Sin embargo, la misma estrategia de las autoridades coloniales, lideradas por Caballero y Góngora, de buscar la división y traición dentro del movimiento y las torturas y muertes ejemplares, se repetirían en la Nueva Granada.

Como comentábamos, a raíz de sus entrevistas, Santo Molano utiliza una aproximación a la novela histórica, que lo relaciona con la nueva novela histórica, según la definición de Menton, y al uso de la metaficción historiográfica, el atreverse a novelar desde la voz de personajes históricos centrales. En esta novela la trama se estructura en forma de comedia, ya que hay una redención final, un encuentro de Nariño al momento de morir con la mujer que amaba y una entrada a algo como, digamos, la “gloria” del

humanismo liberal, reconocida por algunas personas conscientes y críticas de la realidad histórica. Aunque muchos de los protagonistas son ejecutados por los españoles y el protagonista principal, quien es a la vez la voz narrativa, Antonio Nariño, después de cárceles y destierros muere incomprendido, la novela termina con la sensación de trascendencia histórica del personaje, quien deja enseñanzas a las siguientes generaciones. El autor no deja saber desde el comienzo que la voz narrativa es ficticia, ya que la estructura está definida por dos niveles narrativos: en el primero, Nariño está viejo y enfermo y el doctor lo regaña por no cuidarse; posteriormente su difunta esposa lo visita y Nariño le ofrece las memorias, que acaba de terminar de escribir. Este nivel narrativo es marcado en la novela con otro tipo de letra. En adelante, nos encontramos frente al manuscrito del Nariño ficticio, quien cuenta detalles de su juventud dedicada a la causa de los comuneros y de la independencia. Solo al final, y por espacio de pocos párrafos, resurge el tipo de letra que marca el primer narrativo: su esposa, Matica, ha terminado de leer el manuscrito, y otras personas entran a visitar a Nariño, que ha muerto, entre una indiferencia por lo que piensen los demás y con la satisfacción de haber actuado según sus principios. Hay además un personaje que pone de manifiesto también la metaficción historiográfica. Le llaman “el pecado mortal” y es el loco del pueblo. Es en cierto sentido un místico que le dice a los hipócritas que están en pecado mortal y nadie se atreve a meterse con él. Hasta el arzobispo murió cuando se atrevió a enfrentársele. Por medio de este personaje, la voz narrativa se entera de todo tipo de cosas que no hubiera podido averiguar de otro modo. El personaje es amigo de Nariño y confía poco en los españoles; además es el único de la ciudad que puede andar por la

noche sin levantar sospechas. En uno de los capítulos, el mismo Nariño se disfraza de “pecado mortal” para espiar los movimientos de los españoles.

En conclusión, el aporte más importante de esta obra en cuanto a la divulgación histórica es que, aunque continúa con la tradición literaria de la Rebelión de los comuneros, introduce y resalta aspectos muy poco comentados, como la participación indígena, la presencia de caciques españolizados y con gran influencia social, la influencia de la rebelión en el Tahuantinsuyo en la Rebelión de los comuneros y el trabajo de la logia masónica en este evento. El joven Nariño de entonces, quien sobrevive a los ajusticiamientos, participará como un experimentado rebelde en los movimientos de independencia de principios del siglo XIX. En cuanto a su valor literario, es una novela cuidadosamente construida, llena de detalles sobre la época y los personajes. En cuanto a texto informativo es inigualable y en cuanto a composición literaria solo cuenta con el defecto nacido a raíz de este cuidado de los detalles: la novela presenta demasiados personajes y se extiende en digresiones relacionadas con personajes secundarios y terciarios, lo que hace su lectura un poco pesada y lenta. Su trama sólida y coherente mantiene la atención del lector interesado en los detalles históricos y en la reconstrucción del pasado, pero dudo que conserve la atención de quien no sea muy aficionado a este período de la historia. A diferencia de las novelas de Enrique Serrano y Pablo Montoya, Enrique Santos Molano, privilegia el aspecto didáctico en informativo, afectando la economía verbal de la novela.



## CONCLUSIONES

### Una aproximación textual a la percepción del pasado y de la identidad dentro de la cultura

No hay objeto aislado: el más independiente, al parecer, tiene Relaciones. En los esfuerzos que hacemos para aislarlo está el trabajo de ABSTRAER. En no perder contigüidades ni adyacencias consiste la capacidad del sentido —a esto es lo que en los juicios llamamos DISCRECION. (O.C. T. I, pg. 406)

Abstraer los discursos de la identidad de una nación implica una interpretación histórica, no siempre explícita, de la conformación de dicha identidad. Desde el siglo XIX, la investigación histórica y la creación de ficciones históricas han sido dos actividades que reflejan, y han ayudado a definir, los principales discursos de la identidad colombiana, al igual que las de otras naciones latinoamericanas. Las novelas históricas destacadas han logrado una recreación literaria del pasado histórico con calidad estética y un trasfondo histórico relevante para las preocupaciones personales y sociales del autor en su época. Las novelas escritas en el siglo XIX ofrecen y sugieren información relevante con respecto al trasfondo discursivo en el que se basa el autor para recrear la novela. Sin embargo, ninguna de las obras de este tipo escritas en dicho siglo, ha sido reconocida por su calidad literaria ni por su capacidad de desentrañar los principales problemas de la época del autor o de la época tratada en la novela. El siglo XX comienza con novelas históricas destacadas por su valor literario, como *Phinéés*, *Zoraya* y *La marquesa de Yolombó*.

Esta última, definida por Seymour Menton como la primera novela histórica realista, es tal vez la primera novela histórica, y la primera ficción histórica desde *El*

*carnero*, que explora literariamente los principales problemas del existir en las épocas descritas, a partir de las preocupaciones de su época. Después del Boom literario en América Latina, con la contribución fundamental de Gabriel García Márquez, la novela histórica ha tomado despertado un interés aún mayor de los mercados editoriales. Este interés está relacionado con las nuevas condiciones y realidades sociopolíticas generadas a raíz de la globalización.

A partir de las obras de German Espinosa y William Ospina, la novela histórica colombiana ha adquirido un nuevo prestigio, bajo el cual, a principios del siglo XXI, continúan publicándose novelas históricas de novelistas reconocidos como Enrique Serrano, Pablo Montoya y Enrique Santos Molano. Estos novelistas, cuyas obras estudiamos en esta disertación, son escritores conscientes de la necesidad de encontrar un equilibrio necesarios entre los datos históricos de la época y la ficción literaria, para crear una buena novela histórica. El período abarcado por estos escritores en sus novelas abarca el período colonial, desde antes de la conquista, hasta finales del siglo XVIII. Esto certifica que, después de casi dos siglos de novela histórica colombiana, el tema de la conquista y la colonia son los que más siguen atrayendo a los escritores de novelas históricas. Es en esos lejanos períodos donde se reinterpreta la historia patria, de acuerdo a las preocupaciones e intereses de la época.

Algunos temas continúan estando presentes desde el siglo XIX, de diversas maneras, en las novelas históricas colombianas del siglo XXI. Entre ellos tenemos las relaciones entre indígenas y conquistadores en la conquista, la violencia, la corrupción social y administrativa en la colonia, los levantamientos contra la corona. Además, se

agregan nuevos intereses como el origen de los conquistadores y colonizadores que llegaron a Colombia, los registros dejados en pinturas y los grabados que acompañan los libros impresos sobre América en el siglo XVI y, un tema siempre presente de manera inconspicua en la mayoría de las novelas históricas, las jerarquías sociales basadas en el imaginario social de la pureza de sangre, es decir, del sistema de castas. Este sistema, parte fundamental del habitus criollo, grupo social que monopolizó la administración del estado, continúa aun permeando de manera inconsciente las relaciones sociales hasta nuestros días. Sin embargo, el sistema de castas fue siempre permeable y, desde la conquista han existido casos muy significativos, excepciones significativas en el orden colonial. Entre ellos tenemos la institución del cacicazgo, como puesto mediador entre los indígenas y los españoles. Los caciques aceptados por la corona recibieron privilegios sociales y económicos que pervivieron hasta la independencia. Esto lo podemos ver, con respecto al cacique de Turmequé desde la obra de Rodríguez Freyle hasta la obra de Santos Molano, con respecto al Tupac Amaru II y Ambrosio Pisco.

También tenemos el caso de los esclavos libre del pueblo de San Basilio de Palenque, al cual se refiere Manuel Zapata Olivella en sus obras, pueblo al que la Corona le reconoció, con condiciones, su independencia durante todo el período colonial. A pesar de que los temas relativos a los indios, negros y mujeres están presentes en muchas de las novelas históricas colombianas, es notable la ausencia de la representación de dichos sectores poblacionales. En cuanto al aspecto negro se destaca la figura de Manuel Zapata Olivella, pero en cuanto a lo indio y a las mujeres la participación sigue siendo baja y muy poco promocionada. La identidad de las repúblicas latinoamericanas, nacidas bajo la dirección

de ideales humanistas y racionales y no bajo una coherencia cultural entre sus comunidades, representa un hecho histórico con escasos precedente. Sin embargo, el positivismo utilitarista de finales del siglo XIX ha marcado un rumbo en el que se reconfiguran las jerarquías sociales de la colonia, bajo una apariencia científicista. La pretendida unidad lingüística, política, religiosa y cultural de los diversos pueblos que habitan un pueblo marcadamente diverso en todos los campos mencionados, como Colombia, vuelve a enfatizarse desde la última década del siglo XX.

La reinterpretación del pasado colonial y de las implicaciones de las transformaciones discursivas toma relevancia en momentos en que la mayor guerrilla de izquierda de Colombia y el gobierno han firmado la paz después de más de 40 años de guerra. Resurgen nuevamente los debates alrededor de acontecimientos históricos, como una discusión reciente en el senado sobre la Masacre de las bananeras ocurrida en 1928, la discusión sobre la representación de los padres de la independencia en una telenovela de *La Pola: amar la hizo libre*, y el origen, supuestamente moro y judío de la gran masa que colonizó el territorio colombiano. Los proyectos hegemónicos de nación, de izquierda y de derecha, basados en los discursos decimonónicos de las ciencias sociales y, por lo tanto, en el historicismo y el determinismo, han fallado al momento de incorporar las culturas subalternas de una forma que garantice el respeto, la dignidad, la prosperidad y la auto-realización cultural. Los cambios en los discursos de las ciencias sociales, a nivel global, van propiciando un cambio en los proyectos políticos que nos permiten pensar en un proyecto plural y multicultural de nación. Gran parte de este proceso ha sido llevado a cabo por los mismos actores subalternos, muchos de los cuales

se veían destinados a la extinción desde el discurso decimonónico, quienes han demostrado una especie de renacimiento cultural y político vigoroso, convirtiéndose en actores importantes del discurso nacional. Los grupos indígenas, condenados a la extinción dentro del discurso decimonónico, no solamente se han visto revitalizados política y culturalmente desde la constitución de 1991, sino que están siendo consultados por sus conocimientos por parte de científicos sociales y naturales, que buscan nuevas alternativas explicativas a unos discursos tradicionales que han fracasado para responder a las necesidades sociales históricas del país.

## OBRAS CITADAS

- Aguado, Fray Pedro de. *Historia de Venezuela*. Madrid: Real Academia de la Historia. 1919.
- Anónimo. *Xicoténcatl*. Ed. Vicente Riva Palacio. Web. Extraído de:  
<http://www.biblioteca.org.ar/libros/8701.pdf>
- Averroes (Ibn Rush). *The Incoherence of Incoherence*. Ed. Muhammad Hozien.  
Retrieved from:[http://www.newbanner.com/Philosophy/IbnRushd/Tahafut\\_al-Tahafut\\_en.pdf](http://www.newbanner.com/Philosophy/IbnRushd/Tahafut_al-Tahafut_en.pdf)
- Becker, Carl. "Mr. Wells and the New History, everyman his own historian", *Essays on History and Politics*. New York, 1935. 168-170.
- Bloom, Harold. *The Anxiety of Influence: A Theory of Poetry*. New York: Oxford University Press. 1997
- Brown, Richard Harvey. *Society as a Text: Essays on Rhetoric, reason, and Reality*. Chicago: The University of Chicago. 1992
- Castaño Álzate, Alejandra. "Enrique Santos Molano 'padece' anacronismo". *La hojarasca* 71. 2015. Web:  
<http://www.escriitoresyperiodistas.com/NUMERO71/Entrevista.html>
- Castaño Guzmán. Ángel. Entrevista: "Las pesquisas de Santos Molano". *El Espectador*. 14 de mayo de 2015.
- Castellanos, Aribau, & Aribau, Bonaventura Carles. (1944). *Elegías de varones ilustres de Indias*. (Nueva ed., Biblioteca de autores españoles, t. 4). Atlas.
- Castro, Jaime. "Se obedece, pero no se cumple" *El Tiempo*, Bogotá. 14 de septiembre de 2014.
- Castro Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero: ciencia raza e ilustración en la Nueva Granada*. Fundación editorial el perro y la rana: Caracas, Venezuela. 2008.
- . "Michel Foucault y La Colonialidad Del Poder." *Tabula Rasa*.6 (2007): 153-72.
- . *Pensar (en) los intersticios*. Colección pensar: Bogotá. 1999.
- . *Teorías sin disciplina: latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate*. Grupo editorial Porrúa: México. 1998.
- Castro, Américo. *España en su historia: cristianos, moros y judíos*. Barcelona: Crítica. 1983.

- Cieza de León, Pedro. *Crónica del Perú*. Ed. Franklin Pease G.Y. Lima: Biblioteca Ayacucho. 2005.
- Dagenais, John. "Medieval Spanish literature in the twenty-first century", *The Cambridge History of Spanish Literature*. Ed. David T. Gies. 1st ed. Cambridge: Cambridge University Press, 2005. pp. 37-57. *Cambridge Histories Online*. Web. 01 December 2014.
- De las Casas, Bartolomé. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Ed. Consuelo Varela. Madrid: Clásicos Castalia. 1999.
- . "Del sermón que predicó fray Antón Montesino en nombre de la comunidad de dominicos". *Historia de las Indias*, libro III. Madrid: BAE. 1957.
- . *Historia de las Indias*. Libro I. México: Fondo de cultura económica. 1965.
- Del Castillo Mathieu, Nicolás. "Juan Méndez Nieto, autor del primer tratado colombiano de medicina". *Thesaurus XLV.2*. 1990. 355-440.
- Domanska, Ewa. "Hayden White: Beyond Irony." *History and Theory* 37. 2. 1998. 173-181.
- Domínguez Bordona, Jesús. "Discursos Medicinales" del Licenciado Juan Méndez Nieto (libro segundo. Discursos 1 a 5). *Boletín de la Real Academia de la Historia*. 108. 1936. UR - <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcng5b0>.
- Duby, Georges. *Atlas histórico mundial*. Barcelona: Círculo de lectores. 1987.
- Esponera Cerdán, Alfonso. "B. de las Casas y la esclavización de los negros, según las aportaciones de I. Pérez Fernández O. P." *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Web.
- Esteban, Ángel. "Introducción". Cumandá. Madrid: Cátedra. 1998
- Fals-Borda, Orlando. "Fray Pedro de Aguado, the Forgotten Chronicler of Colombia and Venezuela". *The Americas* 11. 4 (1955): 539-574.
- Friede, Juan. "Fray Bartolomé de las Casas, exponente del movimiento indigenista español del siglo XVI". *Zeitschrift für Ethnologie* 78. 2. 1953: 239-256.
- . "Fray Pedro Aguado, con ocasión del 450 aniversario de su nacimiento". *The Hispanic American Historical Review* 44. 3 (1964): 382-389

- . "La investigación histórica en Colombia". *Boletín Cultural y Bibliográfico* 7.2. 1964. 220-222
- García de Cortázar, Fernando. *Breve historia de España*. Madrid: Editorial Alianza. 2005
- Glick, Thomas F. *Islamic and Christian Spain in the Early Middle Ages*. The Library of Iberian Resources Online. Retrieved from: <https://libro.uca.edu/ics/emspain.htm>
- González Echeverría, Roberto. *Mito y Archivo: una teoría de la narrativa latinoamericana*. México: Fondo de Cultura Económica. 2011.
- Goodman, Nelson. *The Structure of Appearance*. Cambridge: Harvard University. 1951.
- Grützmacher, Lukasz. "Las trampas del concepto "la nueva novela histórica" y de la retórica de la historia postoficial". *Acta poética* 27.1. 2006: 141-167.
- Guberek, Julio. *Los judíos en el mundo de Colón*. Bogotá: Colombia Nueva. 1980.
- Hibbs-Lissorgues, Solange. "Imágenes del judío y antisemitismo en la literatura y la prensa católicas del siglo XIX". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Web
- Hutcheon, Linda. *A Poetics of Postmodernism: History, Theory, Fiction*. London: Routledge. 2003.
- Kundera, Milan. *The Art of the Novel*. New York: Harper Perennial. 2000.
- Lukács, Georg. *The Historical Novel*. New York: Humanities Press. 1965
- Maldonado, Lorena G. Entrevista: "Pablo Montoya, el mejor escritor colombiano que España desprecia". *El español*. 7 de septiembre de 2016.
- McGrady, Donald. *La novela histórica en Colombia: 1844-1959*. Bogotá: Editorial Kelly-University of Texas. 1963.
- Melo, Jorge Orlando. "De la nueva historia a la historia fragmentada: la producción histórica colombiana en la última década del siglo". *Boletín cultural y bibliográfico* 36.50-51. 1999. 164-84.
- Menéndez Pelayo, Marcelino. "Advertencia preliminar". *Democrates alter*. 1547. Web.: <https://jorgecaceresr.files.wordpress.com/2010/05/democrates-segundo-o-de-las-justas-causas-de-la-guerra-contra-los-indios.pdf>
- Menton, Seymour. "Frutos de mi tierra o 'jamones y solomos'". *Thesaurus: boletín del Instituto Caro y Cuervo* 25.1. 59.83
- . *La nueva novela histórica de la América Latina, 1979-1992*. México: Fondo de Cultura Económica. 1993.
- Mesa Bernal, Daniel. *De los judíos en la historia de Colombia*. Bogotá: Planeta. 1996.



- Montesino, Antón. "Texto del sermón de Antón Montesino según Bartolomé de las Casas y comentario de Antonio Gutiérrez". Web. Extraído de:  
[http://www.dominicos.org/kit\\_upload/file/especial-montesino/Montesino-gustavo-gutierrez.pdf](http://www.dominicos.org/kit_upload/file/especial-montesino/Montesino-gustavo-gutierrez.pdf)
- Montoya Campuzano, Pablo. *Novela Histórica en Colombia, 1988-2008: entre la pompa y el fracaso*. Medellín, Universidad de Antioquia. 2009.
- . Tríptico de la infamia. Caracas: Monte Ávila. 2015.
- . "La representación pictórica de los indios timucuas en Jacques Le Moyne y Théodore de Bry". *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia* 29. 47. 2014
- Nieto, Juan José, *Ingermina o la hija de Calamar*. Medellín: EAFIT. 2001
- Orr, Linda. "The Revenge of Literature: A History of History." *New Literary History* 18. 1. 1986: 1-22.
- Ortiz Cassiani, Javier. "Raza, conocimiento y reconocimiento en la obra de Juan José Nieto". *Cuadernos de literatura del caribe e Hispanoamérica* 7. 2008.
- Ospina, William. *Las auroras de sangre*. Bogotá: Norma. 1999.
- Perkowska, Magdalena. *Historias híbridas: la nueva novela histórica latinoamericana (1985-2000) ante las teorías posmodernas de la historia*. Madrid: Iberoamericana. 2008.
- Popper, Karl R. *The Open Society and Its Enemies V.2*. New York: Harper Torchbook. 1963.
- . *The Poverty of Historicism*. Boston: The Beacon Press. 1957
- Potdevin, Philip. "Honores a Santos Molano". *El País*. Diciembre 29, 2013.
- Reyes Herrera, Susana María. "La tejedora de coronas de Germán Espinosa (1982): Un ensayo de desmarginalización cultural". *Disertación para la Faculté des Arts et des Sciences en vue de l'obtention du grade de Maîtrise en Etudes Hispaniques*. Université de Montréal. 2014.
- Rodríguez Freyle, Juan. *El carnero*. Bogotá: Editorial panamericana. 1994.
- Rueda Enciso, José Eduardo. "Balance historiográfico de la novela histórica en Colombia, una aproximación al ámbito regional". *HISTORELo: revista de historia regional y local* 8.15.2016.
- Ruiz Gómez, Darío. "Acerca de la novela". *Trabajo de lector*. Manizales: Universidad de Caldas. 1993.

- . *El proceso de la cultura en Antioquia*. Medellín: Ediciones autores antioqueños. 1987.
- Santos Molano, Enrique. *Mancha de la tierra*. Bogotá: Penguin Random House Grupo Editorial-Grijalbo. 2015.
- . “Entrevista: Las pesquisas de Santos Molano”. Ángel Castaño Guzmán. *El espectador*. Bogotá. 14 de mayo de 2015.
- Sepúlveda, Juan Ginés de. *Democrates alter*. 1547. Web. Extraído de: <https://jorgecaceres.files.wordpress.com/2010/05/democrates-segundo-o-de-las-justas-causas-de-la-guerra-contra-los-indios.pdf>
- Serrano, Enrique. *Donde no te conozcan*. Bogotá: Seix Barral. 2007
- . “Colombia es una nación de vocación mediocre”. Entrevista Bernardo Bejarano González. Periódico El tiempo. 23 de abril de 2016.
- . *¿Por qué fracasa Colombia? delirios de una nación que se desconoce a sí misma*. Bogotá: Planeta. 2016
- Simón. Fray Pedro. *Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias occidentales*. Bogotá: Casa editorial de Medardo Rivas. 1892.
- Suárez, Mariana Libertad, Javier Vascones y Eduardo Lalo. “Veredicto de la XIX edición del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos”. *Tríptico de la infamia*. Caracas: Monte Ávila. 2015.
- St. Clair, Robert N. “The Sedimentation Theory of Cultural Time and Space: The Present is Embedded in the Past”. *Círculo de lingüística aplicada a la comunicación* 31. 2007: 52-90
- Tate, Robert. B. *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*. Madrid: Editorial Gredos. 1970
- Troncoso Pérez, Ramón. “Cronistas indígenas novohispanos de origen nahua: siglos XVI y principios del siglo XVII”. Eds. Álvaro Baraibar, et al. *Hombres de a pie y de a caballo: conquistadores, cronistas, misioneros en la América colonial del siglo XVI y XVII*. Nueva York: Idea. 2013.
- Valencia Solanilla, César. “La historia posible en la ficción narrativa de Germán Espinosa” *Poligramas* 20. 2003. 25
- White, Hayden. *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press. 1973.